



ANTOLOGÍA
RELATA
2011

Red Nacional de Talleres
de Escritura Creativa

Selección y prólogo:
Miguel Ángel Manrique



ANTOLOGÍA RELATA 2011

Red Nacional de Talleres
de Escritura Creativa

MINISTRA DE CULTURA:
Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA DE CULTURA:
María Claudia López

SECRETARIO GENERAL:
Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES:
Guiomar Acevedo Gómez

GRUPO DE LITERATURA:
Francisco Rozo Triana
Carolina Calle Sandoval

Primera edición, noviembre 2011

© Ministerio de Cultura,
República de Colombia

© Red Nacional de Talleres
de Escritura Creativa

© Tragaluz Editores S. A.

Calle 6 sur # 43A-200, Edificio Lugo,

of. 1108, Medellín

Telefax 312 02 95 /

www.tragaluzeditores.com

© Derechos reservados para los autores

ISBN 978-958-8562-60-5

COMPILADOR:
Miguel Ángel Manrique

EDICIÓN Y DISEÑO:
Tragaluz Editores S. A.

CONCEPTO GRÁFICO DE LA COLECCIÓN:
Mónica Páez, Tangramagráfica

IMPRESIÓN Y ACABADOS:
Editorial Artes y Letras S. A. S.

Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin la autorización
de los editores y de los propietarios del
copyright.



Ministerio de Cultura
República de Colombia

Prosperidad
para todos



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
Miguel Ángel Manrique	
CUENTO	
REGRESO A RUMICHACA	15
Favián Ortiz Reyes	
JIMMY	21
Miguel Castillo	
TRABAJO TEMPORAL	28
Mauricio Silva	
REFLEXIONES DE UN ESCRITOR ASESINO	36
Julián Enríquez	
ALZHEIMER	42
Astrid Damaris Ortiz Mazo	
GUAIRA	49
Óscar J. Descance	
EMMA ESTÁ A LA ESPERA	52
Bladimir Francisco Díaz Ravelo	
SÉ QUE NO ME CREERÁS	60
Luis Guillermo Salazar	
EL MATADERO	63
Nelson Enrique Pérez Medina	
UN CAFÉ Y ZOÉ	66
Katherine León Zuluaga	
EL CASO CLÍNICO DE ALFARO	71
Pedro Samir Hernández Cantero	
EL LUNÁTICO	75
July Lizeth Bolívar	

EL OCASO DE HEIDEGGER Gabriel Mendoza	78
LA INVASIÓN Hernando López Rodríguez	82
LA METAMORFOSIS DE MEDUSA Jhon Fredy Suárez Solano	89
LA VAGA SONRISA DE EFEBO Olga Echavarría	96
LAS MANOS MANCHADAS DE SANGRE Libardo Caraballo Blanco	102
LOS INMORTALES Juan Mares	109
MI HIJO Blanca Ligia Suárez Ochoa	111
SACRO RATING Sebastián Castelblanco Vera	115
SOY UN PERRO Juan Manuel Chávez Lasso	116
CARTAS A LOS CIEGOS Juan Camilo Botía Mena	120
EL PADRE DE MENORES Oswaldo Adalberto Obando Andrade	124
EL ENCIERRO Abdón Rodríguez Rojas	127
EL LOCO DEL PUEBLO Martha Beatriz Quiñonez	133
EL TIMADOR Gabriel Luna Delgadillo	135
LA MALETA DE RECUERDOS Mónica Judith Niño Gutiérrez	141

LA MINA DE ORO	144
Alejandro Vega	
LA HERIDA	148
Eduar Fabián Sierra Trujillo	
LOS DÍAS SIN CONTROL	152
Claudia Lama Andonie	
MI OVARIO IZQUIERDO	157
Roberto Sanabria García	
¿QUÉ LO CURA?	168
Andrea Paola Vargas Quiroz	
SEGUIR VIAJANDO	171
Martín Cuitzeo Domínguez Núñez	
UN SANTO INMORTALIZADO	176
Lorena Díaz Sierra	
LA CARACOLA DE CRISTAL	182
Juan José Pacheco Pino	
POESÍA	
DIOS LE PAGUE: AMÉN QUE ASÍ SEA	187
Julio Mauricio González Arbeláez	
EN ESTA NOCHE OCULTA	189
Mayra Izquierdo	
INVIDENTE X	190
Félix Molina Flórez	
LA AFECCIÓN MÁS BELLA DEL MUNDO	191
Eder Navarro Márquez	
NEGRA	193
Mayra Alejandra Díaz	
MANIGUA	195
Edwin Tobón González	

SANSÓN	198
Jefferson Perea Madrid	
SÓLO SILVIA, EN EL PRINCIPIO...	199
Darío González Arbeláez	
TEATRO	
EL TABLERO	203
Andrea Marín Arcila	
OBTURAR	208
Juan Camilo Velásquez	
EL EXPEDITO	
(SÁTIRA VACUNA EN UN ACTO Y UNA VACANTE)	217
Julián Garzón Vélez	
CUESTA ABAJO	223
Giovanna Valderrama Peña	
SOBRE LOS AUTORES	231

PRÓLOGO

Miguel Ángel Manrique



Treinta y cuatro cuentos, siete poemas y cuatro breves piezas de teatro conforman la *Antología Relata 2011*. En esta oportunidad, participaron más de cuarenta talleres de escritura creativa de todo el país, vinculados a la Red Nacional de Escritura Creativa - RELATA, programa promovido por el Ministerio de Cultura. Los autores son asistentes a los talleres literarios de ciudades como Arauca y Riohacha, pasando por Armenia, Bogotá, Buenaventura, Cali, Envigado, Florencia, Popayán y Villavicencio, entre otras, que representan la diversidad literaria del país.

Para la selección de los textos publicados se tuvo en cuenta la calidad literaria, así como la originalidad en el tratamiento de los temas. En la colección hay cuentos en los que se advierte el empleo del humor negro, la ironía o el absurdo, como recursos propios del lenguaje literario para interpretar la realidad. También hay cuentos sobrenaturales, como «La metamorfosis de Medusa», que narra la noche de pasión de un hombre, que termina en horror; otros son relatos paranoicos, como «Regreso a Rumichaca», que cuenta la obsesiva huida de una mujer y su hija, quienes se embarcan en un

viaje sin sentido; cuentos costumbristas, como «El timador», que relata la historia de Oliverio, quien se deshace de una tierra estéril mediante argucias; o «El encierro», situada en los Llanos Orientales, que habla de la apuesta de un hombre, que debe encerrar cinco mil reses sin la ayuda de nadie. Algunos de los cuentos recuperan leyendas de la Conquista, como «Guaira», la historia de un guerrero que no le perdonará la vida a don Gonzalo, así este se oculte en su refugio. Otros, son policíacos.

Los hay fantásticos, como «Un santo inmortalizado», en el que una mujer descubre que san Rafael ya no es un ángel, sino que se ha convertido en un hombre panzón y despreciable. En todo caso, la mayoría de historias están escritas con imaginación y honestidad. En ellas se insinúa el esfuerzo de los autores por construir un estilo y un tono literarios, y por apropiarse de técnicas como el diálogo y la narración, esenciales en el oficio del escritor.

Los poemas de la antología son trabajos de artesanía, en los que el ritmo y las emociones son los materiales con los que los autores juegan a crear efectos poéticos. La dificultad para ajustar cada palabra, para que no falten ni sobren piezas, se asoma en poemas como «Negra» o «Invidente X», por citar algunos ejemplos.

Las obras de teatro presentes en la antología, provienen de autores que asistieron a los talleres de dramaturgia en Cali y Manizales, ciudades en las que, tradicionalmente, se ha desarrollado con fuerza este género literario. Unas son ágiles e irónicas, otras de tintes absurdos, algunas melodramáticas. Sin embargo, en todas se evidencia la apropiación del lenguaje escénico, como el manejo de los parlamentos, o la descripción del escenario, fundamental para la representación.

El tablero es una escena teatral que dramatiza una partida de ajedrez: un par de piezas blancas del ajedrez, el rey y la reina, intentan sobrevivir al ataque de las negras, que vencen; aunque la reina blanca aún tiene una última jugada que hacer. En *El expedito* un personaje busca empleo como obrero en una fábrica de enlatados de carne de vaca. Lo atiende el jefe, el Doctor, que se obsesiona con sus manos y, a medida que transcurre la obra, le pide dinero para poder contratarlo. En *Cuesta abajo* dos pacientes conversan en el cuarto de un hospital. Un metrónomo, una reina de Antioquia, un

balazo y un tango de Gardel, completan la ironía. En *Obturar* un detective investiga la muerte de una mujer. Un loco le proporciona las pistas. Al final, descubre que la víctima es su hija.

La mayoría de textos de la antología pertenecen a autores que, como dice Julio Ramón Ribeyro, están nutridos de lecturas y, sobre todo, de la “propia experiencia”. Textos que reflejan, de uno u otro modo, el mundo que les ha tocado vivir.



CUENTO

REGRESO A RUMICHACA

Favián Ortiz Reyes



No importaba con qué frecuencia viniera a tomar café, siempre era igual.

—Lo de siempre —pidió.

Y tuvo que repetir el pedido varias veces.

La tendera la observó con arrogancia, llamó a una jovencita que estaba adentro, le dijo que la atendiera y continuó concentrada en su sopa de letras. En ese momento Isabel tuvo total claridad sobre lo que debía hacer: regresar a Rumichaca.

Salió directo para la guardería y recogió a su hija. Había llegado con la niña y con una amiga del colegio dos años atrás, un poco por alejarse de Miguel y otro para probar suerte. Luego su amiga tuvo que regresar. Así que estaba sólo con la niña.

Isabel trabajaba en la fábrica de textiles, donde había comenzado desde que llegó, a pesar de que el salario era bajo. El jefe la había empleado por menos dinero porque ella no reunía la documentación necesaria para permanecer allí, y cada vez que le pedía un aumento él le recordaba las sanciones a las que se exponía por emplearla.

Cuando llegó por ella, la niña saltó a sus brazos. Esa era la mejor parte de su día.

—¿Quieres que vayamos a visitar a la abuelita? —dijo Isabel, sin pensarlo más.

La sonrisa de cinco años de su hija se volvió más grande.

—Pero la abuelita vive muy lejos.

—No importa, vamos.

—¡Sí!, ¡sí mami, vamos!

Al día siguiente renunció. El único equipaje que llevaron fue la ropa y los juguetes de la niña: dos maletas grandes y pesadas. El resto de cosas -la cama, la radio y los implementos de cocina- se los dejó a la dueña de la casa en donde vivían.

Salieron muy temprano el viernes; por el camino muchos niños corrían hacia la escuela y algunos voceadores ofrecían el periódico. Un taxi las llevó a la terminal, una casa de techo alto con un pedazo de potrero al lado, que servía de garaje. Quedaba junto a la carretera que salía de la ciudad. A esa hora ya llegaban algunas personas que viajarían a Baños, Guayaquil y Quito. Sus maletas fueron amarradas en el techo del autobús junto con otros paquetes, luego los cubrieron con un plástico. Las sillas eran de madera y tenían unos cojines abollados por el uso. A duras penas las piernas de Isabel entraron en el puesto y aunque las abrió lo que más pudo, sus rodillas quedaron presionadas contra el asiento de adelante. La niña viajó sobre sus piernas durante las dos horas de trayecto.

El bus arrancó con un retraso de media hora, mientras terminaron de acomodar el resto de cosas de los últimos pasajeros. Una persona que hizo la parada cuando el bus tomó la carretera llevaba un costal con cebollas. Por eso, aunque hacía frío, Isabel mantuvo la ventana abierta durante la mayor parte del camino.

Un hombre de cabello rizado, con un maletín pequeño y un saco amarrado a los hombros, no le quitaba el ojo de encima, esperando que sus miradas se cruzaran. Ella lo había notado. Le pareció que el tipo le observaba los senos, así que evitó ese encuentro con sus ojos y puso cara de molestia. Intentó simular que dormía pero su hija no paraba de decirle que el bus olía muy mal, a lo que ella repetía "Sí, sí, ya casi llegamos". El tipo no la perdía de vista por

nada; Isabel pasó a la mano derecha la pequeña cartera que llevaba en su izquierda, lejos del alcance del hombre.

La carretera era una continuación de rectas monótonas; a los costados las planicies eran en su mayoría pastizales y arbustos, y más al fondo algunos montes. En muchos lugares había rebaños de cabras o de llamas, acompañadas por algún pastor, casi siempre alguien de piel oscura cuarteada por el viento, vestido de blanco con un poncho a rayas y sombrero de ala ancha.

Llegaron a Quito y, como estaban sentadas atrás, fueron casi las últimas en bajar. Las rodillas le dolían, las tenía entumecidas. Descendió con dificultad flexionando las piernas para recuperarse. Una vez en la terminal de buses, compró un pasaje hacia Tulcán que le costó diez sucres, y esperó en una sala grande a que dieran el aviso para abordar el bus 158. Mientras compraba algo de comida para el camino, le pareció ver de nuevo, a lo lejos, al tipo del saco sobre los hombros. Con los ojos buscó a su hija que cuidaba las dos maletas junto a unas bancas. Después miró de nuevo hacia donde le pareció ver al hombre y ya no estaba. “Tal vez era alguien parecido”, pensó. Por el altavoz una voz gangosa, entrecortada por la interferencia, dio el aviso de salida.

Isabel se acomodó con su hija en las sillas que sus tiquetes indicaban –estas al menos eran cómodas–. Las maletas habían quedado en el guardaequipaje. Como era un viaje de casi medio día, fue a donde el chofer y le pidió unas bolsas por si la niña se mareaba. De regreso a su puesto reconoció, en la última silla, al tipo del saco. Él la saludó, sonriente, pero ella lo ignoró y se sentó como si no lo hubiera visto.

Más adelante, a menos de una hora para llegar, alguien del puesto que daba al pasillo de la fila del lado se bajó. Entonces el hombre aprovechó para cambiarse. Isabel se asustó un poco cuando su nuevo vecino le habló:

–El mundo es un pañuelo, ¿no?

–¿Lo conozco?

–Pero si veníamos en el mismo bus –replicó–. Mucho gusto, Julio Fuertes.

Ella lo dejó con la mano estirada.

–Cómo le va –fue lo único que dijo.

El resto fueron monosílabos, evasivas, indiferencia. Hasta que el tipo abandonó el intento de entablar una charla.

Cuando llegaron, Isabel bajó rápidamente llevando a la niña de la mano, casi halándola, pero de nada sirvió porque tuvo que esperar detrás de otros pasajeros que reclamaban su equipaje. Así que el hombre aprovechó para acercarse e insistir en la conversación, justo en el momento en que a ella le entregaban las maletas.

—Y para dónde va ahora.

—Para donde unos familiares.

—Pero se viene del todo, ¿no? —hizo énfasis mirando las maletas.

—Sí señor. Bueno, hasta luego —dijo Isabel, en un tono cortante, sin mirarlo.

—Si quiere le ayudo a cargar las maletas, vea que ya es tarde. O por lo menos la acompaño hasta el taxi.

—No, muy amable.

Iba a cruzar la calle, pero vio a un indigente con un gato en el bolsillo pidiendo dinero, y en la acera del frente a dos hombres que la miraban y hablaban entre sí. Se dio la vuelta y el tipo todavía estaba ahí.

—Bueno, está bien, ayúdeme con las maletas —dijo.

Eran cerca de las nueve de la noche. No conocía a nadie en Tulcán, así que creyó que sería mejor buscar dónde pasar la noche.

—¿Usted conoce un hotel bueno por acá?

—¡Yo también voy para un hotel! Conozco uno cerca y a buen precio.

Por el camino le dijo que comerciaba con maderas y que tenía que ir a Rumichaca, del otro lado de la frontera. Llegaron a un hotel llamado La Línea, una cuadra abajo de la parada de buses. El hombre de la recepción era gordo, con un bigote de escasos pelos, que saludó con una risotada al tipo. Parecían viejos amigos. Enseñada miró a Isabel, detuvo la mirada en sus piernas.

—Una amiga —dijo el tipo, esperando que ella dijera su nombre.

—Buenas noches —saludó Isabel en tono cortante.

—Don Marcial, necesitamos un cuarto —a ella le pareció que guiñaba un ojo.

—Claro Julito, puede ser el 15 o el 17; las camas son dobles y quedan allá atrás.

—Yo vengo con la niña, las dos solas —dijo Isabel—. Necesito un cuarto sencillo.

—Ah, pues siendo así, apenas tengo la 3 aquí no más.

Pagó la habitación, que en verdad era barata. Julio dijo que pasaría esa noche para saludar a unos amigos y se ofreció a recogerla en la mañana para continuar el viaje, si quería. Para deshacerse del tipo ella aceptó.

—Entonces, ¿paso a las seis o a las seis y media?

—A las seis y media está bien.

Le tendió la mano. Ella sólo lo miró y se despidió con un gesto de la mano que tenía libre, en la otra aprisionaba a su hija. Entró en la habitación y notó que no servía el seguro de la puerta. Adentro había una cama metálica que, cuando se sentó, sonó como si se fuera a desplomar, una pequeña mesa y un par de sillas. Se respiraba un olor a tierra húmeda. El techo se estaba descascarando y habían algunos fragmentos de pintura en el suelo. No parecía que usaran mucho ese cuarto, tampoco que lo limpiaran. El baño estaba en el pasillo. Escuchó ruidos de voces afuera, así que prefirió no salir más. Corrió una silla y la inclinó para trancar la puerta. La reforzó con la mesita y la otra silla delante. Junto a la cabecera de la cama puso las dos maletas y se envolvió en las cobijas abrazando muy fuerte a su hija. Unas lágrimas cruzaron sus mejillas y tembló un poco. La niña se durmió en el acto, pero ella no pudo: fue una noche muy larga. En varias ocasiones escuchó voces en el pasillo y sintió que se acercaban a la puerta. Incluso le pareció que alguien giró el pica-
porte. Isabel permaneció en un estado de zozobra, esperando a que la luz del día llegara para salir huyendo de ese lugar. Apenas sintió la claridad despertó a la niña, desatrancó la puerta, tomó sus maletas y salieron casi corriendo del hotel. No entró al baño ni se cambió, pasó de largo por la recepción y no saludó. Aún no eran las seis de la mañana cuando llegó a la parada de buses. Quería irse cuanto antes a Rumichaca. Sin embargo, en la distancia distinguió de espaldas al tipo. Con el mismo saco del día anterior sobre los hombros, hablaba con los dos hombres que a su llegada, en la parada de buses, cuchichearon en la acera del frente. Quedó paralizada, se perturbó más. Del otro lado de la calle escuchó un grito junto a un bus aparcado en sentido contrario hacia donde ella iba:

—¡Para Quito, de salida!

Atravesó la calle sin pensarlo.

—Deme dos —indicó con los dedos también.

El ayudante del bus le recibió las maletas y las puso en el guardaequipaje, le dio el recibo. Isabel y su hija subieron al bus que las sacaría de allí, y pensó que tal vez aún no era el momento de regresar a Rumichaca.

JIMMY

Miguel Castillo



Jimmy quería ser un jazzman. Quería una vida corta y la habilidad necesaria para tomarse el mundo en ese plazo. Para ser justos, Jimmy quería ser Charlie Parker, pero sólo pudo reunir el dinero para una trompeta, así que a la fuerza intentó parecerse a Miles Davis. Jimmy era en realidad un caso especial: si las historias donde sólo es necesario el amor y el deseo para conseguir lo anhelado fueran ciertas, sin duda Jimmy habría sido el mejor músico del mundo.

Nunca antes había visto a nadie así. Jimmy cruzaba de arriba abajo con su estuche de trompeta bajo el brazo todos los días, alejado de casi todo contacto con los demás; eran sólo él y la música. Yo también quería ser músico. Como Jimmy tenía la disciplina que yo no poseía, poco a poco se convirtió en mi ídolo.

La primera vez que pasó con el estuche de trompeta, estaba con mis amigos en una esquina del barrio. Hablábamos de tetas y culos conocidos cuando alguien dijo que Jimmy venía en camino. Jimmy era el vecino del que todos se burlaban; no era nada más que un muchacho flaco y tonto del que se podía prever ante cualquier burla una retirada triste, antes que los puños como respuesta. Tan

pronto estuvo a unos pasos, empezamos a gritarle: “músico, afineme el instrumento”, mientras nos tomábamos nuestra entrepiernas con las manos.

—¿Qué es eso Jimmy? —Le pregunté cuando pasó a mi lado.

—Pues una trompeta —respondió sin voltear el rostro—. Seré un gran músico, como Miles Davis pero blanco.

Todos nos reímos, incluso yo que entendí lo del Miles Davis blanco. Desde hacía unos meses practicaba en mi cuarto con una guitarra que era de mi papá y un cuadernito con canciones fáciles de aprender. También buscaba en google los nombres de los mejores músicos del mundo, y Miles Davis apareció allí. La página que encontré decía que se trataba de una de las figuras más relevantes de la historia del Jazz, eso lo recordé cuando Jimmy siguió su camino sin despedirse. No sé por qué, pero estoy seguro de que, mientras caminaba hacia su casa, Jimmy deseaba ser sordo para dejar de oír nuestros gritos de “afineme el instrumento” acompañados con la mano en la bragueta.

Una noche oí el rumor de que Jimmy no sabía tocar. Yo acababa de ganar una competencia de guitarristas invisibles. Estaba con mis amigos, bebiendo vino barato, oyendo música y haciendo el ridículo; el ganador se llevaba un vaso extra de vino que, por absurdo que parezca, me hizo sentir como una verdadera estrella del rock. “¿Sí saben que Jimmy no sabe tocar?, sólo hace la mímica en uno de los semáforos de la calle de los árabes. Del estuche lo que saca es una trompeta de plástico y una grabadora. Finge que toca y luego pide dinero”. Todos se reían con la historia, menos yo que me imaginé en el lugar de Jimmy, con una guitarra de juguete, rodeado de cientos de personas chocando y carros pitando en completa disfonía.

Lo que me pareció raro en Jimmy no fue esa obsesión por ser músico, sino que a pesar de vivir a sólo tres casas de la mía jamás lo escuché ensayar; lo cual aumentaba mis sospechas. Para no permitir que mis esperanzas sobre Jimmy decayeran, solía decirme a mí mismo que sus papás odiaban la música, obligando a Jimmy a practicar con un trapo en la boca de la trompeta. Sin embargo, y por más que me repitiera lo mismo, empecé a tener la necesidad de comprobar la música de Jimmy. Por esa razón lo invité a la casa. Le dije que yo estaba aprendiendo a tocar guitarra y que podríamos

ensayar, hasta podríamos armar un grupo si nos entendíamos. Jimmy aceptó y fue algunas veces, pero en ningún momento tocó una sola nota.

—Aún no soy bueno —dijo cuando pedí que siguiera lo que yo tocaba—. Aún me falta mucho por aprender.

Jimmy se vestía igual a esos niños que predicaban en los canales evangélicos. La única diferencia era que en lugar de la Biblia, Jimmy llevaba bajo el brazo la trompeta. Por eso le pregunté por la ropa una vez que vino por música.

—Es por las clases de trompeta. Si no me visto bien para ir a estudiar, ¿cómo voy a ser juicioso con lo que me enseñen? —me respondió. Luego agarró el CD que tenía en mi mano, y se fue dejándome con la sensación de haber hablado con mi mamá.

Como era de esperarse, los pequeños rumores crecieron en el barrio; incluso algunos llegaron a hablar de drogas: “Igualito a Antonio Banderas, sólo que con un estuche de trompeta lleno de marihuana”, dijo alguien en la tienda una tarde. Sin que yo mismo pudiera percibirlo, la leyenda de Jimmy y su música silenciosa creció tanto que los niños más pequeños empezaron a molestarlo y a gritarle los mismos chistes que mis amigos y yo le dijimos la primera vez que llegó con la trompeta.

—Lo verdaderamente importante es la creación del sonido —me confesó una vez que vino a oír música.

Ahí comprendí que Jimmy estaba tan seguro de lo que afirmaba que yo no podía dudar de él.

—Mira, la relación es entre la trompeta y la soledad —dijo después de despedirse esa tarde.

Eso fue una iluminación para mí. Si Jesucristo quisiera mandar a Dios a la mierda y empezar desde cero, esa sería la frase de partida. Por eso quería ser el primer espectador de ese Miles Davis blanco que él mismo había profetizado, para poder decir en el futuro, cuando nuestra banda fuera la mejor del mundo, que yo sí creí en él cuando nadie más lo hizo.

A pesar de lo que dijera Jimmy, sin una música que oír mi confianza empezó lentamente a dejar de existir. De ser el mejor músico del barrio, Jimmy pasó a convertirse en un vegetariano que comía carne a escondidas. El ídolo que había levantado en su

nombre empezó a caer, y sólo yo podía hacer algo para evitarlo. Debía ser el primer espectador de la música de Jimmy, y por esa razón esperé el momento oportuno para seguirlo sin ser visto.

En vez de ir a la universidad, como debía hacer cada mañana, me senté por varios días en una tienda frente a la parada del bus, atento a Jimmy. Como no iba a ningún lado, el dinero del bus lo gastaba en cerveza y cigarrillos. Eso dejé de hacerlo una tarde que Jimmy escapó porque subió a un bus y yo no tenía el dinero suficiente para seguirlo. Sólo pude costear cigarrillos después de eso, y como lo que hacía (que era no hacer nada) se parecía a las películas de detectives que veía en televisión, solía acomodarme un sombrero imaginario cada vez que sentía que me aburría.

Al fin, pude alcanzar a Jimmy sin que él me viera. Subió a un bus y yo estaba tras él, parecido a una sombra. Jimmy jamás mira a las demás personas, tan sólo camina y mira al suelo. A duras penas solía mirarme cuando hablábamos, así que pasar a su lado en un pasillo de cincuenta centímetros atestado de gente fue lo más sencillo. Tomé un puesto junto a la venta que dejó una anciana, y Jimmy continuó atrapado entre la registradora y un grupo de niñas de colegio. El bus era un embutido con ventanas, y Jimmy parecía ahorcarse entre su estuche y los brazos en alto de los demás pasajeros.

Yo miraba por la ventanilla los edificios de cemento pasar en desorden, siempre feos, hasta que el reflejo de Jimmy cruzó por entre las torres que pasaban afuera. Oí el timbre del bus y luego vi a Jimmy bajar y empezar a caminar. Me levanté tan pronto las puertas de salida cerraron, toqué el timbre y lo seguí.

Seguí su rastro por entre carros de comida y bultos de basura, hasta que apareció una casona antigua de dos pisos. Leí “Academia de música”, y la confianza en Jimmy volvió a surgir. Cuando cruzó la puerta recordé el comentario sobre Jimmy haciendo la fonomímica de trompetista; lo vi esa vez como un chiste del cual nos reíríamos los dos en el futuro, cuando estuviéramos de gira e hicieran la pregunta de cómo empezó todo. Un pasillo largo seguía después de la puerta de la calle, mostrando un primer piso donde el sonido de guitarras y violines no paraban de circular por la casa, subiendo por las mismas escaleras por las que Jimmy subió. Subí, y con cada escalón sentí que pisaba las teclas de un piano en espiral que me llevaba a una

canción mal interpretada. En el segundo piso lo único que vi fue otro pasillo que rodeaba la casa. Al final, justo al frente mío, una puerta se cerró ocultando a Jimmy. Casi al instante, el sonido de un saxofón surgió de esa habitación transformada en salón de música.

No era Jimmy, por supuesto. Un saxofón no cabría nunca en el estuche de una trompeta. Así que caminé hacia la puerta, buscando una ventanilla de vidrio que veía incrustada allí. Cada paso mío era cubierto por la música de la casa. Y justo mientras me acercaba, lo que debía ser la trompeta de Jimmy empezó a intercalarse con el saxofón. No podía creer lo que oía. A ratos era el saxofón y a ratos la trompeta la que cantaba; era un duelo de vaqueros armados con instrumentos de viento. De repente la música del primer piso calló. La trompeta y el saxofón quedaron solos, intercambiando cientos de golpes de música.

Jimmy siempre quiso ser Charlie Parker, pero no tuvo otra opción que ser Miles Davis. Eso es lo que solía decir cuando no había nada sonando en el aire. Cuando el duelo empezó, me sentí presenciando la discusión de dos gigantes.

—No debería estar aquí —me lo repetí hasta que la puerta estuvo frente a mí y pude mirar por la ventanilla lo que sucedía, repitiendo aún, pero ya sin convicción, que no debería estar allí.

El saxofonista era un muchacho, casi de la misma edad de nosotros. Parecía un niño prodigio, pero quien dominaba la pelea era sin duda la trompeta. “Jimmy es Miles Davis” alcancé a decir antes de reconocer a otro tipo en el lugar de Jimmy.

Resultó ser un viejo, sin duda el maestro de la clase. Jimmy estaba junto a una ventana que daba a la calle, completamente estático. El pobre no quitaba la mirada de los dedos del viejo, y los dos que tocaban no se fijaban en él. “La relación es entre la trompeta y la soledad”, había dicho Jimmy y desde esa ventana parecía cumplir sus propias reglas.

El duelo de práctica entre saxofón y trompeta paró casi al instante en que empecé a mirar. El viejo llamó a Jimmy. Le pidió que agarrara la trompeta y Jimmy lo hizo; “está perfecta, inténtalo de nuevo”, fue lo último que le oí decir al viejo.

“Los músicos no hablan entre ellos, todo lo dicen con música” dijo Jimmy una vez, y por lo que veía parecía cierto. El del saxofón

tomó el lugar de Jimmy junto a la ventana y guardó también silencio. Hasta la casa parecía haberse callado, como si en los salones de los dos pisos esperaran a Jimmy. Pudo haber pasado un minuto o más antes de que Jimmy humedeciera los labios y subiera la trompeta a su boca. Sus ojos se inflaron, pero del bronce en embudo no salía nada más que un vacío seguido de un ruido indescriptible.

En una clase de la universidad un profesor dijo que los sinónimos no existen. “Una palabra y otra jamás dicen lo mismo”. Al principio creía que sólo exageraba para parecer más inteligente, pero con el tiempo comprendí que decía la verdad. Por ejemplo, *sonido* y *ruido* parecen decir una sola cosa, pero no es así; *sonido* quiere decir cualquier cosa que parezca armoniosa, por ejemplo el viento pasando cerca, o el mar golpeando la costa. Incluso el silencio, en ciertos momentos, puede considerarse como un sonido; en definitiva, un sonido es música en un nivel más simple. En cambio la palabra *ruido* es otra cosa, más cercana a una demolición lenta o un zancudo en la noche. Y eso fue precisamente lo que oí en el momento en que Jimmy hizo sonar la trompeta.

Las mejillas de Jimmy estaban infladas, igual que los ojos. Sin embargo no logró nada, salvo un chirrido de globo muriendo. Agitaba los dedos sin orden y mantenía los ojos cerrados. El del saxofón no dejaba de cubrirse la boca con las manos. El profesor, al igual que toda la casa, seguía guardando silencio, esperando solamente a que Jimmy parara.

Salí sin saber lo que el viejo le habría dicho. Llevaba asistiendo casi un año y no había aprendido nada. Algo debió decirle el viejo después de eso, pero preferí no oírlo. En algún lugar de la casa el piano de antes volvió a sonar. Cada paso mío fue marcado por cada tecla, hasta que, una vez afuera, la música de los demás estudiantes volvió a retumbar por toda la casa. La música parecía expulsada por los pasillos hacia la acera de enfrente, donde en ese momento pasaba una pareja de ciegos que caminaba despacio.

Yo también caminé por el centro, sólo que sin rumbo. Después, cuando ya las clases a las que no fui debieron haber terminado, tomé el bus de regreso al barrio. En la tienda pedí una cajetilla de cigarrillos. Luego, me senté en la esquina a esperar a Jimmy. No tenía ganas de hablar porque los músicos no lo necesitamos; sólo

quería ver a Jimmy pasar con su estuche de trompeta bajo el brazo, decidido más que nunca a practicar.

Compré los cigarrillos especialmente por Jimmy. No es que yo sea un gran fumador, la verdad sólo lo hago cuando bebo. Imaginaba a Jimmy cruzando la calle envuelto en humo porque así son las fotos de los jazzman que tanto admiraba, pero como él no fumaba debía ser yo el que creara ese humo. Uno a uno los cigarrillos desaparecieron en figuras azules y basura arrojada sobre la calle. Sólo cuando boté al suelo la última colilla, Jimmy apareció.

Jimmy pasó y no había nada con él, ni siquiera humo. Bajo su brazo, el espacio suficiente para un estuche de trompeta era ocupado ahora por el vacío. Eso, debo decirlo, me molestó. Jimmy no saludó y yo tampoco lo intenté. Por un momento pensé en mí mismo tocando una canción con una guitarra sin cuerdas, hasta que Jimmy desapareció como un sonido cualquiera en el aire.

Un Jimmy sin trompeta no es nada más que un hombre acompañado de una soledad doble. Después de que Jimmy desapareció pensé una vez más en jugar al detective; podría buscar y encontrar la trompeta de Jimmy. Podría incluso devolvérsela con una nota que dijera: *para Miles Blanco*. Pero por supuesto, no lo hice.

Cuando volví a casa ya era bastante tarde. Mamá me preguntó cómo me había ido en la universidad y si tenía hambre. Le dije que bien y que ya había comido, “una cajetilla completa” pensé. En el cuarto me quité los zapatos y agarré la guitarra que dormía sobre la cama; cientos de veces había imaginado que ese diminuto cuarto era realmente un estadio repleto de gente aplaudiendo, y ahora sólo veía una cama, zapatos en el suelo, un escritorio y ropa en el armario. Intenté tocar una canción que sabía de memoria, pero faltaba una cuerda, así que dejé la guitarra donde estaba. Después, cuando intentaba dormir, la noche tembló. Al principio cada cosa afuera parecía en su sitio, pero al poco pude sentir algo nuevo en el aire. Cerré los ojos para concentrarme y pude oír. Todas las vibraciones, los ruidos y sonidos del mundo se detuvieron. Sólo se oía una cosa, y era una canción compuesta de un silencio enorme y continuo que se repitió toda la noche.

TRABAJO TEMPORAL

Mauricio Silva



Porque no te posea, siendo mía
Porque lo quieres todo, y te doy nada
Habré de recordarte con ternura.

Vinicius de Moraes

Imposible olvidar ese martes 23 de marzo. Justo hoy hace un año.

Me levanté temprano para cumplirle la cita a Carvajal. Lo de siempre: ver los periódicos por Internet, abundante café, huevos fritos, la cama tendida, la loza limpia. La radio anunció clima seco en la mañana y lluvia en la tarde. Miré el cielo. “Seguro va a llover”, pensé. No saqué el paraguas.

El colectivo C24 apenas traía pasajeros. Encontré un asiento en la segunda fila de la derecha con distancia suficiente del espaldar de adelante, de modo que lo ocupé con holgura y pude protegerme de los bruscos movimientos del pequeño colectivo en su cacería de pasajeros sobre la carrera Trece. El conductor era un bárbaro y era evidente que llevaba mucha prisa.

Prefiero los conductores acelerados a los lentos. Bogotá es una ciudad rápida. Todo el mundo lleva afán. En la calle, esa mañana, los

oficinistas corrían o caminaban muy apurados: todos con vestidos oscuros, camisas claras, corbatas celestes o rosadas y zapatos negros. Miré el reloj. Las ocho y cinco de la mañana.

El colectivo giró a la izquierda en la calle Treintaiséis y frenó de sopetón. Los pasajeros miramos mal al conductor en el reflejo de su gran espejo y vimos subir a tres estudiantes que intentaban pagar el pasaje entre saltos y tumbos, deslizándole monedas y billetes por el pequeño orificio del vidrio que los separaba. En la Séptima el semáforo lo detuvo y una mujer entró.

Observó el interior del colectivo sin sostener las miradas de los demás. El semáforo le dio tiempo para sentarse con tranquilidad a la izquierda, una fila delante de la mía. Esbelta, alta y delgada, con cierto aire de modelo de revista de modas y aún joven. Ni su aspecto ni su atuendo correspondían al de las oficinistas siempre vestidas con sastres de tonos pasteles o fúnebres. Tampoco era el atuendo libre e irreverente de las estudiantes: jeans o chicles o pantalones de múltiples colores, camisetas, chaquetas de mil estilos, bolsos por lo general de tela o mochilas *arhuakas* y cabello húmedo.

“¿Será una profesora?” dudé mientras avanzábamos por el Parque Nacional para llegar a la carrera Quinta. “No. Las profesoras no son así”.

Me fue imposible dejar de observarla. Encontré su rostro en el reflejo del vidrio que nos separaba del conductor, entre un sinnúmero de calcomanías de vírgenes, un “Cómo conduzco” y los valores del pasaje.

En el semáforo del colegio San Bartolomé, sacó de su inmenso bolso de cuero un celular y comenzó a escribir con los pulgares. “Ya sé”, me dije, “seguro trabaja en algún ministerio o en alguna compañía”. No sé por qué sentí que no encajaba en ese colectivo. Se trataba de una mujer a todas luces hermosa, pero no tan llamativa como para generar las usuales miradas indiscretas de los hombres. Algo en ella me sedujo, un no sé qué más allá de su atractivo físico que me impedía dejar de observarla y conjuraba cualquier intento por clasificar su ocupación.

Para cuando pasamos el puente de la Veintiséis ya había dejado en paz su celular. El colectivo giró muy rápido en la esquina de la calle Veinticuatro para buscar la carrera Cuarta, y la inercia la obligó

a girar hacia su derecha y sacar un pie al pasillo para no caerse. Su movimiento me permitió verle el rostro de frente, confundido entre las airadas protestas de algunos pasajeros. El conductor fingió no escuchar y continuó hacia la universidad Jorge Tadeo Lozano.

Su rostro de facciones finas, apenas maquillado, blanco y bello, se alzaba entre un delgado cuello largo y su cabello ondulado y oscuro, recogido con una sobria hebilla negra. El rojo de sus labios hacía juego con el esmalte de sus uñas perfectas.

En la Tadeo se bajaron algunos estudiantes y el colectivo quedó con varias sillas vacías, una de ellas la de su ventana. Un instante antes, cuando se volteó hacia su derecha para dar paso a la muchacha que bajaba, me miró. Quedé en evidencia pero pude mantener la calma. Ahora era ella quien me observaba en el reflejo del vidrio. Consulté de nuevo mi reloj, las ocho y veinte. “Perfecto”, pensé.

Pasamos sin traumatismos la avenida Diecinueve y llegamos al Eje Ambiental. “Aquí se baja, fijo”, supuse. Seguro va para la Universidad del Rosario. Si es profe, es de allá. También pensé que podría ser funcionaria del Banco de la República o de la Procuraduría. Se mantuvo en su asiento distraída mirando hacia afuera. Mi celular sonó.

—Hey, Carvajal ¿cómo vas? —saludé, mirándola fijamente como quien no mira a nadie—, a las ocho treinta ¿no?

—Sí, sí, sí, ya estoy llegando, ¿en dónde estás?

—En la Jiménez. En un minuto nos vemos.

—Vale, vale. Voy comprando los cafés. Ya nos vemos.

—Listo —dije, y colgué.

Antes de llegar a la biblioteca Luis Ángel Arango el colectivo paró tres veces y ella no se bajó. Supuse que lo haríamos juntos en la biblioteca o que seguiría una cuadra más, a lo sumo dos. Timbré, el colectivo paró, bajé y ella continuó su viaje. Una vez en la acera, su imagen se desvaneció de mi pensamiento en un instante. Caminé con prisa las dos cuadras que me separaban de mi cita.

Como lo imaginaba, Carvajal ya estaba en una mesa con un par de tintos humeantes. Hacía frío. Nos saludamos.

—¿Y entonces qué? —le pregunté mientras me sentaba.

Por la cara que puso, me quedó claro que la cosa no había funcionado, que el contrato no sería para mí.

—Hombre, no se pudo...

—La *meritocracia* me persigue —lo interrumpí, intentando disimular mi desencanto y mi sorpresa—. Qué, ¿ahora para eso se requieren tres posgrados y cinco idiomas?

—No. No es eso —contestó Carvajal—, ojalá. Imagínate que ayer a medio día, cuando te llamé, estaba todo listo; conversé con Rubén y a él le gustó la idea de que fueras tú, te conoce. Conoce tu trabajo.

—¿Y entonces? No entiendo —dije y encendí un cigarrillo.

—Pues imagínate que esta mañana temprano fui a donde Rubén para echar a andar el proceso de tu contratación y me sale con que ya contrataron a alguien. ¿Puedes creerlo?

—¿Cómo así?

—Dice Rubén que fue una orden del viceministro, imagínate. Como que es alguien recomendadísimo. Rubén está súper molesto. Qué pena hacerte venir para nada. En serio, yo también me acabo de enterar.

Era evidente que el asunto le molestaba mucho y no era para menos. Más allá de que me eligieran a mí, el punto era que tanto Rubén como él, siempre habían tenido autonomía para la contratación de sus investigadores y que un vice se metiera en eso definitivamente era un mal presagio.

—Bueno ¿y quién es el recomendado? —pregunté.

—Ni idea, me imagino que alguna cuota política o algo así. No sé. O un pariente.

—Ojalá que por lo menos maneje el tema —comenté, como por decir algo.

—Rubén me dijo que ahora viene a firmar su contrato. Allá debe estar. No es sino que diga algo un vice y esos de Jurídica sí se mueven. Corren. ¿Puedes creer? Ya está listo el contrato y todo —dijo Carvajal mientras se tomaba el último sorbo de su café—. No he pasado por Jurídica, me vine directo para acá. No tengo ni idea de quién será.

Rubén ha sido jefe de área en el ministerio desde siempre y Carvajal su coordinador de investigaciones desde hacía unos tres años, cuando dejó de dictar clase en la Católica. Los dos son buenos administradores, Rubén mucho más político y Carvajal su mano derecha.

—Para mí esto es un lío. Con qué autoridad le exijo a esta persona, si resulta ser el hijo o el pariente de algún prócer. Además, tú bien sabes que sobre descentralización yo no tengo la menor idea, y menos en temas sociales, Rubén algo, pero ¿yo? —dijo, y se quedó mirando a la gente que bajaba por la calle Once.

—Eso no es del otro mundo tampoco —dije con falsa modestia.

—Lo dices porque eres experto en eso —contestó, molesto—. Ni conozco su hoja de vida. No sé quién es, no sé nada.

—Tranquilo, hombre —le dije—, si quieres, pues yo te echo una mano; podemos ver los informes de avance juntos, cosas así. En serio, si te da problemas yo te ayudo. Cuenta conmigo.

Carvajal sonrió por primera vez. No es que yo sea un súper experto en temas sociales, pero sí manejaba el tema de la investigación. Mi ofrecimiento fue sincero; si bien no somos íntimos amigos, nos conocemos desde siempre y nos tenemos afecto. “Asunto terminado”, pensé.

Conversamos un buen rato más. Nos dimos un abrazo y él tomó rumbo al sur por la carrera Sexta. Compré otro café. Pensé en lo envejecido que se veía Carvajal. El cielo empezó a llenarse de nubes.

Si bien sabía que no se me acabaría el mundo, contaba con la investigación. Para mí no era un trabajo difícil, me gustaba el tema y los honorarios eran muy buenos. “Será seguir dictando clase”, pensé resignado, “qué le vamos a hacer”.

Ya que estaba en el centro, decidí visitar las librerías de la Octava. Así que terminé mi café sin prisa, salí de la cafetería, bajé por la calle Once, atravesé la Plaza de Bolívar y caminé hacia el norte por la carrera Octava. Cuando pasé la Jiménez decidí sólo entrar a la de Bernal que siempre atiende bien y sabe de literatura. Me recibió con alegría y me mostró las novedades.

Bernal vende libros de segunda mano y ediciones imperfectas. Después de mirar y remirar los estantes repletos me decidí por una antología de autores españoles editada por Aguilar, más por el fetiche de tener esa edición que por los autores que traía; además le compré el *Libro de sonetos* de Vinicius de Moraes y una novela de Irvine Welsh que me recomendó, *Crimen*.

Conversamos otro rato, le pagué y salí contento. Comprar libros es una buena terapia en los malos tiempos. Justo en la puerta

del local trastabillé en el escalón y de pronto sentí un empujón, un golpe fuerte. Caí. Mi intento para proteger los libros fue vano y sí logré golpearme muy fuerte una rodilla. Los libros volaron como en cámara lenta y fueron a parar en la angosta acera entre los múltiples pies de los veloces transeúntes del centro. Bernal se apresuró a rescatarlos. Yo, azarado por el golpe y por el ridículo de estar en el piso en plena calle, apenas sí atiné a observar, furioso, quién me había arrollado. Oh sorpresa. Era un ángel.

Me miró y no supo qué hacer, si ayudarme a levantar o recoger los libros. La rodilla me dolía mucho y me costaba disimularlo. Mi rabia era cosa del pasado. Por fin, no sé cómo, me incorporé. Bernal me entregó la novela y el libro de cuentos y preguntó si todo estaba bien.

Sonrojada, me sujetó de un brazo y me ofreció disculpas. Era ella. La mujer del colectivo.

—No se preocupe —dije, renqueando—. No es nada.

—Cómo nada —dijo con el rostro affigido—, se pegó durísimo en la rodilla. Discúlpeme, no sé cómo fue que no lo vi.

Noté que tenía en la mano los sonetos de Vinicius de Moraes.

—¿Este es el autor de «Chica de Ipanema», verdad? —preguntó.

—Sí —le contesté.

—Me encanta —dijo.

—¿La bossa nova o el autor? —le pregunté limpiándome el pantalón con las manos.

—Ambos —dijo—. Pero venga, ¿le provoca tomar algo? Un vaso de agua, no sé...

—No se preocupe —le contesté—. Estoy bien.

Caminamos hacia el norte por la Octava. Me esforzaba por no cojear.

—Se pegó durísimo ¿verdad?

—No es nada —mentí.

—Perdóneme —dijo aún con el libro en la mano, e insistió—: En serio, tomémonos algo.

Subimos a la carrera Séptima.

El cielo se oscureció. Amenazantes nubes grises reemplazaron la claridad de la mañana. La lluvia era inminente. No tenía caso ir a algún lugar. No nos conocíamos y ya el episodio había terminado. Ni

siquiera sabía de qué conversar mientras caminábamos. “Dejemos así”, pensé.

—¿Trabaja en el centro? —pregunté mientras nos acercábamos a la avenida Diecinueve.

—Hasta el viernes pasado en la Cancillería —respondió—. Y usted, ¿qué hace?

—Soy investigador de temas sociales y cosas así —respondí—; también dicto clases.

Me miró con sorpresa y la expresión de su mirada cambió. Me iba a decir algo pero la luz del semáforo pasó a verde. Cruzamos la avenida bajo grandes gotas de lluvia. Escampamos en el zaguán que da a las gradas de una cafetería de la Diecinueve con Séptima, la del segundo piso. Subimos. Nos sentamos junto al gran ventanal. Pedimos dos cafés.

—Entonces trabajas en la Cancillería —dije.

—Hasta el viernes pasado. A partir de hoy en el Ministerio de Hacienda. Me contrataron para hacer una investigación.

Me contó que su jefe en la Cancillería era íntimo amigo del viceministro de Hacienda; que la quería mucho y que le había conseguido el trabajo. Que estaba muy feliz, que el contrato era muy bueno en términos de dinero y le permitiría ahorrar para viajar a España en donde esperaba acceder a una beca en la Complutense de Madrid. Que le preocupaba el tema de la investigación, porque era experta en temas económicos y no precisamente en el tema social de la investigación, y que, además, su contrato había sido forzado por el viceministro y le preocupaba la actitud de su nuevo jefe. Hablamos de eso y de muchas cosas más. El tiempo pareció suspenderse.

Ese encuentro casual marcó mi vida. Durante los meses que siguieron nos amamos y trabajamos sin parar. Nunca había trajinado tanto. Apenas sí tenía tiempo de preparar las clases y corregir pruebas. Mi existencia giraba en torno a Susana; a su trabajo y a su amor. En efecto, ella no tenía mucha idea del tema de investigación, pero era muy aplicada, incansable. Conformamos un buen equipo; era muy buena consiguiendo información. Mi apartamento se convirtió en una oficina, organizábamos los datos, discutíamos, escribíamos los análisis, parecíamos uno solo. Trabajábamos hasta

tarde y nos amábamos de madrugada. Yo salía temprano para mi clase y ella para su casa.

No tenía tiempo para nada más, ni un cine, ni una visita a mis tías. Prácticamente no había domingos ni festivos, ni amigos. Nada. Sólo amor y trabajo. Era un hombre feliz. Lo de las clases apenas me alcanzaba para vivir. Susana ahorra prácticamente la totalidad de su sueldo en espera de su viaje. No me importaba; vivía por ella, para ella.

Susana compartía un apartamento con una administradora de empresas y una arquitecta; un par de pedantes que me miraban como a un insecto. Apenas fui a ese lugar una o dos veces. Era un espacio amplio en donde todas las cosas estaban en su sitio; algo perfecto. Un local muy plástico, muy impersonal. El cuarto de Susana era quizá lo único cálido allí. Por la impresión de frialdad que me generaba, o para no encontrarme con sus amigas, siempre evité entrar allí. Prefería llamarla al celular para que bajara y camináramos por la Séptima o por la Trece hasta mi apartamento; conversábamos casi invariablemente de sus cosas o mirábamos vitrinas. Nos encantaba ver las piruetas de los *skaters* en el Parque Nacional. Andando con ella, siempre sentí la ciudad muy distinta, amable.

El 23 de septiembre, exactamente seis meses después de nuestro encuentro en el centro, presentó la versión final de la investigación. Fue un éxito. Estaba radiante, nunca la vi tan feliz. Tiempo después supe que Carvajal y Rubén quedaron muy contentos; la investigación fue la base de la política de descentralización del nuevo Gobierno. Esa noche celebramos en mi casa, tomamos vino y nos amamos con una entrega que quizá no habíamos vivido nunca, que yo no conocía.

Al día siguiente Susana salió a media mañana, debía cambiarse e ir al Ministerio a firmar la liquidación del contrato para liberar el último desembolso. Me besó y se fue. Llamé a la universidad, me excusé por no asistir y me dormí. Desperté al medio día. La llamé y no contestó. Insistí en la tarde y en la noche. Nada. Fui a su apartamento mil veces. Nadie me dio razón. No la volví a ver jamás. Ni a ella, ni a mi libro de Vinicius de Moraes.

REFLEXIONES DE UN ESCRITOR ASESINO

Julián Enríquez



Dicen que incluso los espíritus más salvajes requieren su dosis de disciplina. A lo mejor me hizo falta un poco de aquello o me distraje al final. Quién sabe; no es la primera vez ni será la última que un escritor tome como vía alterna el asesinato en serie. Sería como negar que incluso Papá Noel descendió por algunas chimeneas en busca de sexo. De vez en cuando ante el tedio cotidiano no queda otra cosa que diversificarnos drásticamente. Todas estas eran conclusiones que aterraban a mi abogado defensor, un sujeto monosilábico con apariencia de empleado de pompas fúnebres que siempre me advertía: ¡Silencio, cautela en el estrado!

Avergonzados, mis parientes se desinteresaron de su oveja negra. Muy dignos me abandonaron a mi suerte. Pero un día iré tras ellos y los señalaré, mis memorias los ensordecerán.

Fue toda esa presión desde el comienzo: mis compañeros de estudio me auguraban un futuro brillante, sobresaliente, cuando lo único que deseaba era un destino mesurado pero honorable. Definitivamente tanto mimo echa a perder a la gente.

Al final opté por despedir a mi abogado con su ridícula tesis de enfermedad mental. El fiscal era, como lo exigía su cargo, fogoso y melodramático; elaboró su discurso contra mí regodeándose en mis manuscritos.

Se me paraba enfrente con su actitud serena y distante:

—Le ruego al jurado que no tenga consideraciones con este hombre que planeó y llevó a cabo el asesinato cruel y bestial de tantas mujeres inocentes.

Para él la apariencia de la justicia era tan importante como la justicia misma. De mi libro de aforismos leía ante la parcializada Corte:

Todo sería más fácil con una metralleta, ya que un estilógrafo sólo provoca pequeños estragos.

—Este inequívoco razonamiento no riñe con su modo insensible de manejarse ante la Corte. Lo hemos visto responder con bostezos, gestos desobligantes e incluso silencios atrevidos a las preguntas que se le formulan. Cree que su cualidad de pensador marginal le avala este tipo de majaderías. Fijense ustedes:

En nuestro tiempo, las banderas de la genialidad son enarboladas por sumos pontífices de la crueldad, destructores natos cabalgando la iracunda bestia de la violencia, pavoneándose orondos por cada rincón del orbe: héroes del odio, sacrosantos precursores del rencor y la venganza, torvas mentes de extremidades ensangrentadas ahogándose en gloriosa mortandad.

Y lee otra vez después de una pausa:

He parido un vengador interno que arrastra un ansia de orígenes remotos, un cadáver que evadido de la tumba busca un cuerpo adolescente que amordazar. ¡Soy un violador!

Agitaba las hojas en el aire como un trapo ensangrentado, como si representaran pruebas irrefutables de mi culpabilidad.

—¿Acaso con este “aforismo”, como él lo llama, no intenta justificar otra de sus muchas disfunciones mentales, la pedofilia? En sus relatos abundan gordas atómicas, enanas insospechadas, retardadas fogosas, malabaristas otoñales, púberes hipersexuadas, lisiadas maliciosas e incluso uno que otro gay dispuesto a calmar sus deseos más lúbricos.

Escuchándolo me preguntaba si en serio este tipo estaba empeñado en demostrar la relación entre mis escritos y la manía asesina de que se me acusaba. Así que nunca negué los cargos a fin de no ser más aborrecido por cobarde que por criminal.

Así fue todo mi juicio: un guiso de chismes y especulaciones que precipitaron mi condena. Sin embargo, yo me divertí leyendo en prisión a esos articulistas que desembuchaban humana indignación intentando interpretar con mayor o menor propiedad mis andanzas.

En realidad era un asunto que llevaba las mejores intenciones, simplemente se trataba de raptarlas; substraeirlas de su entorno, forzarlas a entregarse mediante el sacrificio... en pocas palabras, obligarlas a quererme. Este asunto no pasó a ser más que un plan pelicularo... ¡Qué puedo decir! Vivir con tus padres, tener vida familiar es siempre un impedimento para cualquier perpetrador.

Pero de pronto te levantas un día y has asumido la conciencia cazadora. De pronto, hay cosas que no te parecen tan relevantes como matar. La primera vez que lo sentí pensé: ¡Qué diablos!, sólo tenemos el presente.

Hay algo muy narrativo en la ejecución de mis asesinatos. Cierta humor, cierta ironía que al final debe consolar al espectador más sensible. Ya lo dijo Thomas de Quincey en *Del asesinato como una de las bellas artes*: “A veces la maldad alcanza para matar a una persona, pero hay que agregar mucho talento si se pretende cometer un crimen memorable”. Es todo el desarrollo como un relato íntimo que se desborda al violentar a alguien. Primero espiarlas, luego, yo tenía el impulso de convertir en diosas a mis mujercitas. Era algo voyerista, masturbatorio. Porque, seamos sinceros, en general eran perras haraganas sin más gracia que estar disponibles y muy desesperadas. No existe un modo más considerado de decirlo. Soy sincero, como un buen accidente con huesos rotos y músculos desgarrados.

Los centros culturales y bibliotecas públicas acogen este tipo de orfandades femeninas. Unas son vivaces, resueltas. Otras desentendidas, distantes, pero en general buscan un consuelo masculino que llene ese vacío en su corazón. O entre las piernas. Pero les da por racionalizarlo todo, luchan contra sus furores uterinos y, en vez de

dar, se niegan. ¿Qué nos queda a los hombres que no jugamos su farsa ilustrada, aquellos que nos sentimos damnificados? Sólo tomarlas.

¿Cuál ha sido mi mayor pecado? He subvertido el término romance transformándolo en un guarismo más complejo: el asesinato. Me han llamado de muchas maneras intentando definir esa anomalía mental que me motiva. También cínico. A veces el cinismo en un hombre puede disfrazarse de sabiduría. De ser así yo sería un ser evolucionado pero no soy más que un asesino serial, quizá el último romántico de la especie.

Sinceramente creo que las quise demasiado. Tal vez ese pudo representar mi mayor descuido. La mayoría de ellas desconocían su destino a mi lado, no estoy seguro si sospecharon, a algunas se los advertí con toda la amabilidad del caso, pero en general eran porfiadas, muy seguras de su intocabilidad como ciudadanos de primera clase. ¿O debo decir ciudadanas?

Al final, cuando mis manos las brutalizaron, algunas fueron arrogantes; claro, hubo las que suplicaron...

Sofía fue un caso especial. Me ofreció una muestra desinteresada de afecto al sondearme tan cariñosamente; le solté todo, tanto que decidí conservarla fantaseando cierta romántica complicidad.

Me traicionó con su cara de orfelinato. En realidad, me traicionó a mí mismo un instante y pagué las consecuencias. Debemos asumir el riesgo si prescindimos de nuestros demonios en los momentos cruciales. Ellos están ahí para cuidarnos, para disuadirnos de intimar demasiado con el enemigo. Pero ella consiguió ese efecto sedante en mí. No me percaté hasta cuando me arrestaron con un bonito póker de pruebas concluyentes. La idealicé, emprendí montones de incómodas empresas para complacerla, no era algo que no hubiese hecho por otras pero con ella...

Ella era inmune a las inquietudes existenciales, vivía al día. Fue algo que no pude comprender hasta que me di cuenta de que simplemente me soportaba como soportaba su amarga cotidianidad llena de limitaciones económicas. Fui su trampolín fuera del arrabal. Sin duda, era mucho más fría y maquina que el más avezado criminal.

Al confesarle mi arte, me pidió una prueba, no se inmutó cuando la llevé a un paraje lejano y le mostré un cadáver, por el

contrario hizo todo tipo de averiguaciones sobre la planeación y esas cosas.

Es vergonzoso decirlo pero aunque nuestra relación nunca despegó, llegué a considerarla una compañera espiritual. Claro, ella solo recolectaba información para denunciarme, ¡maldita!

Ahora en mi celda recapitulo. Estoy escribiendo como Hemingway, desvelado, de pie. Impulsado por la resaca existencial. Sólo que a diferencia de él yo no me acuesto con estrellas de cine ni tengo amigos famosos; aunque tengo colegas importantes...

¿Recuerdan al abogado fiscal, el adalid de la justicia? El pobre anda estreñido como un volcán atascado, la comida de prisión le sienta mal. ¿Cómo lo sé? Las noticias vuelan de patio en patio. Lo he visto en la distancia tomando el sol con su impronta de Buda vindicador, cruzamos miradas y nos reconocemos como hermanos en la fe.

No me sorprendió cuando después de mi condena me visitó en prisión. Fue sincero; siempre tuvo *el impulso* y en esa lucha por presentarse formal se empeñó en la búsqueda de la justicia. Cursi.

Era un hombre sin compromisos, colmado de privilegios económicos, que buscaba una válvula de escape. Un día se levantó y nada tenía sentido; ningún amor natural ni las obligaciones, ni la búsqueda espiritual, al final sólo estaban los gusanos. Comprendió que la vileza de mis actos era un espejo donde se reflejaban sus deseos. Era una mierda muy freudiana que no vamos a discutir, tan solo diré que se sentía corriente como un par de cordones de colegial.

Comenzó perdiendo intencionalmente unos cuantos casos por el simple hecho de saberse malo, repudiable. Lo alenté vigorosamente a explorar. Así fue como se operó en él la transformación en un individuo carismático que llevó a cabo algunos raptos. “El Carnicero Gentleman”, lo llamaron. A sus víctimas las desarmaba con una elocuencia que ocultaba ese velo oscuro que ondeaba bajo sus palabras.

Sofía fue una de ellas, a través de él, mis manos la atraparon. Atravesó el fuego pero cayó en el foso. Un año estuvo la heroína atada en un sótano expuesta al catálogo de vicios de mi compinche. Hasta que la despachó. No lo celebro a mandíbula batiente pero ella

se lo había buscado. Como sea, cuando consideró pagada la deuda de la sociedad para con él, se entregó. Fue un acto acertado porque, aunque no me crean, no se trata de andar por ahí sin razón despelejando, mancillando señoritas.

¿Ven cómo mi fallida relación con Sofía no me ha frustrado del todo? Algunas veces aunque se desee algo es mejor no tenerlo.

En mi caso, la cárcel es un lugar que siempre estuvo en mis presupuestos. No es del todo un sitio incómodo o vergonzoso, simplemente no es para quisquillosos. Los barrotes fríos, los pasillos apestosos, las paredes cicatrizadas de obscenidades, empapadas de fluidos masculinos, encierran un fragor significativo al que un escritor puede sacarle provecho.

Lo veo en los ojos del periodista de ese canal privado que ha filmado un documental con el Carnicero. También él tiene *el ansia*. Primero asumirá su habitual pose de doliente social y torcerá las palabras del entrevistado en su beneficio como hizo el fiscal conmigo. Así se asegurará un premio de periodismo para después decir que no lo merece más que sus fieles televidentes o los padres de las víctimas. Pero un día se encontrará limpiando coágulos de sangre de sus manos y se dará cuenta de que no es tan malo ceder a la tentación. Entonces pedirá consejos. Lógicamente mantendrá la hermandad en secreto asegurando la labor que otros hemos emprendido.

Es extraño cómo suceden las cosas, a veces, apresuradas, tienen un desenlace estrepitoso que espanta a todos. En otras oportunidades, silenciosas, culminan dando aliento a un puñado de reflexiones...

ALZHEIMER

Astrid Damaris Ortiz Mazo



Su cuerpo se fue de golpe, chocó contra el mío, sus labios me besaron como si quisieran olvidar la boca anterior. Sus dedos enredaban mi cabello mientras un escalofrío recorría mi cuerpo.

Nos habíamos conocido una semana antes, cuando Alberto nos presentó. Llegó sin prisa, cadenciosa al caminar, con una cerveza en la mano y con cara bohemia, un poco despeinada y sin maquillaje, contó algo de su viaje a El Salvador o Perú. No recuerdo bien. No me interesaba entrar en diálogo con una persona *incipiente* como la que estaba en ese momento frente a mí. Nos despedimos esa noche, una mueca en mi cara indicaba el desagrado.

II

Apresuré mi lengua haciéndola penetrar en su boca. Quería despertar el deseo, que olvidara de una vez por todas el sabor de la saliva del hombre que durante diez años la había besado. Dejé que mis dedos jugaran en su pecho, mientras que mi lengua dibujaba pequeños círculos alrededor del pezón que le producían un huracán

en el estómago y las caderas. En ese momento puse su mano en mi pene y la dejé jugar. Este instante parecía ser el adiós a la soledad de muchos días. Mi rodilla prisionera en medio de sus piernas trataba de contener un volcán que estaba erosionando. Nunca le vi la cara. A oscuras, cada uno sintió el olor y el sabor del otro, en los besos. Cada uno se permitió para sí mismo pensar en las pieles y las huellas de esas pieles pasajeras. La penetración llegó y con ella, lentamente, la sensación de soledad, de vacío. Pero qué gratificante era su calor.

III

La distracción de nuestros juegos trajo consigo imágenes, recuerdos, pensamientos que se centraban en lugares comunes y distantes a la vez, en ese momento pensaba en las vacaciones y en especial el viaje que realizaría con mis amigos. Estaba ausente para ese momento porque sólo quería que se fuera y así seguir mi vida, como si nunca hubiese pasado. Era la primera vez que lo hacía en el corredor largo que conducía a mi apartamento.

IV

La madrugada cayó sobre mí como una lluvia de granizo y con ella mis ganas de poseerla, de besar... siempre escuché que no hay nada más fastidioso que tener un cuerpo sudoroso, reposando a tu lado; donde la caricia no llena, donde el beso es seco e insípido, donde los líquidos del cuerpo se han perdido en el primer sudor del deseo.

Experimenté cada una de estas sensaciones como si estuviera ejecutando un instructivo. Después de varias penetraciones y dos eyaculaciones se habían ido la obsesión y el deseo. Ese placer murió en el momento en que escuché sus gritos que provocaban en mí ganas de estrangularla. Sólo quería golpearla para que se callara. Esperaba con ansia la mañana para que se fuera, por eso cuando me dijo que nos conociéramos le dije que buscaba a alguien de mi estatus, profesional, con trabajo. Alguien confiable que tuviera los pies en la tierra. Entendí en el enunciado de mis palabras que había apropiado con destreza el discurso de la modernidad, el hombre machista había desaparecido para dar paso a un animal

financiero, me había convertido en un maniático del bienestar y el *confort*. Mientras le decía esto con severidad y seriedad veía cómo su rostro se desfiguraba. Hacía años no veía la cara de desilusión en otro rostro. Era como ver una escena del cine posmoderno donde la imagen se desfigura en varias que forman una sola, quedando como resultado una imagen muerta en ausencia de la inicial. Fue como experimentar un deja vu, el que se había repetido durante los dos últimos años, sólo que esta vez era consciente y la verdad no me molestó, sólo disfruté la sensación de euforia mínima que apareció reflejada en mi rostro en una sonrisa disimulada. Me sentí dueño de la situación: un dios.

Desayunó rápido; observé que la cocina estaba atestada de platos sucios como mi biblioteca, vi en el suelo varios libros y entre ellos pude leer las letras blancas del libro de Daniel Cassany *La cocina de la escritura*, pensé en lo fácil que era hacer uso de las palabras cuando se utilizan para lastimar, ellas se convierten, en verdad, en hojas de acero que van cortando las ilusiones de los demás, ellas rasgan la ropa y te dejan entrar al mundo del deseo, ellas desmenuzan los sentimientos en pequeñas mentiras que terminas creyendo, todo esto sin la ayuda de un manual que indique cómo escribir la expresión correcta que sale de tu boca. Qué fácil era hablar pero qué difícil había sido para mí escribir durante todos esos años mi propia verdad. En mucho tiempo no había sentido la necesidad de reconocer que había sido innecesario haber comprado ese libro. Mirando de nuevo mi plato del desayuno y ya lejos de la imagen de la biblioteca seguí masticando lentamente como si quisiera torturar un poco más la ilusión cultivada al inicio de la noche anterior. Era una escena perfecta para un amante de la crueldad y la sutileza.

Ese día tendría que trabajar en el banco, era sábado y estábamos a mitad de mes, sabía que habría mucho trabajo, pero aún así quise ser amable y esperé que su lentitud al desayunar devorara mi paciencia para irnos; pronto serían las nueve y quería deshacerme de ella para así iniciar mi día.

La dejé en la parada del bus, le di un beso leve en los labios. *Detesto las despedidas*. Aún recuerdo su cara de tragedia, sus ojos mirándome a través de la ventana de un bus que se alejaba. Mientras caminaba sentía cómo crecía mi ego sintiéndome simultáneamente

invencible; fue como caer en un abismo. Apareció en ese momento en pleno centro de la ciudad la soledad disfrazada de miles y miles de caras rotas, sentí náuseas, dolor de cabeza. Controlé mi respiración y pensé en lo fácil que se me pasaría en el centro comercial —siempre he pensado que los lugares y las personas que no se frecuentan tienden a ser olvidadas y reemplazadas por otras—, era lo que buscaba en ese momento.

Me decidí por el más alejado a mis gustos, era tanto el sentido de vacío que me lancé dentro de una boutique y compré una pulsera para distraerme mirando mi mano. —Pensé que así la pulsera de *power balance* cumpliría el propósito de equilibrar mi cuerpo, cosa falsa, porque en ese momento quería en realidad que se me equilibrara la cabeza y, en el peor de los casos, las emociones—. Seguí recorriendo los laberintos espaciosos del centro comercial, recorrí sus cinco niveles, vi la cartelera de cine en el quinto piso —hubiese sido muy interesante marcar ese momento con un buen film—. Siempre me ha parecido interesante ver fragmentos de la vida en diferentes episodios de la ficción. Alfred Hitchcock dijo que “El cine no es un trozo de vida, sino un trozo de pastel”. Tenía razón, pues deseaba en ese momento el haberme deleitado con ese trozo de pastel para calmar mi ansiedad.

Bajé por las escaleras eléctricas; en otras circunstancias habría tomado el ascensor pero no tenía prisa. Compré unos zapatos pensando que esa noche tendría que dar pasos nuevos en el sentido estricto de la palabra.

V

Ese día no almorcé. Pero en la cena recordé que le gustaba preparar alimentos, se deleitaba hablando del sabor de las comidas y su influencia por extranjeros que la hacían una amante de la mesa. Le gustaba tocar mi cabello.

Llegada la noche llamé a Alberto para que me recogiera y diéramos los últimos retoques del viaje, llegó diez minutos tarde, en ese momento un fuerte dolor de cabeza me dominó, sólo escuchaba los gritos de la noche anterior, como una canción que se repite una y otra vez en tu cabeza.

Alberto me preguntó por su amiga, sólo bastó un gesto para que no preguntara más. Nos habíamos conocido en los años del colegio, una larga amistad; nos conocíamos bien, detallamos todo para el viaje, en tan solo ocho días viajaríamos con Ricardo, los tres como en los viejos tiempos. Tres hombres solteros dispuestos a pasar un fin de semana alejados de todo.

Al salir del café donde era común encontrarnos, pasamos a un bar que estaba en frente; estaban transmitiendo un partido de fútbol. Alberto, Ricardo y yo en nuestros años juveniles nunca habíamos disfrutado de los partidos de fútbol, siempre preferimos el gimnasio ya que ese era el imaginario que se vendía en nuestra época. Creo que nadie sospechaba la importancia que tomarían en la actualidad. Todos en algún momento de nuestras vidas hemos querido vernos atractivos ante los demás, deseables, como si fuéramos un producto que se promociona en su apariencia.

En cada cambio de generaciones existe un cambio de necesidades y en esa época el gimnasio era una necesidad que se empezaba a generar. Al llegar al bar los televidentes estaban atentos a la pantalla, nadie se percató de nuestra llegada. Es sorprendente pensar que en una sola noche se pueda cambiar la perspectiva de las cosas como la que tenía del fútbol. Me parecía estúpido y sin sentido imaginar tantas culturas y países emancipados con un mismo propósito: ver fútbol. Al comprender algunas jugadas y tradiciones en los campeonatos locales, nacionales e internacionales tuve que aceptar que el fútbol era bueno. Tenía unas lógicas que resultaban desagradables debido a mi desconocimiento del tema. El asunto era cómo justificar lo que me estaba sucediendo, si no era una jugada de fútbol; además las jugadas y estrategias eran desconocidas para mí.

Casi al finalizar el segundo tiempo y con ganas de ir al baño la vi en el bar, pude descubrir el rostro que no veía en el pasillo que conducía a mi apartamento, ahora era como si una de las enfermedades de la modernidad estuviera devorando mi cuerpo. Sólo en ese momento —*alzheimer*, es la sensación de un manantial de recuerdos que son borrados por otros como el flash de una cámara fotográfica—. Al reconocer su rostro, encontré de golpe la justificación de mi crueldad, me gustaría decir que el asunto era de estética, pero no, ella seguía siendo una mujer atractiva, en ese momento pensé

que tal vez era la noche, la cual tiene el efecto de alterar la belleza de las cosas. Todos los gatos son pardos en la oscuridad, pero no, no era eso, no sabría explicarlo. La perseguí con los ojos por todos los rincones abultados de gente sin que ella lo supiera.

VI

Nunca olvidaré su rostro, llevaba una sonrisa actuada, un poco despeinada, caminaba como si buscara a alguien, esta vez sus ojos no brillaban, estaban opacos, me vi a mí mismo sobre el reflejo del vidrio que me separaba de ella y noté cómo mis ojos estaban más ausentes de brillo que los de ella, fue como ver un muñeco roto, un tonto común con una atrofia cerebral, rápido me compuse y pensé que lo que no logró la televisión en mi época lo había logrado la Internet. Me habían atrofiado el cerebro y casi simultáneo a esto pensé en comprar ropa nueva para el viaje, como si la compra de objetos me pudiese ayudar a olvidar lo que estaba pasando. Recordé la camisa verde que había visto en una boutique e imaginé que ese color sentaría con mi piel. Otra vez el dolor de cabeza, una especie de migraña que me hacía recordar inconsciente los gritos de esa mujer que estaba frente a mí sin mirarme.

Como si el diablo entrara, escuché la voz de Alberto que interrumpió mis pensamientos y el dolor que me invadía cada vez que veía o recordaba a esa mujer; me dijo que Ricardo estaba llegando al bar.

Sentí envidia de esa mujer, no me miró en toda la noche, ella tenía lo que muchos llaman dignidad, no sé qué es porque la verdad no he tenido la oportunidad de conocer esta figura social inventada por moralistas para justificar la simplicidad de cada ser humano. Qué lástima no tenerla, de haberla tenido no le hubiese hablado y no me hubiese justificado para volver a tenerla en mi cama.

VII

En el pasillo de mi apartamento, de nuevo los dos de la noche anterior, besándose, deseándose —qué tenía esa mujer que yo no tenía—. Al entrar en mi apartamento vi cómo se desnudaba lenta como yo

a la hora del desayuno, vi cómo los que pudieron ser unos senos protuberantes eran sólo un pecho trabajado en el gimnasio. Mi cara se transformaba mientras ella me miraba con frialdad y serenidad. El dolor de cabeza y las náuseas aparecieron de nuevo como un episodio o pretexto compulsivo para desear comprar, ¿qué?, no lo sé —el asunto era que los centros comerciales estaban cerrados. Tendría que calmar mi ansiedad con la frivolidad de una copa de licor—. Ella terminó de desvestirse y yo estaba aterrorizado, enfermo. Mientras tanto, mis manos tocaban su miembro y de mi garganta salían unos gritos que yo no deseaba escuchar.

GUAIRA

Oscar J. Descance



El capitán, Don Gonzalo Bravo de Aragón, detuvo su fuga por unos segundos, miró al frente y tomó aire con fuerza. Ante él, un laberinto verde tupido de hojas enormes; arriba, una bóveda de árboles gigantes que apenas dejaban pasar la luz. Su ropa estaba empapada de sudor y el apresurado latido de su corazón se confundía con los ruidos de la selva, que a cada paso se hacía más espesa. Estaba seguro de que el indio lo seguía. Hacía rato que había dejado de verle, sin embargo, en su huida sintió por momentos que su perseguidor le respiraba en la nuca.

Más tarde en el refugio, don Gonzalo, articulando las palabras que pudo, narró lo más aterrador del escape:

—¡Sólo quería matarme! ¡En sus ojos ardía el fuego! ¡Su cuchillo de pedernal destilaba la sangre de Joaquín y José! ... no lo vieron llegar. ¡Aunque quería matarme sólo a mí!

A través del traductor, los españoles averiguaron que se hacía llamar Guaira, “el viento”. Su tribu habitaba cerca del río. El perseguido evocó imágenes aún frescas en su memoria: algunos días atrás, cerca de la desembocadura de la quebrada en el gran río, un grupo

de avanzada bajo su mando había arrasado un pequeño poblado indígena. Después de degollar a los hombres, habían violado a las mujeres; quemaron las chozas y se aseguraron de que la muerte caminara por varias plazas. Guaira no sólo sobrevivió, sino que lo vio todo.

Un soldado lanzó una advertencia:

—En pocos días tendremos una manada de indios rodeándonos. Nuestra munición no alcanzará.

—Enviaremos a nuestros mejores hombres, hay que encontrarlo y matarlo. Será él o nosotros —dijo un alférez.

Los españoles salieron en parejas a explorar el terreno. Arco en mano, Guaira los esperaba apostado sobre un tronco caído en una pequeña meseta. Un primer par de rastreadores se acercó por entre la maleza. Una flecha con la punta emponzoñada fue a alojarse en una pierna del más alto. Los gritos alertaron al segundo y, en el instante en que asistía a su compañero herido, otra flecha invisible salió por entre las ramas y se clavó en su cuello. Un disparo de arcabuz lanzó una bala redonda que rozó la piel del aborígen y lo hizo caer. Pero antes de que el tirador español lo descubriera, un cuchillo de pedernal se incrustó en su entrepierna. Guaira limpió su afilada navaja de piedra. Luego agarró una tira de tela de la ropa de su víctima y se amarró el arma al brazo derecho, de tal manera que cada puño fuera un corte letal. También alistó su cerbatana.

Los demás españoles corrieron hasta el lugar en donde habían escuchado la descarga. Guaira se escondió en la espesura y apuntó con su caña. Los dardos envenenados tumbaron, uno a uno, a los hombres que se pusieron a tiro. Uno de los sobrevivientes alcanzó a ver el lugar desde donde provenían las saetas, apuntó hacia allí el arcabuz y tiró. Otros se acercaron con suma cautela al sitio donde había impactado el disparo. Vieron el cuerpo caído del indio. Cuando intentaron ver su cara, se levantó de la hierba un brazo con un cuchillo amarrado, que cortó sus rostros. Un golpe seco en la nuca hizo que Guaira se desplomara antes de terminar su ataque. Entre varios, lo agarraron y lo amarraron a un madero largo como a un venado recién cazado.

Cuando los hombres regresaron al refugio, Don Gonzalo ordenó que ataran al indio, aún inconsciente, a una columna de madera.

Acto seguido le hizo prender fuego a la leña dispuesta en su base. Guaira despertó, sin miedo ni dolor. Sus ojos se confundieron con las llamas que ardían desde el suelo. Su mirada se encontró a través de la lumbre con la de Don Gonzalo. Guaira, indómito, pronunció sus últimas palabras; palabras que ninguno de los hombres blancos comprendió, pero que bastaron para que Don Gonzalo se estremeciera y se adueñara de su alma un profundo terror.

Antes de irse a dormir, el viejo capitán hizo llamar al traductor para indagar por las palabras del indio. “Yo soy Guaira, soy el viento —dijo el intérprete—. Tú mataste a mi gente y yo te...”.

Don Gonzalo recordó el fuego en los ojos de Guaira. Un soplo de viento levantó las cenizas de la pira que aún humeaba, y envolvieron las manos del capitán. Luego éste descubrió entre el pulgar y el índice de su mano derecha, un corte que sangraba. Corrió al refugio, cerró las puertas y ventanas. Luego ordenó a sus hombres que taparan todas las rendijas de las paredes. Usaron tela de viejas mantas y tablillas de guadua. A nadie resultó extraño todo esto, pues ya habían oído de sacrificios de hombres blancos bajo la penumbra de un sol eclipsado; también de viejos caciques que miraban a través de los ojos de los perros.

El capitán estuvo así un par de días, al cabo de los cuales la oscuridad y la sensación de ahogo le obligaron a abrir una grieta. Pero una ventisca aguda y fría como una navaja vació su ojo derecho. Quiso tapar el resquicio, pero todo sucedió muy rápido. Un hilo de viento raudo, sibilante y definitivo cercenó su garganta.

EMMA ESTÁ A LA ESPERA

Bladimir Francisco Díaz Ravelo



Los automóviles pasan de prisa por el pavimento húmedo en la ciudad de Lácira. Es tarde y Emma espera la ruta 17 del bus que la llevará a casa en el barrio Infantas, al otro lado de la cabecera municipal. Emma lleva puesto un pantalón de dril de bota ancha pegado a la cadera, una blusa escotada, un bolso de cuero negro de hebilla plateada, y unos zapatos de tacón altos levemente desgastados en la punta, pero embetunados con aplicación cada noche con betún líquido Cherry. Acaba de salir de una entrevista de trabajo en un bufete de abogados. “Sólo a mí se me ocurre vestirme de secretaria para una entrevista donde piden putas”. ¿Cómo dijo que se llamaba? “Emma, Emma Díaz”. ¿Casada? “No doctor, separada”. ¿Hijos? “No doctor, quedé estéril. Quedé estéril, ¡qué diablos estás diciendo Emma!”. El abogado se quitó los bifocales y los meció con la mano derecha; abrió una agenda gris que tenía encima del escritorio, revisó sin interés los compromisos de la noche siguiente y apoyó la corpulenta espalda en la silla de oficina. ¿Puedo invitarla a tomar un café mañana en la noche? “Bueno doctor, con permiso”.

Emma, calmada, tiembla de frío con la sombrilla abierta en una mano, y un reloj de pulsera, de oro golfi, sin números, en la otra. Está viendo pasar uno tras otro los automóviles y buses urbanos que corren como locos asustados ante el suicidio de las gotas. Emma siente los pies húmedos y agotados como un par de caracoles en sus conchas. Había caminado minutos antes dos enormes cuabras con pasos rápidos y definidos, hasta detenerse debajo de una cornisa a esperar la ruta 17. “La ruta 17”, se repite el estribillo como un antojo tonto para que no se le olvide. Ha cogido la misma ruta durante los últimos meses cada vez que consigue entrevistas de trabajo en el sector comercial, en el paradero de la diagonal dieciséis con cincuenta y uno, frente a la tiendita Yiyo.

Empuñando las monedas del pasaje, Emma estira el brazo derecho a una buseta ejecutiva de color blanco con franjas rojas y azules, que pasa sin detenerse. Una niña de cabello azabache y piel trigüeña que viaja en la buseta, hace con la mano derecha una señal de adiós, y por un segundo sus miradas se justifican, se tropiezan por accidente, conmoviéndolas. Emma observa la carita infantil, angustiada, pegada a la ventana, que intenta retener la imagen borrosa de la mujer fantasmal en el andén de la calle, mientras la buseta se detiene en el semáforo de la esquina siguiente. “Luego dicen que una está loca por vivir estas cosas”. Cuando baja el brazo, a Emma se le cae una moneda. La observa rodar de prisa hasta un desagüe. “¡Oh puta suerte... qué barbaridad!”. Emma, impotente, mira la corriente de agua que inunda la calle. Alza la vista, tose cerrando el puño en la boca y piensa que si acaso se atreviera a cruzar las dos calzadas, llegaría a la Avenida del Ferrocarril y esperaría la otra ruta de busetas ejecutivas. Fácil. “¡Qué tonterías te dices a ti misma Emma!”.

Regresa a la esquina y revisa el monedero, sosteniendo la sombrilla entre el hombro y el cuello. Se le ocurre que John estaría saliendo a esa hora de la empresa, con su uniforme verde biche y sus gafas oscuras antisolares, acomodado como un ogro infame al lado de alguna de las ventanas de la buseta particular. Ahora, llueve con ira; y lo cierto es que cada vez que llueve en Lácira, flota en el ambiente una atmósfera de desamparo que agujerea el alma. Emma lo sabe y se le atraganta una tristeza mal disimulada en la garganta. Casi pudo llorar pero su carácter de fénix lo impidió. En

su desespero por volver a casa, Emma no encuentra monedas. Saca del bolso la cartera de cuero, la abre con incomodidad, revisa el espacio de los billetes, pero está vacío. Abre el lugar de las monedas pero encuentra sólo el anillo de matrimonio. Con la luz amarillenta del poste mira la huella en el dedo que dejó el anillo. “Así es todo”, piensa, cierra la cartera y la guarda. “La soledad tiene mucho de libertad, sólo que una libertad vacía, rota. Y me decían que estar con John era un asco, qué barbaridad”.

Emma agarra con fuerza la sombrilla para que la lluvia que galopa no se la lleve. Un taxi hace sonar su bocina estridente ante un transeúnte que cruza la calle. Se va la luz en la porteña Lácira, y un segundo después, el brillo de unos relámpagos encandilan toda la ciudad. Flash fotográfico: mujer joven infraganti. Detrás de Emma el hombre cuarentón que había cruzado la calle minutos antes, contaba con melancolía los segundos uno a uno, de manera ascendente. “No ha crecido. En el fondo nadie crece”, pensó Emma. “Sólo mudamos de piel como las culebras, cambiamos de cuero no de

estas cosas (1) (2) (3) (4) (5) (6) (7) (8) (9) (10) (11) (12) (13) (14) (15) (16) (17) (18) (19) (20) (21) (22) (23) (24) (25) (26) (27) (28) (29) (30) (31) (32) (33) (34) (35) (36) (37) (38) (39) (40) (41) (42) (43) (44) (45) (46) (47) (48) (49) (50) (51) (52) (53) (54) (55) (56) (57) (58) (59) (60) (61) (62) (63) (64) (65) (66) (67) (68) (69) (70) (71) (72) (73) (74) (75) (76) (77) (78) (79) (80) (81) (82) (83) (84) (85) (86) (87) (88) (89) (90) (91) (92) (93) (94) (95) (96) (97) (98) (99) (100)

riesgo sería puta: soy demasiado pudorosa para ese oficio. Además me encanta culiar por placer, no por plata. Tal vez sería rica pero infeliz, qué barbaridad. Para qué plata si se está infeliz. Me imagino lo que dirán las buenas gentes de mi pueblo: “Se acuerdan de Emma, la hija de Alicia, la dueña del puesto de verduras que quebró al caer ella enferma, pues se volvió putita de burdel en la ciudad de Lácira”. “¿Quién? ¿Emma?”. “Claro. ¿Quién más iba a ser?”. “Yo sí me lo decía: ésa no iba a servir para más nada sino pa’ puta”. “Yo también me lo sospechaba. Por eso le dije a mi hija Tomasita del Río, que no anduviera con malas compañías que la corrompieran”. “Pero doña Faustina, si su hija tiene cuatro hijos de maridos diferentes”. “Me importa un carajo que así sea, pero no es puta”. “Y pensar que la Emma no pisaba el suelo si no tenía alfombras, que aquí se las tiraba de muy furufufú y muy farafafá, que a John, el hijo mayor de don Rafael Carnicero, lo tuvo al borde de la locura con el tumbao de su caderaje. Por lástima fue que se casó con él. Porque algo hay que reconocerle: para el baile era diestra, y resultó que para la cama también, porque sino, cómo es que los obreros de la Empresa vienen hablando hasta por acá de ella”. “Pero no: yo sería una puta selecta: me comería sólo lo que me guste”. Cállate Emma, el hombre detrás de tí puede estar escuchándote. “Pobre, está contando de nuevo. Diez, once, doce, trece, catorce”, ta-ra-ra-pan-pan, pun pun. Cierre de párpados, silencio abrasivo. “A ése ni de señas me lo comería: aborrezco a los hombres que cuentan la caída de los relámpagos, porque sin duda son cobardes”. Emma se recostó en la pared de la esquina, debajo de la cornisa, a la espera de que amainara el aguacero. Sin embargo, le aterraba encontrarse cerca de un hombre cobarde. Sabía de sobra que los cobardes son más peligrosos que los valientes, más violentos.

De nuevo busca en el bolso alumbrando el interior con la lamparita del celular. Cerró la sombrilla y la acomodó entre el arco de las piernas. La presionó con las rodillas. Encontró el recibo de luz, dos catálogos de Ebel, un librito de oraciones del Niño Jesús, unas pulseras de plata que le regalaron el día de su cumpleaños en octubre, una galleta Dux entera y migajas de otras quebradas e incompletas. Metió la mano hasta el fondo mientras alzaba la cabeza y miraba al hombre, que le sonrió observándola con ojos de

gato. Puedes sentir miedo Emma pero aún puedes gritar. “Cálmate Emma, no te apresures. Tiene buen porte y parece amable”. El hombre se rascó con lentitud la entrepierna. “¡Qué maldito!” pensó Emma bajando la cabeza. “Es un tipo asqueroso”, se dijo desilusionada, disculpándose. Recuerda que puedes correr, resistir, patear, golpear, morder, rasguñar y nunca ceder. Ceder implica aprobar, y jamás aprobarías otro maltrato. Relámpago: la luz eléctrica los ha dejado a oscuras. El hombre utiliza una fragancia: en la memoria olfativa de Emma los recuerdos acuden a tropicónes como en emergencia; asocia y separa escenas, viajes, eventos de vida desde niña, desde adolescente, desde su fracasada vida de casada, y encuentra el aroma en el cuerpo de un amante que tuvo durante varios meses: es la colonia dulzona y suave de Rogelio. “Cómo pude tardar tanto en reconocerla; es la de Rogelio, el universitario que está terminando ingeniería en la universidad. Buen tipo pero creído, qué barbaridad”.

Seis, siete, ocho, nue... ta-ra-ra-pan-pan-pan, pun. Locura de un hombre solitario. “Puede ser homosexual. Pobre, casi un hombre y casi una mujer. En el colegio había varios escondidos, disimulados, pero el profesor de física era a luces marica, sí, marica y bien simpático. Todas le teníamos ganas. Vestía con jeans oscuros y bien cuidado, con botines o zapatos de charol que combinaba a la perfección con correas de cuero brillantes, camisas de seda manga larga y el cabello corto peinado con laca. Óscar, la jota mayor de los maricas pulcros, decentes y respetados del colegio, qué barbaridad”. Emma sonríe con su dentadura completa de dientes pequeños. “Todos en el pueblo lo sabíamos pero era imposible agarrarlo en la acción. Un día Héctor lo citó fuera del colegio pero jamás nos dijo de qué habían hablado en la taberna. Sólo nos trajo licor y quedó el asunto así”. El hombre se agarró esta vez, con provocación, un bultito prominente en la entrepierna, mirándola. Emma con la cabeza gacha logró entrever la insinuación en la silueta lenta del movimiento y sintió los implacables ojos gatunos sobre su cuerpo. Cerró de inmediato el bolso dispuesta a huir, desaparecer. No obstante, en la orilla del andén se detuvo. “Me voy a pie y con certeza me sigue. Aquí le será más difícil”. Lluvia, agua sonora que cuele el viento. Emma da unos pasos atrás y se acomoda el cabello. Pese al miedo decide quedarse.

De nuevo recuerda a su exesposo: “A John le gustaba mi cabello. Era su adoración. El mismo día en que lo dejé, me lo corté hasta los hombros. El muy cobarde me maltrataba con comentarios venenosos, pero nunca me pegó”. “Emma, amor, yo jamás sería capaz de pegarte. Créeme por Dios Emma. Mírame cuando te hablo pendeja. Que no me abras los ojos. Te he dicho que te calles. No seas tonta Emma, yo te amo. ¡No llores porque me irritas! Los pies Emma, me aprietan los zapatos. Lárgate al otro cuarto que te quiero matar. Emma, princesa, ven acuéstate conmigo. ¿Por qué no quieres coger? ¡Dime demonios; ¡Dónde estabas? ¡Que no llores porque...!” “Y seguía así toda la noche. Maldito. Me dejaba encerrada con llave cada mañana cuando iba a trabajar para que no saliera a la calle, ni siquiera me permitía oler el sol”.

“A Rogelio lo conocí por él, en una fiesta que me llevó a la casa de un compañero de trabajo. Le coqueteé disimulada, con sonrisas y miradas extraviadas”. John ebrio, dormido, acostado en el mueble de la sala en la madrugada. Rock argentino como música de fondo. “La mayoría dormidos, doblados y roncando; menos Rogelio y yo”. Rogelio y Emma conversaron de temas simples y mundanos. Ella le insinuó una propuesta indecente, él rió con nerviosismo. Lobo con piel de cordero. Él fue más atrevido y le hizo una invitación más clara, desafiante. Ella sudó: entendió que era riesgosa la aventura. Probaron. “Entramos al baño, él primero, luego yo”. Canción en el centro de la sala de Andrés Calamaro: *La parte de adelante*. “Le bajé la bragueta del pantalón, me puse de rodillas, le metí la mano por debajo de la camisa y le dejé puesta las yemas de mis dedos en el pecho. Estaba asustado. Luego puso su mano en mi cabeza, gemía. Jadeando, me levantó el vestido y me cargó. Abrazados, fue el cielo”. La erecta piel del deseo en la entrepierna. “Luego las manos en mi boca, suspiros, sonrisas, susurros, promesas. Humedad de humanidades. Salí, salió, mi número de celular, John dormido, vomitado. Fue un amante apasionado. Cuartos de hotel, casas prestadas, cocinas, baños, salas, mecedoras, muebles, camas, bares, enamoramiento, qué barbaridad”.

“Acabó. Fue el límite. Adiós Rogelio, adiós”.

El hombre intentó acercarse pero se ha frenado. La farola de un automóvil iluminó por un breve segundo a ambos. Emma apretó

con fuerza el bolso a su cuerpo. John la había curtido en la difícil y necesaria técnica de la defensa. “Putá Emma, eres una puta”. “John estás borracho, acostémonos”. “Que la gente se entere: mi mujer es una cualquiera”. “John no grites por favor, baja la voz”. Largo sueño del marido y la esposa desvelada. “Amor, no me acuerdo de nada. ¿Me perdonas? Estás mintiendo Emma”. “Me largo John”. “Nunca te trataría de ese modo”. “Me largo John, te lo advertí”. Emma en la cocina, el cuchillo de abrir la carne, filoso, Emma de pie frente a John cortándose el cabello con ira, con locura. “Tu cabello Emma, sabes que te ves hermosa con tu cabello oscuro y largo”. Abandono. John chantajeando con suicidarse. Emma deteniéndose, volteando la cara por encima del hombro izquierdo, escupiendo las baldosas crema y tirando tras de sí la puerta de la calle cerrándola de un golpe seco. Un viaje en bus, Emma inestable.

“Yo te lo dije hija”, “perdóname mamá, perdóname”. “Tengo fatiga Emma, quiero dormir”. “Descansa mamá”, “gracias hija”. Emma sentada en el piso al lado de la cama, fumándose un Marlboro. Llorá indignada. A la mañana siguiente, el vehículo de la funeraria frente a la pensión de doña Ángela, las condolencias de los inquilinos y después Emma solitaria en la sala de velación. Derrotada. Se retira al baño y se ve empapada en sangre. La ambulancia llega con su melodía alarmante. Emma en la camilla, asustada, en la sala de emergencia. Le practican un legrado en el Hospital Municipal. Pierde los ovarios. Emma huérfana de madre y huérfana de hijo. “Maldito John, hijuepuuuuuutaaaaaa!” .

Emma aprieta el mango de la sombrilla y la apoya en el suelo. Siente calor a pesar del frío de la noche. Mira al hombre iracunda, con el ceño fruncido y los labios apretados: siente deseos de matarlo. El hombre retrocede dos pasos, tres ahora. Un miedo que sube como espuma desde su interior lo alerta sobre un potencial ataque si no se retira. Entonces se obliga a mirar hacia la dirección opuesta, hacia Puerto Yuma: un kilómetro de distancia, calcula.

El agua ha inundado por completo los dos carriles de la calle. El hombre se pone en marcha y va contando siete, ocho, nueve, diez, once... hasta que la lluvia impide escucharlo. Emma también marcha en diagonal y cruza la calle empapando sus pies con la corriente líquida y fría hasta la Avenida del Ferrocarril, victoriosa,

casi llorando. Suena el celular con una melodía de Jarabe de Palo: *Tiempo*, y reconoce en la pantalla el número telefónico de John. Lo mete de nuevo al bolso, sin remordimiento. Saca el anillo de matrimonio de la cartera de cuero y lo tira al desagüe de la alcantarilla. Se enjuga los lagrimones con el dorso de la mano y sonríe: “Luego dicen que una está loca por vivir estas cosas”. Un taxi amarillo hace sonar su bocina al llegar a la esquina. Emma ha cerrado su sombrilla y ha decidido mojarse: libre, libertaria, solitaria. La lluvia sigue barriendo la basura y la arena de las calles y, quizás también, los arrepentimientos. Emma caminando hasta su casa, perdiéndose entre la multitud de luces, ruidos, pasos, olores y rostros; camina sin culpas encima y cruza la vía con el semáforo titilando en rojo en el preciso instante en que John se pega un tiro en la sien sentado en la cama de un burdel, ebrio.

SÉ QUE NO ME CREERÁS

Luis Guillermo Salazar



Julio, hermano, espero que termines de leer esta carta. Te darás cuenta de que para ti son buenas noticias. Hace ya un año que enterramos a papá. Perdona que no te haya escrito antes, pero sólo hasta ahora pude localizarte. No fue fácil, ya que has cambiado tu lugar de residencia constantemente. Como sé que esperabas con ansias este día, casi puedo imaginar tu rostro de satisfacción por la muerte del viejo.

Si vieras, el pobre casi se queda solo. Después de ti, se fue Andrés, luego Pablo, y por último Raquel. Pobre Raquel, no quiso terminar la universidad. Un día simplemente desapareció. Semanas después llamó —sin que el viejo lo supiera— para despedirse de mamá; pero no dijo a dónde iba, simplemente quería alejarse de la casa como lo hicieron todos. De Pablo y Andrés tampoco sé nada. Si puedes, comunícate con ellos. Supongo que también les agradará la noticia.

Mamá no sabe nada de esta carta, si lo supiera te mandaría saludos y te rogaría que regresaras. Si vieras, la pobre vieja al fin pudo arreglar el jardín como siempre quiso. Arrancó los claveles de

papá y plantó rosas rojas. Recuerda que hasta el jardín fue a su gusto, a su manera, como todo. Mamá sigue muy afectada por la muerte del viejo, le alivia un poco saber que ya se acabó la dictadura que reinaba en la casa; pero sigue enferma, su salud es cada día peor. El doctor dice que ella también nos dejará muy pronto.

De eso también es culpable el viejo. Tan mal que la trató y ella lo aguantó todo por amor a nosotros. Nada justifica el infierno que le tocó vivir. La pobre nunca le dio motivos para que la tratara como lo hizo durante tantos años. Con nosotros se justificaban un poco las agresiones porque nos estaba educando, y además ustedes se pasaban de necios con él y con mamá. Si hago honor a la verdad, tengo que reconocer que él no fue un hombre malo como todos creen, simplemente fue un padre que, a su manera, se preocupó por nuestro futuro. Si realmente soy sincero, debo reconocer que a él le debo todo. Gracias a su disciplina, a su obsesión por el orden y a sus exigencias llegué a ser lo que soy. Pero el precio que pagué por todo lo que he logrado fue alto, realmente muy alto. Tú y yo sabemos que la vida con el viejo fue dura. A veces parecía ensañarse con nosotros: primero contigo, por ser el mayor; después, con Andrés; luego, con Pablo, y continuó con Raquel; al final, únicamente quedé yo.

Pero las cosas no siempre fueron así. Después de que ustedes se marcharon, el viejo cambió completamente: se puso muy triste, se convirtió en una sombra y casi se enloquece. Si lo hubieras visto. Continuamente buscaba a sus hijos, perdidos, en todas las habitaciones de la casa y repetía sus nombres una y otra vez. Imaginaba que tal vez ustedes se ocultaban de él como cuando éramos niños. Definitivamente, papá se negaba a aceptar que sus hijos mayores lo habían abandonado. Mamá y yo lo sorprendimos muchas veces encerrado en su cuarto, llorando y pidiendo perdón. Parece que finalmente sus culpas y remordimientos le provocaron un extraño mal que no lo dejó vivir por más tiempo.

La casa está como tú la recuerdas, a excepción del jardín. Él jamás permitió que algún objeto se cambiara de lugar. Todo tenía que permanecer igual para cuando ustedes regresaran. El día anterior a su muerte papá nos pidió a mamá y a mí que nos reuniéramos en la sala de la casa. Se acercó a nosotros sonriendo. Primero abrazó a mamá; luego me tomó del hombro y dijo: «Regresarán,

ahora sé que regresarán». Ese día pude ver en él una expresión diferente, como si una chispa de vida se hubiera encendido de nuevo en su cuerpo.

Puedo jurar que es cierto lo que digo, pero sé que no me creerás. Te aseguro que, muy a tu pesar, el abogado dice que papá le ordenó que no leyera su testamento hasta que todos los hijos estuviéramos reunidos de nuevo en casa. Parece que ninguno de nosotros imaginó este último castigo. Espero que algo de lo que has leído en esta carta se convierta en un buen motivo para regresar. Quiero verte pronto y espero tenerlos a todos de nuevo en casa.

Tu hermano, Rafael.

EL MATADERO

Nelson Enrique Pérez Medina



A Rosa Aminta Hernández, quien logró despertar la pasión por las letras; y a Edmundo Díaz Colmenares, quien con sabios consejos moldea al escritor que hay en mí.

Miguel es un joven universitario de cuerpo atlético y muy apuesto. El apartamento en el que vive es pequeño. Él ocupa una de las dos habitaciones, la otra es de su hermana.

El cuarto de Miguel está equipado con una cama, un televisor y una pequeña mesa dentro de la cual siempre se encuentra algún preservativo. Allí ha seducido a muchas mujeres, motivo por el cual los amigos llaman al sitio “El matadero”.

Es viernes; se acercan las horas de la noche. Miguel y dos compañeros de semestre planean salir de farra. Hablan de los deseos que tienen de conquistar algunas chicas para llevarlas a sus cuartos o en el caso de Miguel al “Matadero”.

Luisa es una joven de 19 años, está iniciando estudios universitarios. Es muy hermosa, su cuerpo está perfectamente dotado y su rostro es hermoso. En el salón se roba las miradas de compañeros y profesores. Aunque en la provincia era obligada a llevar una vida

recatada, ahora, lejos de sus padres, le gusta salir, bailar y divertirse, y cuando lo hace, todos quieren conquistarla y sólo bastan unos tragos para que se convierta en una mujer fácil, porque el licor afflora lo que cada ser humano es en su interior.

Las horas de la noche transcurren lentamente; Miguel y sus amigos están en la taberna de costumbre; aún no han hecho uso de sus técnicas de conquista, pues la mayoría de las mujeres que visitan el lugar ya han sido seducidas en otras oportunidades. Se dedican a conversar y beber en medio de risas, pero sin dejar de lado los deseos de sexo.

El reloj marca las dos y quince de la madrugada, el grupo de amigos, ya ebrios, decide que esa noche no habrá “levante” y cada uno emprende su camino a casa, no sin antes compartir un poco del narcótico de moda, que les hace reír más al observar pingüinos voladores y ángeles en biquini.

En otro bar, las amigas de Luisa tratan de persuadirla para que se vaya a descansar, pues ha bebido mucho y empieza a volverse lanzada y a bailar provocadoramente, siente que explota de ganas por irse con alguno de los hombres con los que ha bailado, sus dos compañeras se lo impiden y la acompañan en un taxi hasta la puerta del apartamento.

Ya en la sala, luego de haber desocupado la botella de ron que había en su nevera y de fumarse el particular cigarrillo que encontró en la mesa del comedor; aprovechando la poca iluminación y la soledad del lugar, Luisa empieza a quitarse la ropa al punto de quedar en tangas. De repente, aparece un hombre que la observa, se acerca poseído por la tentación de acariciar la bella escultura, ella no opone resistencia.

En la mañana del día sábado, Miguel despierta desnudo en su habitación; se sorprende cuando percibe que hay alguien más en su cama. Mira el bulto que está cubierto por las sábanas, pero no logra identificar de quién se trata, así que suavemente desarropa el cuerpo y al ver a la mujer que lo acompaña se levanta de un salto, se toma la cabeza con sus dos manos, trata de recordar lo ocurrido, pero el licor y las drogas no lo permiten, se desespera y no sabe qué hacer, su rostro

refleja una expresión de arrepentimiento. ¿Qué va a pasar de ahora en adelante? ¿Cómo va a reaccionar ella cuando despierte? Se pregunta Miguel mientras vuelve a observar el lunar en forma de mancha que tiene ella a la altura del hombro, el mismo que tiene él, el mismo que tiene su padre. Se resiste a creer que tal cosa haya ocurrido.

UN CAFÉ Y ZOÉ

Katherine León Zuluaga



Los halos de luz que jugaban en mi cara a través de la persiana me despertaron. Eran las cinco de la tarde y mi cuarto estaba envuelto en una luz sepia que me daba ganas de sacar la cámara y tomar fotografías. Había olvidado que tenía una cita con un nuevo cliente en un café del centro. No me gustaba hablar de negocios en mi aparta-estudio, que era mi lugar de trabajo, y prefería ir al mismo café-bar que frecuentaba desde hacía más de tres años, pues como era adicto a la cafeína, sabía que ese era el mejor café que existía y, por cierto, odiaba que los extraños entraran en mi espacio y husmearan cada rincón. Sólo los clientes conocidos entraban a mi guarida.

El café del centro tenía su encanto, sillas sicodélicas y buena música. Rock, chill out, jazz... y una decoración estilo *pop art*, que ni mandado a hacer para los de mi gremio: los publicistas.

Creo que me vacié por completo la colonia del afán que tenía, agarré mi sombrero y salí de prisa; no vi el cable de mi guitarra eléctrica y por poco me quiebro una pierna, puesto que me lo llevé por delante, menos mal la guitarra cayó sobre el tapete de cuadros negros y blancos de la sala y si no quedaría solo el recuerdo, y yo, de

buenas, caí sentado en el sofá. Caminé cinco cuadras sin disfrutar mucho del paisaje; a la velocidad que iba a duras penas veía el suelo y los costados. Aunque mi trayecto siempre estaba rodeado de almacenes, observaba los avisos publicitarios, no faltaba alguno que se hiciera llamar publicista y dándose las de artista hacía cualquier adefesio que daban ganas de llorar. Tomaba nota de las atrocidades cometidas en el diseño publicitario y los fines de semana me reunía con mis dos amigos, Juan y Lucas, a tomar cerveza y hablar de las babosadas que había por ahí en la calle.

Llegué pasadas las cinco y por suerte mi cliente estaba aún esperándome; se sorprendió al ver mi pinta descomplicada, *jeans*, tenis, *blazer* y sombrero, puedo hasta asegurar que dudó en seguir hablando conmigo, pero saqué mi portafolio de servicios y el hombre quedó impresionado. Ya estaba acostumbrado a ese tipo de reacciones, pero siempre lo he dicho *no hay que vivir de apariencias*, mi trabajo superaba la primera impresión que mi vestimenta dejaba. El hombre emocionado pidió otro café con amaretto, una nueva mesera nos atendió, su cabello color chocolate como los de esos comerciales de televisión me impactó, era delgada, de labios color ciruela y sonrisa dulce, nada que ver conmigo, pero tenía algo que me hacía mirarla y noté que en la blusa de su uniforme estaba bordado su nombre, Zoé.

Cerré el negocio y me fui contento a mi guarida, cogí mi guitarra que tenía olvidada hace meses y entoné un *soul* de los viejitos, pensé en Zoé, en su cabello chocolate, en sus ojos tristes; luego me puse a trabajarle al proyecto del hombre que conocí en la tarde.

Cada día sentía más ganas de llegar al café, según mis amigos tenía cara de ponqué, y todo era porque me estaba ilusionando con la mesera. Era verdad, la joven me parecía linda pero no era mi tipo, muy puestecita en su sitio, no se le movía ni un cabello, eso sí me llamaba la atención su mirada triste a pesar de su sonrisa.

Un jueves, a eso de las nueve de la noche, estaba en mi aparta-estudio con Juan y Lucas. Ellos estaban locos tratando de sacar un *copy* para una campaña publicitaria de gaseosa; yo estaba con mis audífonos escuchando música electrónica y, para sacarlos de su locura, les llevé un par de cervezas y nos pusimos a hablar de viejas, bueno de las novias. No sé por qué terminé hablando de Zoé y

preguntándoles si la habían notado mirando con nostalgia a la parejita de novios que estaba sentada a nuestro lado la otra noche en el café. Era fácil recordar a ese par, pues él le había llevado un globo de helio en forma de corazón a la mujer y la pobre Zoé estaba a punto de llorar de la emoción. Terminé el comentario y el tonto de Juan me tiró un cojín en la cara, diciéndome que más bien le quitara la soledad a la muchachita y asunto arreglado, una solitaria para otro solitario. No le paré bolas y seguimos trabajándole al *copy*.

Un martes, acompañado de Lucas, me quedé viendo cómo Zoé preparaba un capuchino para mi amigo, más que un café había hecho una obra de arte; con la crema de leche había dibujado un ratón, mi amigo estaba fascinado con la presentación de la taza de café. Me robé la galleta que acompañaba su bebida y me reí de él, diciéndole que parecía un niño observando el dibujo sin quererlo desbaratar al primer sorbo. Aunque en realidad me estaba sintiendo celoso de no haber pedido el capuchino. Lucas, a diferencia de Juan, pensaba que si me gustaba la chica debía tomarla en serio y aventarme al menos a hablar con ella para conocerla, sin poner como barrera el hecho de que ella fuera mesera. Realmente no me importaba su condición laboral, me inquietaba, me producía gran curiosidad y tal vez lo que sentía era miedo, pues ella movía mi interior de extraña manera, haciéndome retomar sueños perdidos, como la música. Al verla sentía ganas de desafiar mis miedos, de luchar por lo que me hacía vibrar.

Un viernes en la noche fui a tomar cerveza al café con mis dos amigos; esperaba ver a Zoé, pero nos atendió otra mesera. Le pregunté a la nueva qué le había pasado a Zoé y me enteré de que estaba enferma. En realidad no había cruzado más de una palabra con ella que no estuviera relacionada con lo que me iba a tomar, pero esa noche sentí que ella le hacía falta al lugar, y que éste sin su presencia valía cualquier cosa, ni siquiera las sillas sicodélicas que tanto me gustaban me parecían interesantes. En varios días no supe de ella. Me sentía extraño al no verla con su sonrisa atendiendo mi mesa.

Una de esas noches, leyendo una revista *P&M* acompañado de un expreso, la volví a ver, estaba con su cabello de lado, yo leía sobre los comerciales ganadores en Cannes, y el sonido de una bandeja chocando con el suelo me hizo alzar la vista. Allí estaba ella,

arrodillada secando con la toalla blanca que llevaba en su delantal un granzado que había ido a parar al piso. Se dio cuenta de que la observaba y el timbre que anunciaba que otro pedido estaba listo la hizo sonreír irónicamente, la seguí, haciendo el mismo gesto. Me regaló una dulce mirada. Se afaná por terminar de limpiar. Eran más de la doce de la noche, cancelé mi cuenta y me fui.

A los minutos de haberme ido del café, recordé que había dejado mi sombrero y regresé. El café iba a cerrar y al cruzar la puerta, en el fondo del salón estaba ella, quien lo había descubierto y lo tenía en sus manos. En la mesa aún estaba mi taza vacía pero en frente suyo estaba la taza de café de Zoé.

Me acerqué, tomé sus manos para recibirle mi sombrero y le di las gracias. Ella estaba un poco nerviosa y con su dulce sonrisa me respondió. Me senté de nuevo en la silla que había ocupado y le dije que yo la atendería, que pidiera el café que quisiera, yo se lo prepararía. Se extrañó pero al mismo tiempo le divirtió la propuesta y me dijo que adelante con la máquina del expreso que ella supervisaría la bebida, y empezamos a charlar. Nos dieron las tres de la mañana y sentí que había conversado con ella toda la vida, me enteré de que al igual que yo adoraba la música y era violinista, y que sus padres no la habían querido apoyar con la música así que ella pagaba sus estudios en el conservatorio con lo que ganaba de mesera. Sentí mayor admiración por ella y por su tenacidad.

En la madrugada no fui capaz de dormir, tomé mi guitarra y de la nada salieron las letras de una canción que llevaba su nombre. En tan poco tiempo y ya se me estaba metiendo en el corazón.

Luego de un par de idas al Café y de hablar ocasionalmente con Zoé para no interrumpirla en su trabajo, la llevé a mi guarida; se había ganado en poco tiempo el derecho de admisión a mi territorio. Disfrutó cada rincón de mi espacio, le encantaron los cuadros. Vio mi guitarra y me pidió que tocara y esa noche se fue de canción en canción y se cerró con un beso que dejé en sus labios cuando salió de mi casa.

Una mañana recibí su llamada, me invitaba a escucharla tocar en el auditorio principal de la ciudad, había ganado una audición y era invitada de honor para ese evento y aún no se graduaba. Quería sorprenderla y hacerla sentir importante esa noche, le compré un

ramo de rosas color salmón, que delicadamente reposaban en una caja blanca, y le llevaba una sorpresa.

Se abrió el telón y ahí estaba Zoé con su violín, su cabello brillaba con las luces del escenario, interpretó como una diosa melodías de Bach y otros importantes músicos. Cuando terminó su presentación la estaba esperando al final del camerino, le dije que cerrara sus ojos. Al abrirlos descubrió a sus padres que impresionados lloraban de la emoción. Ella los abrazó.

EL CASO CLÍNICO DE ALFARO

Pedro Samir Hernández Cantero



Cargándolo y con la respiración agitada, llevó a su amigo al lugar donde lo ayudarían a que no enfrentara los augurios de la muerte. Al entrar, pidió a gritos que le salvaran la vida. Los médicos buscaron una camilla y luego de acostarlo se lo llevaron a la sala de observación, donde, luego de unas horas, entendieron que los años de estudio no habían servido para nada: los síntomas de aquel paciente estaban fuera de sus conocimientos. Pudieron estabilizarlo, lo que alegró mucho a Samuel. Pero, desde entonces, la noche se hizo larga y las manecillas de los relojes de cada pasillo parecían marcar la misma hora, y los medicamentos, jeringas, remedios y otros materiales quirúrgicos fueron utilizados con más frecuencia. Por miedo, algunos médicos y enfermeras abandonaron el lugar, y las señoras del servicio prefirieron dejarles el trabajo a las ratas porque no aguantaban más la cantidad de desechos quirúrgicos que se acumularon en las esquinas de los pasillos.

Todo es un desorden, desde de la unidad de cuidados intensivos hasta el pabellón psiquiátrico, donde otros pacientes son el reflejo de lo que apenas puede llamarse hospital. Ellos, sin ninguna razón,

huyen del fuerte hedor proveniente de la habitación donde está encerrado. Samuel aún sigue con él, lo mira con cautela y teniendo presente todo lo que él había hecho, lo amarra a la silla de hierro con la camisa de fuerza que le había dado Enfermera, mientras ella le cambiaba la bolsa de dextrosa por una última que había encontrado en Inventario. Él no dice nada. Alfaro siempre le ha guardado respeto a Samuel, pero, tartamudeando, le señala con el dedo que el Cristo que está colgado encima de la puerta quiere verlo en el Infierno. Ya son varios días y noches que no duerme ni come, apenas puede mantenerse, y sobrevive por los líquidos calientes y frescos que circulan por su torrente.

Enfermera, entregándole un vaso a Samuel, le dijo:

—Oblígalo. Es por su bien.

Samuel con una mano le agarró el mentón y, abriéndole la boca, lo obligó a tomarse la sustancia roja burbujeante contenida en el vaso. Al ver que se lo había tomado, lo felicitó y le dio palmadas en la espalda con una mano, porque la otra la tenía ocupada tapándose la nariz. Enfermera, satisfecha por su trabajo, llamó a Médico. Él entró, saludó a Samuel, le pidió sentarse en el sofá roto y, acercándose con cuidado a Alfaro, lo examinó con ayuda de Enfermera.

Samuel, mirando lo que hacía Médico y su ayudante, recogió el periódico que estaba en el piso, se sentó en el sofá roto, leyó la portada, era un artículo que sólo hablaba de un sujeto con machete que había atacado a varias personas en la Calle Real. Médico, antes de irse, le informó a Samuel:

—Está haciendo de las suyas.

Samuel se alegró al saber que el efecto narcosisiquiátrico de la droga estaba calmando a su amigo. Enfermera, dándole un beso a Samuel, salió de la habitación junto con Médico.

Alfaro, cuando quedó completamente dormido, creyó estar en el Paraíso. De la nada apareció un chinchorro que se balanceaba de un lado a otro. Caminó por el prado, se quitó la ropa y se acostó en él. Se meció por un momento y allí quedó dormido. Al despertar, encontró a su lado a una mujer que le pareció conocida. La deseó y ella, siguiéndole el juego, empezó a acariciarle su cuerpo moreno con roses en los labios, caricias en la espalda y el cabello, y todo un legado de sensaciones que excitaban más y más a Alfaro. La mujer,

al ver que se disponía a juntar su sexo con el de ella, sacó el revólver y apuntó directamente a la cabeza de Alfaro. Después de una discusión, la mujer tiró del gatillo. El corazón de Alfaro empezó a acelerarse. Con cada latido, se hacía más y más grande. La mujer disparó y el sonido de la muerte hizo que Alfaro volviera en sí. Sintió que le faltaba aire, la respiración se le cortaba.

De un momento a otro, su cuerpo comenzó a estremecerse, los ojos le cambiaron de color y de la boca salía espuma. El monitor oxidado que mostraba sus signos vitales estalló en un pitido que parecía interminable. Samuel, al escucharlo, cerró el periódico, miró a su amigo y, asustado, llamó a Médico y Enfermera.

Ellos, al acudir al llamado, entraron tumbando la puerta. Rápidamente lo desprendieron de la silla, lo pasaron a la camilla tres ruedas y, sin pensar tanto, lo llevaron al quirófano. Para entonces, Alfaro había perdido el conocimiento.

Minutos después abrió los ojos, y se asustó al ver cómo Médico, con ayuda de Enfermera, rajaba su cráneo con una cierra dientona. Notó que las piernas se le movían y los brazos le temblaban, y la expresión en su rostro mostraba que la cirugía estaba siendo ejecutada sin anestesia, porque la última dosis había sido utilizada en una operación a corazón abierto. Al lado suyo alguien muy parecido, pero con una bata más elegante, se burlaba de Médico y Enfermera. Alfaro, mirándolo, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

El sujeto, dejando la burla, le dijo:

—Me llamo Conciencia y temo decirte que no somos iguales. Tú aún eres esa cosa.

Y le señaló con el dedo el cuerpo que aún pataleaba. Conciencia, viéndolo confundido, bajó el brazo, sacó de la bata un reloj mecánico de bolsillo, giró las agujas a un grado considerable y, tendiéndole la mano, le dijo a Alfaro que lo acompañara. Él, pensando que lo llevaría al Paraíso, lo siguió, pero se decepcionó al saber que estaba en el mismo lugar donde había ocurrido todo.

Los ritmos vallenatos y salseros bailaban por las paredes, litros de licor y cerveza bajaban a los estómagos de cada persona en el bar, incluyendo al cantinero. Llegaron a una mesa y se sentaron. Allí estaban dos hombres más. Conciencia le pidió a Mesero las bebidas

para los caballeros y una especial para Alfaro. Mesero fue ágil, en un par de minutos las cervezas ya estaban en la mesa. El hombre joven, después de haberse tomado un sorbo, le entregó a Alfaro unos papeles. Alfaro los cogió, los leyó y se alegró al recordarlos. Tomó un sorbo de su bebida y le pidió un bolígrafo al más viejo. Alfaro, después de unos tragos más, firmó los papeles y, cuando terminó de hacerlo, le comenzaron los fuertes dolores de cabeza y la sensación de estar quemándose por dentro. Se vino en vómito y su cuerpo comenzó a sacudirse. De repente era otra persona, un ser venido de la nada. Con rabia, rasgó su ropa, sacó el machete de la vaina y comenzó a echar maldiciones y, cada vez que lo hacía, trasbocaba gusanos.

Conciencia le dijo que se ocultara, porque le daba vergüenza verlo así, y el chirrido del machete contra el piso infundió mucho miedo en los presentes; la gente, al ver aquella bestia, comenzó a esconderse. Alfaro parecía el Infierno en carne propia. Desesperado, salió del lugar y por la Calle Real muchos hicieron lo mismo, huían de aquella figura maléfica que corría sin sentido de un extremo de la calle al otro, mostrando sus partes íntimas. Samuel quiso detenerlo, pero sintió temor al ver sus ojos sanguinolentos, la piel pálida y la larga cabellera que le crecía cada vez que lograba matar a punta de machetazos a la persona que se le atravesara.

Conciencia manipuló el reloj mecánico de bolsillo en el momento en que Alfaro iba a matar a Samuel.

Lo despertó. Estaban nuevamente dentro del quirófano y Médico cocía la cabeza de Alfaro con una aguja gruesa. Conciencia le preguntó qué quería hacer con su vida, y él le dijo que no quería ser más lo que habitaba en su cuerpo.

Conciencia, al escucharlo, giró las agujas del reloj otra vez y, como por arte de brujas, Alfaro estaba en la sala de recuperación, donde había un hedor a muerto. Abrió los ojos. Observó que la camilla tres ruedas estaba impregnada de sangre. Médico entró al cuarto, sacó de su bata un frasco y se los mostró. Samuel notó lo que había dentro. Se movía, parecía una serpiente, pero más pequeña. Alfaro se alegró al saber que la operación había sido un éxito y que, por fin, era una persona normal.

EL LUNÁTICO

July Lizeth Bolívar



Durante el día, luego de una taza de té verde y tostadas, Mildred recorría el centro de la ciudad de Petronia en bicicleta, como repartidor de pedidos de una farmacia. Bajaba del cuarto piso de la pensión en que vivía, para desatar el manubrio del tronco de un almendro de gran altura y corteza roja, Tito, su amigo. Suponía que a Tito le agradaban las espaldas y las cabezas que buscaban en él la sombra, pero sospechaba que detestaba a los perros que, aunque lo refrescaban, lo hacían oler mal. Además, se preguntaba si los nidos le hacían cosquillas en la cúpula.

Sobre la avenida Oriente, se perdía en la confluencia del café y la fruta de los mercados, que le hacía olvidar la sensación molesta de vivir entre filtraciones de agua y perros callejeros con llagas infectadas. Su salario mísero se ajustaba tan sólo al pago de la residencia y la alimentación con víveres de la módica tienda Zuleta. Prácticas como el trote o la pesca ya no eran frecuentes, por la voluntad de cubrir turnos para ganar sumas extras. Su rostro afeitado y el corte de pelo serio, como de ejecutivo, lo hacían popular entre las amas de casa, generosas en la propina. Pensaba

en las grietas azuladas y verdosas de las piernas de esas mujeres como la osadía de un pintor enloquecido.

Al regresar, culminando una jornada de campanillas y entregas a tiempo, se volvía a Tito con una mueca de cansancio, mostrándole la canasta vacía, bordeando con los dedos la cerca de madera que rodeaba el edificio. Le llamaba la atención cada vez que mudaba de hojas, del verde al pardo, del peso a la levedad, de la levedad al peso. Por eso, le hacía un guiño y se disponía a tomar un baño.

En su habitación ubicaba cubetas bajo las goteras para luego sentarse en la cómoda y conversar con su padre. Abriendo el álbum fotográfico, lo hacía. El hombre mayor, de rostro afeitado y corte de pelo serio, como de ejecutivo, corría, reía y nadaba en un riachuelo, de la mano de un niño de mirada suave. Contador por título y filósofo por convicción, había sido asesinado por deudores que se dieron a la fuga. “La desolación es sólo la remoción pasajera de la alegría”, consigna del veterano en ese entonces lúcido, que como a Mildred le gustaban los malvaviscos al fuego, los turrónes y sujetar a las lagartijas de las colas.

Tras lavarse los dientes y aplicarse loción, Mildred se dirigía hacia la azotea del inquilinato. Desde la entrada, mirando hacia arriba, se apreciaban escaleras en espiral sumidas en la penumbra por la deficiente electricidad. Había alrededor de veinte cuartos distribuidos en cinco pisos con un valor de renta estándar. El murmullo de adolescentes y jubilados lo acosaban, además de los ojos encendidos con que lo seguían. A su paso, una que otra jovencita se hurgaba la blusa con los dedos, mientras la algarabía de niños desnudos entre el barro y las andanzas de cachorros que se enredaban en sus pies lo hacían subir con ímpetu hacia la terraza. Sin detenerse, pensaba en la dama discreta y perlada que lo esperaba: la luna, refugio cuando lo golpeaba la paternal remembranza. Mildred, fascinado, soñaba tanto con acariciarle el brillo y tocarla con su nariz, que se veía en una costa despejada, elevando los brazos hacia el infinito.

En el reciente Año Nuevo, Mildred tarareó con esmero el villancico *El beso que le robé a la luna*, cuyo autor no recordaba. Elevado por algunos tragos, se contoneó por la terraza, cuando de pronto tropezó, quedando de frente al cielo, y así se fijó en la luna

como no lo había hecho antes: estaba roja y redonda, era una bola de fuego limpia y clara. De ahí que adorara ese lugar, anónimo entre los vecinos por el abandono evidente y la plaga de zancudos. A pesar de que Tito escondiera a la luna entre sus ramas, Mildred pensaba en la presencia infaltable de ese leal confidente que lo animaba a conquistarla.

El aluvión de octubre había despojado a Tito de algunas almendras. Mildred, sin mayor reparo, anduvo esquivando una fila de hormigas hacia su cita nocturna. Cuando contaba con el índice las estrellas, un estruendo sacudió el vecindario. Amplió su vista a lo largo de la ciudad. No notó calamidad alguna, aunque se percató del desnudo permanente de su luna. Comprendió que Tito no estaba. Sin excusarse con su luna, salió. Hombres de uniformes naranja lo recogían rama a rama. Una sierra reposaba entre las almendras no maduras. Mildred preguntó con cortesía el por qué del acto. Uno de ellos le respondió que sólo cumplían con las medidas de prevención del invierno. El otro, al ver la pesadumbre en su rostro, añadió: ¡Hey hombre, es sólo un árbol!

Sus citas ya no tendrían sentido, pensó Mildred a su vuelta, mirándose en los zapatos de cuero el reflejo de la noche. La ausencia del cómplice que lo lanzaba al acecho diciéndole que el silencio de su luna no era por indiferencia sino de sonrojo, lo entregaba al abandono. ¿A quién acudiría cuando se hallara preso de la nostalgia? ¡Hey hombre, no era sólo un árbol!, era mi compañero.

Al día siguiente, Mildred vendió sus pertenencias y se marchó sin decirle adiós a su luna, sin besarle la nariz. Con el tiempo, en medio de los cumplidos de las mujeres del centro de Petronia al nuevo repartidor de medicamentos, y el aire estupefacto de los inquilinos de la pensión, el escándalo reinaba. Ello, al escuchar la leyenda de un hombre que en harapos recorría las playas de Orión, al sur de la ciudad, rogando perdón a un tal Tito, y que, al oscurecer, se escondía en una cueva (con fotografías adheridas a las rocas) acongojado por un amor perdido, una señorita de nombre Luna que lo persigue despiadada porque ya no la visita.

EL OCASO DE HEIDEGGER

Gabriel Mendoza



Día tras día se había aficionado a ver los ocasos desde la ventana del vacío apartamento. Quien lo hubiera visitado habría notado fácilmente el evidente olor a hierba humeante. Pero nadie conoció su reducido espacio. Se ganaba la vida entonando baladas cursis en los buses durante las mañanas; por las noches estudiaba filosofía en la universidad. En los ratos de ocio se encerraba a estudiar la abstracta e intraducible obra de Heidegger sobre el ser y el tiempo. Pero también lidiaba con asuntos que debió considerar intrascendentes, como lograr una extensión sobre el pago del arriendo ante el viejo de barriga abultada, dueño de un edificio en el centro de la ciudad.

Martín sólo compartía su vida con Dasein, una canina alemana.

Ya fuera yendo al trabajo o regresando a su apartamento, siempre observaba con detenimiento a la gente, y a veces tenía la leve sospecha de estar frente a seres impersonales, manejados por una intangible mecanicidad. Fue desconfiado y apático con relación a todos, y ni qué hablar de su aversión a la democracia. Aquella tarde se encerró de nuevo, miró el ocaso y esperó el momento exacto para irse a clases.

Mientras llegaba la hora, una angustia súbita lo impulsó a fumar marihuana.

Cuando salía por el pasillo, Martín se topó con el viejo arrendador, en quien ahora descubría también una incipiente calvicie de aspecto siniestro.

—¿Cuándo me va a pagar la pieza?

—El martes.

—Que no pase del martes.

—Ya le dije que el martes.

—Y vaya buscándole otro sitio a esa perra, aquí no la puede tener.

Mientras respiraba el olor de la tarde, Martín recordó que odiaba al viejo, y que alguna vez pensó en matarlo. Pero nunca se creyó un asesino porque bien sabía el final de aquella historia rusa. En su lenta caminata por el 20 de Julio apenas logró divisar sombras en los rostros; sólo retuvo vagas figuras que iban y venían. A la altura de Murillo, rozó inadvertidamente con el hombro a un conocido suyo, quien por su parte sí logró identificarlo.

—¿Cómo estás muchacho? —saludó el hombre.

—No tan bien estos días, —respondió Martín— lo único que me ha calmado es, precisamente, la lectura de su obra.

—¿Te gustó mi propuesta de concebir la angustia como algo existencial? —miró fijo a Martín.

—Por supuesto maestro, creo cierta su propuesta, así como a mi juicio lo es también su idea sobre la conciencia de la finitud.

—Martín, tomemos unos tragos en ese viejo bar de la esquina. ¿Aún recuerdas cómo se llama?

—¿La Nada Vital? Maestro Heidegger, su obra presenta postulados demasiados complejos que me gustaría discutir...

Ambos tomaron hasta embriagarse, y hablaron todo lo concerniente al miedo a la muerte.

—Si se libra uno del miedo, puede vivir con toda libertad y desafiar al tiempo, afrontando el futuro con una autoconciencia de la finitud —expuso el hombre.

—Y así se olvida la angustia que produce la nada, si se va en retroceso —concluyó Martín.

El maestro señaló hacia la calle y dijo:

—Martín, eres el único ser capaz de interpretarme. Mira allí, del otro lado de la acera. Esas mujeres afuera, que venden sus cuerpos por dinero... Es culpa de la maldita democracia, les impide contener la impureza de su sangre, la híbrida esencia de su género.

El discípulo asintió ante cada idea. Horas más tarde, esas palabras retornarían a su conciencia como una suerte de espiral incandescente. Toda la historia, y la última guerra del siglo, le parecieron justificables de alguna manera.

No supo del tiempo cuando despertó. Estaba tendido en la puerta de una taberna con nombre sugerente, ajeno y familiar a la vez: La Vid de Adán. Caminó hasta el apartamento, descartando llegar a sus clases nocturnas. Cuando vio el edificio, parado desde la esquina, notó que la policía cercaba el lugar. Alguien señaló con su dedo desde la distancia y los agentes detuvieron a Martín. Lo condujeron a una estación, tomaron sus datos y huellas, y lo encerraron. Al día siguiente recibió la visita de un abogado practicante. En su pequeña celda, mientras le explicaban su situación, Martín reparó en su propio desaliño. Sintió un golpe en el pecho, quería vomitar y lo hizo. Un regusto amargo se deslizó por su garganta, residuos de licor. También se dio cuenta de las manchas rojas en sus ropas.

—Ya recuerdo un poco. Soy Martín, estudiante de filosofía. El día viernes de la semana pasada salía para clases, estaba muy deprimido, así que fumé más de la cuenta. Me encontré con alguien, nos fuimos al bar, nos embriagamos. Escuché que se debía acabar con todo lo que nos impidiera encontrarle un sentido a las cosas. Salí por un momento, no sin antes advertir que me esperara, pues había captado su mensaje. Llegué al apartamento por mis únicas pertenencias, pero no encontré a Dasein. «Su perra me atacó», escuché a mi espalda. Era el viejo arrendatario, apoyado su hombro sobre el vano de la puerta, las manos en los bolsillos, un cigarrillo barato en su boca y las cenizas en el piso. Le pregunté por la perra y cínicamente me respondió: «La saqué de aquí, con tan mala suerte que un bus no pudo verla. Estaba parada en mitad de la calle. Sabe una cosa... creo que ella miraba la ventana de su pieza».

Una semana después, en medio de la sala de audiencias, Martín se veía muy afectado, pero por indicación del defensor prosiguió su versión de los hechos:

—Caminé dentro, en círculos concéntricos de fugaz sobriedad. No recuerdo que pensara en algo específico, sólo me sentía tranquilo. Tomé la única silla que tenía en el apartamento y salí; vi que ahora el viejo hablaba con otro sujeto... —Martín miró a cada uno de los presentes que escuchábamos su relato final—, frío y sosegado, descargué un golpe en la cabeza del viejo. Me fijé en la mirada del otro inquilino mientras el obeso cuerpo caía demasiado lento hacia el suelo. Le propiné otros dos golpes tan fuertes en la vida, yo no sé... Destrocé el mueble de madera y sus astillas se impregnaron de una sangre inmanente. Acto seguido bajé las escaleras, derribé la puerta del viejo, saqué de su mesa de noche una mechera, un paquete de cigarrillos, una Biblia judía y cinco ejemplares de revistas pornográficas. Prendí fuego a cada página, esparciendo fulgores por toda la habitación. Supe por fin ante mi hoguera aquello a lo que se refería el maestro. Abandoné la habitación en llamas y regresé al bar, pero el puesto que antes ocupaba mi maestro ahora estaba vacío. Había media botella de anisado sobre la mesa, una sola copa, y ninguna presencia de calor al tocar el fondo de la silla. Eso es todo.

El juez escuchó serenamente, como acostumbrado a este tipo de declaraciones. Por sugerencia de su abogado, Martín se declaró culpable y logró una rebaja de la pena. Considerando todas las causales (episodio alucinatorio producido por consumo de sustancias sicotrópicas, agresión en estado de ira e intenso dolor), fue sentenciado a diez años de prisión por el homicidio de Israel Reyes.

Revisando el expediente de Martín, aún no se ha logrado comprobar la existencia del profesor, además de otras inusuales circunstancias de tiempo y lugar, como el nombre de ciertos establecimientos. Mientras se intenta dar coherencia a este caso, han transcurrido dos años en que Martín mira sin falta la declinación del sol a través de los barrotes de la Penitenciaría Distrital del Bosque. El amarillo y a veces rosado silencio de esa hora última, debe encerrar la ambigua verdad de sus acciones.

LA INVASIÓN

Hernando López Rodríguez



Frente a la puerta de mi casa, al otro lado de la calle, quedaba el Café Colombo, mi refugio habitual durante buena parte del día. Allí me reunía con amigos, para pasar revista a lo registrado por los periódicos en sus páginas centrales. Una tarde, no tuve ánimo para eso. Entré y pedí un tinto, y después otro, y dejé que el frío congelara mis reflexiones. Evoqué mis tiempos de juventud, tararé la letra de *Nathalie* en versión de Gilbert Bécaud, con sus palabras arrastradas y galicadas, que impregnaron el ambiente de un hálito romántico y bohemio. Pero no fue suficiente. Otro pensamiento, insistente y obstinado, retornó como un cordel elástico. No pude leer tranquilo el periódico, ni comentarlo. Mi mente continuaba anclada a un insólito acontecimiento: miles de cabellos de extraña procedencia, habían aparecido en todos los rincones de la casa.

Recordé las invasiones medievales con tropes de guerreros alrededor de fortalezas enemigas y la irrupción de plantas parásitas en grandes lagunas, hasta colmar la superficie. También la impresión que me causaron, en el hogar paterno, rondas de hormigas en su avance como regimientos disciplinados y voraces, exterminando

todo a su paso, y las historias de nubes de langostas devastadoras de miles de hectáreas de cultivos, sin ser diezmadas por el hombre.

Legiones de pelos se apoderaron de los armarios, las alacenas, el baño, la cocina y la sala. Invadieron sin recato mi vida y cada uno de los espacios íntimos. Llegué a constatar una avanzada de ellos en el carro, quizá con la intención evidente de iniciar la colonización de la oficina o el apartamento de mi novia.

El primer aspecto del plan que elaboré con la intención de detenerlos, fue determinar su origen. Eran pelos de mujer, lisos, largos y negros, de entre treinta y cuarenta años, cuando la decoloración capilar se inicia y las tinturas comienzan a ser evidentes. Otra pista: no procedían, por su forma y tamaño, de zonas púbicas ni de oquedades axilares. Tampoco eran débiles vellos. Eran pelos de la cabeza, que parecían haber caído en forma continua y progresiva. Por su longitud, supuse que procedían de mujeres maduras reacias a las tijeras, de esas que ven en el pelo largo su ideal de belleza. Bueno, era un indicio.

Una mañana, cuando mi novia preguntó por los pelos enredados al lado de la silla, escondidos bajo la palanca del freno de mano de mi vehículo, no pude dar respuesta adecuada, la evadí y cambié el tema. Entonces tomó uno, lo puso a contraluz, observó su color, textura y tamaño, haciéndose a una hipotética imagen de su propietaria. Hizo cábalas y lo depositó en su colección privada de resentimientos. Elaboró un retrato imaginario de la que consideraba su rival, a partir de la evidencia mantenida en su mano como prueba palpable de deslealtad y engaño. Como activista responsable de alimentar la causa de mujeres víctimas de infidelidad y adulterio, guardó en una bolsa transparente la posible evidencia que confirmaría sus sospechas, como práctica tardía de sus delirios de investigadora. Su gran escuela había sido el seriado CSI, con capítulos que la llevaban a soñar con un ejercicio profesional que la vida le había negado.

Yo, sin embargo, conocía la gravedad del problema y en algún momento debía hacerle frente. La dejé en su apartamento y regresé a casa, presintiendo lo peor al pasar la puerta.

La invasión era evidente. Sentí deseos de ir al baño y, sentado en el sanitario, observé el piso, y ahí, al acecho, como serpientes enroscadas, cúmulos de pelos inmóviles. Me estiré como haciendo

una postura de yoga, cogí entre mis dedos varios de ellos, los arrojé con rabia y descargué la cisterna.

Contraté una empleada para que se encargara del aseo, cada vez reduciendo el intervalo entre jornada y jornada. Todo en vano. Los pelos parecían reproducirse con mayor celeridad y el interrogante se mantenía. Me agachaba a revisar bajo la cama y ahí estaban de nuevo. En la cocina comenzaban a crecer y a envolver como madre-selvas los objetos que encontraban a su paso. El miedo se transformaba en pánico y un asomo de temblor y cobardía se apoderaba en forma progresiva de mi cuerpo.

En ese sobresalto que me absorbía, recordé haber leído en las *Historias de cronopios y de famas* de Cortázar, un texto dedicado a la «Pérdida y recuperación del pelo», el que supuse, podría darme elementos para entender el problema. La historia inicia desde el momento en que alguien se arranca un pelo de la cabeza, le hace un nudo y lo deja caer por el agujero del lavabo. Continúa con su búsqueda entre cañerías y desagües, un proceso sistemático de exploración por las cloacas mayores de la ciudad, repletas de miles de pelos mojados y malolientes, el mundo desconocido de los grandes ductos con sus habitantes extraños y peligrosos, y termina cuando los detritos y suciedades son arrojados al gran río. ¡Qué decepción! Necesitaba otras pistas para comprender el origen de mi tragedia y me enredé en las andanzas de un pelo extraviado en vertederos.

Bastante contrariado, acudí a mi amigo y confesor, el sacerdote ortodoxo José Luis de Granada, autoridad en cuestiones esotéricas y experto en fenómenos lindantes con la metafísica, exorcismos y apariciones sorprendentes, quien con su proverbial sapiencia frunció el ceño, tocó varios rizos de su barba y expresó:

—Dame unos días. Voy a consultar mi Biblia de Jerusalén. Recuerdo haber visto algo relacionado con esto en el Libro de los Jueces, más exactamente la historia de Sansón y la filístea Dalila. — El sacerdote hizo una pausa, miró su biblioteca llena de volúmenes de teología e historia bíblica, y agregó—: Creo que allí podemos encontrar una pista para tu problema. Dalila cortó la cabellera a Sansón, origen de sus poderes y fortalezas, y luego hizo un ritual con ese manojo de pelos—. El comentario me pareció interesante, pero aún demasiado lejano de una explicación lógica.

Al borde de la impaciencia, me dirigí a la Misión Diplomática de la India, con el objeto de recoger información sobre el Templo Dorado de Amritsar, cercano a la frontera paquistaní, centro de peregrinación de los sijes, individuos que poco se afeitan y jamás se cortan el pelo, escondiéndolo bajo un abultado turbante. Sin embargo, no conocían episodios similares al mío y la indagación resultó otra experiencia infructuosa.

Ante el fracaso de mis averiguaciones, consulté barberos y peluqueros a quienes suponía eruditos en el tema. Melenudos de moda. Artistas con sofisticadas colas de caballo, en trance de impregnar sus creaciones con un aura de excentricidad y estampar en ellas su marca personal. Revolucionarios de los sesenta y milicianos de fiebre concentrada, reproductores de esquemas y convicciones. Patilludos, barbudos y cantantes de rock. Mendigos de atrio de iglesia y harapientos de tugurio. Científicos de probeta y letrados de barbas en remojo. Modelos de pelo *frizé* y fabricantes de champús novedosos para cabelleras electrizadas.

Seguía sin acercarme a la solución de mi problema. Y lo peor, los pelos cada vez ganaban terreno y mi dominio territorial se reducía. Pensé en algún momento poner en práctica una estrategia como la utilizada por el flautista de Hamelín, en su cruzada contra las ratas invasoras de esa ciudad de la Baja Sajonia. Pero mi fuerte no era la flauta y mis habilidades de encantador no daban para emular los acordes irresistibles de aquél.

Sobra decir que mi insomnio era compensado con una mayor dedicación a las letras, y las noches de vigilia eran aprovechadas para escribir una trama de misterio en la cual estaba empeñado de tiempo atrás. Sin embargo, intuía en cualquier momento una turba de pelos organizados enrollándose en mi cuello. Había visto episodios parecidos en varias películas, la última de ellas, *Anaconda*, en la cual los ofidios constrictores oprimen hasta el estrangulamiento a quienes se dejan sorprender. Y claro, no correría ese riesgo. Suficiente había sufrido durante la proyección, la cual había contribuido a mantener alerta mi instinto de supervivencia. No iba a ser la próxima víctima, ni el mártir de la improvisación.

Mientras tanto, mi novia continuaba inquieta con el caso. Días enteros en laboratorios, centros de documentación y archivos

particulares de estudiosos de este tipo de fenómenos, le habían permitido rastrear sucesos ocurridos en diversas épocas, en particular durante los siglos *XVII* y *XVIII*. Episodios similares había encontrado en manuscritos e incunables poco consultados, en particular una *Historia de hechos asombrosos*, cuyo texto se conserva, en versión del superior capuchino Benigno de Prensillas, y bajo especiales medidas de seguridad, en la sección de libros raros del Archivo Nacional. Uno de estos acontecimientos, comentado con generosidad en su época, sucedió en el Hospicio Real de Santafé, construido en tiempos del virrey José de Ezpeleta, cuando un individuo llamado Pedro de Ulabarría, hijo de india y español, apareció muerto en extrañas circunstancias en la sala de su vivienda. Días antes había estado en confesión ante el padre Doménico de Oviedo, capellán del albergue, agobiado por la persecución incesante de extraños filamentos que habían invadido la estancia y amenazaban su vida. El confesor determinó una posesión de espíritus malignos, le hizo un exorcismo integral y lo ungió de pies a cabeza con un potaje preparado con hollín de chimenea en zumo de zarzaparrilla. Sin embargo, a pesar del conjuro y de repetidas quemas de incienso y sahumerios, una mañana el hombre apareció colgado del techo, estrangulado por inverosímiles lianas.

Esta historia, referenciada por cronistas de la época, puso en alerta a mi novia, pues comprendió la magnitud de la amenaza y emprendió desde ese momento una veloz carrera hacia mi casa, al presagiar una tragedia parecida. Partió de su apartamento en la zona alta de los cerros orientales, bajó por la avenida Circunvalar, atravesó vertiginosa por calles y carreras, hasta conectarse con la avenida Central de la ciudad, buscando con desespero las entradas al barrio en el cual está ubicada. Ya al final, sus piernas hacían tambalear el cuerpo, pero continuaba, con esa decisión que sólo el peligro estimula.

Mientras ella se desplazaba, yo sentía la amenaza a mis espaldas. Cada minuto volteaba la cabeza pues sospechaba la observación de alguien. No sé si era obsesión, pero notaba esos pelos cada vez más cercanos, disponiéndose, como hiedras trepadoras, a lanzarse con furia hacia mí. Los intervalos de observación a mi alrededor eran

cada vez más frecuentes y, sin embargo, aún los apreciaba estáticos, tirados en el piso.

En un momento de descuido, un enjambre de ellos saltó sobre mi cuerpo. Se aferraron, sincronizados, a mi cuello. Otros inmovilizaron mis brazos. Y los de más allá, se treparon sobre los durmientes del techo y desde allí se descolgaron como cordel, con el objeto de izar mi cuerpo, dominado y exhausto. Los filamentos impetuosos lograron mi muerte por asfixia y estrangulación. La soga había permitido que mis pies se agitaran durante pocos segundos y que el oprobioso tormento de la Edad Media cumpliera de nuevo su objetivo, esta vez sin confesor, ni pueblo entonando cánticos de regocijo.

Al arribar exhausta a la casa, en el suburbio occidental de la ciudad, mi novia gritó varias veces mi nombre y golpeó con fuerza e impaciencia en la puerta, pero, obviamente, ya no podía responder a su llamado.

Al final, a pesar de no tener evidencia alguna, pudo más la fuerza de su desconfianza exacerbada. Intuyo que pensó que yo no había dormido allí y emprendió el regreso a su apartamento, más calmada, pero completamente deshecha y con la moral en el piso. Estoy seguro de que masculló con rabia “esta noche no durmió en casa, y yo tan preocupada por lo que pudiera sucederle. Nunca más me inquietaré por él”.

Tres días después del hecho, periodistas de un vespertino especializado en crónica roja, llegaron a mi vivienda, avisados por los sabuesos de la Fiscalía, los cuales, a su vez, habían sido advertidos por vecinos, para quienes mi presencia se había constituido en habitual. Encontraron, como es obvio, un espectáculo deprimente.

—¡Suicidio! —sentenció el jefe de los investigadores, mientras llenaba las formas de rigor.

—No cabe duda —replicó el subalterno con voz nasal.

Al día siguiente, el periódico publicó la noticia en primera página: “Hombre enloquecido se ahorca con soga hecha de cabezallas”, ilustrada con una foto del macabro espectáculo.

En la tarde, el comandante de la policía concedió una rueda de prensa, acompañado de otros mandos de su entidad. Habló del éxito de la investigación y explicó con sapiencia, apoyado en

los más recientes avances de las escuelas conductistas, este tipo de comportamiento.

Hizo, además, un llamado a la ciudadanía a cerrar filas ante el consumo de drogas, la lectura de libros de ficción y la proliferación de sectas de origen satánico.

—Caso cerrado —concluyó el oficial. Dio una palmada sobre el escritorio, hizo un giro y se retiró del lugar acompañado de su comitiva, con el pecho hinchado por esa emoción que sienten los grandes hombres cuando han acumulado un logro más en su carrera de éxitos profesionales.

Al ingresar a su residencia, el comandante de la policía notó en el pasillo de entrada varios pelos extendidos en el piso. Sin embargo, no les prestó atención, los hizo a un lado con sus zapatos charolados y se dispuso a dormir. La jornada había sido difícil y extenuante.

LA METAMORFOSIS DE LA MEDUSA

Jhon Fredy Suárez Solano



No puedo aceptar ni negar con absoluta certeza si fui el autor del crimen; todo lo que recuerdo es su horrenda transformación y el terror que me causa recordarlo, ni siquiera puedo discernir con claridad si todo lo que me sucedió esa noche fue real o sólo un producto de mi imaginación; ella misma es un fantasma, apareció de pronto y desapareció en circunstancias difíciles de creer. El psicólogo que asignaron a mi caso, opina que tal vez en un momento de locura temporal pude asesinarla; no lo creo, siempre me he considerado un hombre pacífico y mentalmente equilibrado, además no tenía motivo para querer matarla. ¿Por qué habría de hacerlo si era mi única compañía? Juraría que ese ser infernal en verdad estuvo en mi habitación esa noche, la noche de su muerte; no obstante, ningún tribunal me creería si alego posesión demoníaca, eso me haría ver como un loco desquiciado dando esa clase de declaraciones. ¿Y si alego locura? ¡Por Dios, estoy hablando como si en verdad fuera el asesino! Lo mejor es aceptar que soy culpable pero tal vez no soy el único culpable.

La conocí en la cafetería de la universidad. Acostumbraba sentarme en el lugar más apartado, lejos del bullicio que producen las multitudes, solo, siempre solo. Cuando veía alguna mujer atractiva entrando a la cafetería, me imaginaba levantándome de ese puesto, caminando con paso firme por entre la multitud de jóvenes universitarios directo hacia ella, procurando que sus ojos se encontraran con los míos. Luego de intercambiar sonrisas y un par de palabras para romper el hielo, me sentaba a su lado, no sin antes preguntarle si podía hacerle compañía. Así comenzaban todos mis romances imaginarios. Cada vez procuraba cambiar el libreto para tener mayores posibilidades de éxito cuando se presentara la oportunidad; tenía muy bien aprendida mi parte, sólo que nunca tuve el valor de ejecutar el plan y cada vez me sentía menos capaz de lograrlo. Un día, absorto en mi taza de café y en mis pensamientos, no pude notar que ella se sentó de pronto a mi lado en un puesto vacío, sin preguntar siquiera si estaba reservado. Abrió su bolso deportivo y comenzó a escarbarlo buscando no sé qué cosa. Yo estaba petrificado. Mientras tanto levantó la mirada sin dejar de revolcar el interior del bolso y me regaló una sonrisa y una explicación: “Perdí mi agenda”. Me lo dijo con una familiaridad extraña, como si me conociera de mucho tiempo. Yo continuaba inmóvil y un poco asustado. Siempre he sido torpe para acercarme a una mujer desconocida y establecer una charla que conduzca a una amistad. Debe ser porque cada vez que veo a una mujer bonita siempre tengo el mismo interés: acostarme con ella. Esto que estaba sucediendo no sólo era nuevo para mí, sino inverosímil, ¿sería posible que esta mujer estuviera interesada en mí desde hacía tiempo, y como no había sido capaz de acercármele decidió tomar la iniciativa? Si así fuera, tal vez recordaría su rostro de alguna parte y no creía haberla visto nunca, o tal vez siempre me siguió el rastro desde la sombra sin permitir que yo la viera. No lo creo, de hecho no me considero un hombre atractivo y ni siquiera se puede decir que sea muy interesante ya que tengo pocos amigos. O ¿acaso sería una nueva modalidad de robo? ¿Tal vez esta mujer hermosa se acercó haciéndome creer que estaba interesada en mí para luego darme algún alucinógeno y llevarme a un lugar menos público y junto con sus secuaces robarme hasta la ropa interior? Imposible, es evidente que mis *jeans* viejos, rotos y

gastados, mi cabello largo y en desorden, hablan de un pobre diablo que no tiene donde caer muerto.

Habiendo descartado algunas otras fatídicas explicaciones ,entre las que se encontraba tal vez una organización clandestina que quería traficar con mis órganos, tuve fuerzas para comenzar a pensar que tenía ante mí la anhelada oportunidad de estar cerca de una mujer que me impactó desde el primer momento en que se sentó junto a mí en la mesa de la cafetería. Si quería hacer algo tenía que ser ahora o no lo haría nunca, así que tragué una bocanada de saliva y saqué desde mis entrañas una voz temblorosa y carraspeada para entablar conversación. Ella tomó la iniciativa y allí comenzó todo. Era extrovertida y dicharachera, por un momento llegué a pensar que el problema ahora sería callarla, sin embargo su voz era tan dulce que disfrutaba escuchándola sin prestar la menor atención al contenido de su charla. De pronto me di cuenta de que la estaba mirando fijamente a los ojos, y cuando lo noté dejé de hacerlo. De inmediato, el fuego que se esconde en lo profundo de la sangre se apoderó de mi cara y me hizo sentir aun más avergonzado. Ella lo notó pero parecía no importarle, al contrario, me devolvió una sonrisa pícaro como de quien sabe que su pez ha mordido el anzuelo. No acostumbro mirar a los ojos a las personas, menos aún a las mujeres que me parecen atractivas, pero su mirada tenía una fuerza extraña que me impedía dejar de mirarla. El hechizo de sus ojos era muy poderoso y rápidamente logró penetrar mis débiles defensas. En cierto modo, desde aquel día sólo he vivido pensando en ellos, en esos ojos de Medusa que paralizan a los hombres con sólo mirarlos.

No fue difícil acordar una nueva cita que a su vez llevó a otra y a la siguiente. Desde el principio tuve el presentimiento de que tal vez la podría llevar a la cama, aunque sería más fácil si ella me lo proponía. Después de todo era ella quien había dado el primer paso; yo simplemente dejaba que las cosas siguieran su curso. Sólo era cuestión de preparar la coartada perfecta para dar el golpe definitivo, y el momento había llegado ahora que la casa estaba vacía.

Cada vez me invadía el deseo de tener un encuentro más íntimo con esa mujer, pero no quería fracasar esta vez como había sucedido con otras mujeres que conocí. La casa sólo iba a estar vacía unos

días, así que debía tomar la iniciativa al menos por una vez en mi vida, entonces decidí enfrentar mis temores de una vez por todas, no sólo por el deseo irrefrenable de estar con ella sino porque me habría vuelto loco si no buscaba la compañía de algún ser humano. Tomé el teléfono y marqué su número repitiendo mentalmente cada dígito, luchando contra el temblor de mis manos para evitar alguna equivocación. Cuando comenzó a repicar, tuve la intención de colgarle, en ese instante el plan me pareció un completo fiasco, ¿qué le diría ahora?, ¿qué pretexto utilizaría para hacerla venir directo a mi guarida?

Yo sabía que no le era del todo indiferente a esa mujer, de hecho una vez me dijo que le agradaba, entonces se me hizo un nudo en la garganta y no pude responder a su cumplido. Había llegado el momento de probar qué tan lejos llegaría con ella. La brisa había desaparecido y el calor azotaba la casa, que había acondicionado por fin a mi gusto, cerrando las ventanas y bajando las cortinas para tener mayor intimidad y discreción. Sentí que me bajaba por el rostro una gota de sudor frío cuando escuché su voz. No tardé más de cinco minutos hablando con ella y por lo menos en tres oportunidades estuve a punto de estropear la cita, aunque finalmente aceptó venir.

Mientras esperaba su llegada tenía que distraerme con algo para no tenerla en mi mente cada minuto, así que hice la limpieza de la casa, que tenía más de ocho días sin el régimen de aseo cotidiano establecido por mi madre. El tiempo transcurría con una lentitud desesperante, y con cada minuto que pasaba perdía la esperanza de que viniera: “¿Por qué tardaba tanto?”, tal vez alguien más le hizo una mejor propuesta, quizá a última hora tuvo algún inconveniente, o era casada y sintió cargo de conciencia por lo que podría pasar estando sola conmigo en la casa vacía, o, en el peor de los casos, pensó que yo era un psicópata violador que estaba esperando la mejor oportunidad para estrangularla. Cuando estaba al borde de la locura, escuché su inconfundible voz desde la reja de la casa, que preguntaba por mi nombre. La abracé y me aferré a ella como un náufrago a un pedazo de tabla en medio del mar. Al calor de la tarde y de una botella de vino, hablamos hasta donde fue posible resistir los embates del deseo y de la lujuria; luego de besar con brusquedad sus labios por algunos minutos, que pasaron

muy rápido, deslicé mi lengua alrededor de su cuello, mientras se juntaban mis manos sobre sus pechos siguiendo el ritmo de sus gemidos de placer; el suave olor de su perfume se confundía con el aroma del sudor que ya comenzaba a resbalar por su piel canela. Apagué las luces y encendí la grabadora a todo volumen evitando que se escaparan los sonidos que provocan los malos pensamientos de la gente. Cerré las ventanas para impedir que se colara la luz o las miradas de los vecinos, que de todos modos sabían que estábamos haciendo el amor.

Me abalancé como el tigre sobre la presa. Cuando ya la tuve rendida en la cama, comencé a quitarle cada prenda, empezando por las exteriores hasta las más íntimas. La torpeza de mis movimientos dejaba ver la ansiedad que me había acompañado desde siempre, producto de la privación y el temor, pero mi compañera de cama sabía darle dirección a mis manos que se posaban sobre la geografía de su cuerpo y bordeaban la escultura de sus pliegues, como si fuera un alfarero que le da forma a una vasija de barro, sólo que esta vez era su esbeltez la que le daba forma a mis manos y a mi vida. Cada centímetro de su piel fue explorado con lujuria y violencia. Aquellas uñas de gata salvaje arañaban mi espalda como si quisieran despedirme vivo; al tiempo que el aliento me faltaba, ella respiraba con más dificultad y emitía gemidos que inundaban la habitación, cada vez que mis dedos se deslizaban serpenteando desde su ombligo hasta la suavidad de aquel pubis virginal. En el momento de mayor excitación, cuando su cuerpo se contorsionaba con gritos de júbilo y desesperación, echó la cabeza hacia atrás dejando descolgar una cabellera oscura y húmeda, y al moverla con violencia hacia delante, soltó un bramido como el de una bestia endemoniada. El tiempo en la habitación se detuvo y el placer se transformó en terror cuando sus cabellos negros cobraron vida como serpientes y crecieron hasta cubrir de luto la habitación, los ojos le dieron un giro de ciento ochenta grados quedando blancos y desorbitados como si estuviera poseída por un espíritu infernal. La cara tomó un aspecto de cadáver insepulto y la piel comenzó a escurrirse lentamente como si estuviera deritiéndose. Tenía todo el cuerpo cubierto de moretones y llagas inmundas que despedían un olor a vísceras podridas cada vez que escupía chorros de pus revuelto con una sangre viscosa y

negra en cada movimiento de su cuerpo. Los gritos de jubiloso sexo se transformaron en carcajadas diabólicas. Mientras más intentaba escapar de semejante escena tan espantosa, se aferraba con más fuerza a mi cuerpo, me tenía atenazado con las piernas y los brazos hasta el punto que casi me asfixiaban.

Era tarde y la habitación estaba oscura; los destellos de luz que venían de la farola de la calle reflejaban en las paredes y el techo las imágenes de espíritus que se deslizaban por los rincones de mi habitación. Aunque intentaba cerrar los ojos para no verla a la cara, me sentía como en aquel sueño en donde hemos perdido las fuerzas y aunque queremos correr, dar golpes o gritar, el cuerpo no responde. Me tomé la cabeza a dos manos con las fuerzas que me quedaban, la desesperación y la agonía aumentaban hasta que no pude contenerme más y lancé un grito de dolor que salió desde el alma, desgarrándome las entrañas como si con él entregara mi vida.

En ese momento desperté y de un salto estaba sentado en la cama cubierto de un sudor pegajoso, con la respiración agitada y el corazón galopante como si quisiera salirse del pecho. Noté que tenía los brazos tensos y las manos empuñando la sábana con fuerza. Con los ojos desorbitados y aún con la respiración contenida, miré cada rincón de la habitación en busca del espanto; el cuarto estaba en penumbra y sólo unos destellos de luz entraban por la ventana, y ya no sentí su maléfica presencia.

Al pasar mi mano por la frente para secarme el sudor, la sentí empapada de una sustancia viscosa, de inmediato busqué los destellos de luz más cercanos que entraban por la ventana. El espanto volvió a mi cuando descubrí que la sustancia era sangre. Me asusté tanto que corrí como un loco buscando encender la bombilla, tanteando en la oscuridad con mis manos cada rincón de la pared hasta que por fin pude hallar el *switch* (o interruptor) y se encendió la luz, iluminando las manchas sanguinolentas que acababa de dejar impregnadas con mi locura; me di vuelta y sobre las sábanas yacía el cadáver desnudo. Cuando me acerqué un poco pude ver que su cuerpo estaba tendido sobre la cama, la cabellera le colgaba por un costado hasta tocar el suelo, por sus delgados y oscuros cabellos se escurrían pequeñas gotas carmesí que habían creado un charco rojo en el piso de la habitación. Su mirada estaba fija en el techo,

aunque sería más exacto decir que sólo el rostro apuntaba al techo, pues los ojos habían sido arrancados de raíz, quedando sólo un par de cráteres llenos de sangre, que se escurría por su cara y llegaba hasta la superficie del colchón. Su muerte había sido tan espantosa y brutal como nunca antes había visto, ni siquiera en las películas más sangrientas. ¿Quién pudo haber hecho algo tan atroz? Cuando la policía entró al cuarto sólo halló un cadáver de mujer y a un hombre perturbado con sus manos ensangrentadas. Caso cerrado.

Han pasado varios años y sigo aquí, encerrado por un crimen que tal vez cometí aunque ni siquiera logro recordar cómo ocurrió. En el fondo de mi corazón sé que debo estar encerrado y que está bien descargar en mí todo el peso de la culpa, eso parece ser lo correcto. Lo único que pido es que me tengan algo de compasión, no por la condena que debo pagar tras las rejas, sino porque desde el día de su muerte no he podido dormir tranquilo. Cada vez que cierro mis ojos veo los suyos, que no son los de la mujer hermosa que conocí en el café, son esos horribles ojos desorbitados y sanguinolentos de Medusa.

LA VAGA SONRISA DE EFEBO

Olga Echavarría



Con los ojos apretados, con la voluntad postrada ante deidades escurridizas de rostros desganados, ruego: *que este brazo que me estrecha no sea más este montón de músculos tensos, sino otro brazo, el de él, más delgado, más pálido.* El brazo avanza, la mano parece desprenderse como una flor que se desgaja, los dedos tientan torpemente el broche del sostén, pero se detienen con sorpresa ante el suspiro de tedio que dejó escapar sin proponérmelo. Contengo la respiración, procuro asfixiar aquel gesto, para hacer que lo olvide o lo ignore, para que se alejen las palabras siempre necias e inoportunas. Cuando fluye la sangre, los dedos abandonan la crispación y los siento hundirse en mi piel. *¿Y si ese aire cálido en mi nuca fuera su aliento?* Me disgusta y sorprende el recuerdo de su aliento a medicinas que me hace apretar las piernas y contener los impulsos que producen mi sexo.

“Antonio”, lo llamo, pronuncio ese nombre con un fervor que me envuelve en un fuego de llamas frágiles como los vapores de un sueño.

Entonces sucede: el cuerpo que se revuelve a mis espaldas, cuyos músculos han brotado con una perfección de Efebo, gracias a los bloques de plomo del gimnasio, se hunde en un letargo del cual emerge, poco después, alargado y disminuido; la piel dorada palidece de manera que tras el blanco ceniciento se divisan los caminos azules de las venas, me doy vuelta entre gemidos ansiosos, *siempre que no hable*, y entonces siento aquel regusto a medicinas en el fondo recóndito del beso y el abrazo delicado, sin fuerzas, sometíendome al ritmo desmayado de su deseo.

Como otras veces, con caricias furtivas cargadas de culpa y desconcierto, palpo su sexo y su trepidación me conmueve. Bajo las sábanas, los dedos nudosos y alargados descubren mi cuerpo para despojarlo de la envoltura gastada matrimonial. El encuentro total de mi piel con la suya confirma su presencia, áspera por el contacto de las sábanas acartonadas y las camas frías del hospital. Adivino una sonrisa vaga en su rostro mientras me busca y yo me dejo encontrar con los ojos cerrados para no deshacer el sortilegio. Cuando mis piernas lo envuelven, parece languidecer, pero luego me asalta. Al fin está dentro de mí, siento cómo renace y muere en cada embestida, veo los ojos apretados y la vaga sonrisa que destella en la oscuridad.

“Antonio”, la invocación suena extraña, como si hubiera salido de mi garganta y no de mi mente, *pero no lo dije en voz alta*, creo que no... él continúa su viaje impasible, ajeno y distante, alejándose más y más, a medida que su ritmo disminuye. Cuando se tiende a mi lado parece un ángel extenuado. Quiero detener este instante, pero es inútil. José emerge victorioso, rozagante y perfecto del vaho que abandona Antonio en el lecho. Se incorpora de un salto y camina con su balanceo de Adonis hacia la cocina, acariciado por las luces exteriores y el aire de la madrugada.

“Antonio”, ya no sé si lo he llamado en voz alta, como lo hice otras veces bajo el naranjo, viejo y retorcido, donde solíamos encontrarnos en las noches más oscuras, allá en la finca; cuando me cuidaba en los caminos solitarios de la vereda, en los bosques de pinos que bordeaban el río, cerca al corte, donde la tierra abierta en surcos para la siembra exhalaba vapores que aspirábamos ansiosos, mientras escarbábamos en nuestras ropas.

La presencia de Antonio lograba alejar mi temor a la oscuridad por el contacto tibio de su cuerpo. Su voz que flotaba como un hada en la penumbra del monte, prometía desaparecer el temor, *no tengas miedo*. Llevaba mis manos a su rostro pálido, a sus labios, a su cuerpo, ése que mi madre procuraba robustecer con sus mejunjes caseros.

Escucho a José canturrear en la cocina con la boca llena y siento un vértigo repentino de rabia y desconsuelo. Es obvio que ya no le preocupa el primo que creció conmigo en el campo, el primo Antonio. Sabe que el avión que trae a tía Teresa y tío Julián ya aterrizó; sabe de la decisión que han tomado. Se sentirá aliviado porque no tendrá que seguirme más a aquellas reuniones familiares, no tendrá que quedarse a mi lado como un centinela, participando sin entusiasmo en las conversaciones con Antonio, ni estará pendiente de nuestros gestos y miradas, para descubrir algún código, exclusivo e íntimo, que confirme sus sospechas.

Trato de incorporarme, pero una presión terrible me aplasta contra las sábanas. Amanece. La escasa luz me muestra, en el borde de la ventana, un regalo de Antonio: uno de aquellos libros prohibidos, con la pasta suelta y los bordes raídos. Veo mi falda de colegiala, mis dedos que juegan con los lazos del cinturón, los brazos de Antonio rodeándome, su boca muy cerca de mi oído: *un regalo*. Antonio puso el libro sobre mi regazo, traté de besarlo, pero entonces sus labios huyeron de los míos y yo me quedé esperando esa caricia que me negó, sin sospechar que nunca sería posible. No hubo más encuentros bajo el naranjo, sólo ausencia y hastío. En vez de acecharme en la oscuridad, Antonio buscó mujeres forasteras y jóvenes holgazanes que deambularon con él, en las noches sin luna.

Todavía siento el olor de las flores que mi madre acomodó con disgusto, en el jarrón de la sala, el sábado en que discutió qué hacer con Antonio; yo, que procuré mantenerme serena cada vez que ella mencionaba que debería estar con sus padres, rogué a ese dios de mi infancia, a ese viejecito barbudo, que alejara de su mente aquella posibilidad; sin embargo, al día siguiente, Antonio partió a su casa. Llevaba de mala gana su traje de domingo y el semblante más pálido que nunca. Todo envejeció de pronto como envejece

ahora este lugar, este apartamento que, alguna vez, José y yo procuramos convertir en un hogar.

Poco después Antonio huyó de casa de sus padres. Comenzó a llevar el pelo largo y a usar ropas extravagantes. Su voluntad era, ahora, esquiva y subversiva. Yo, en cambio, me convertí en la muchacha perfecta que avanzó paso a paso en la dirección correcta; José vino a completar la farsa con su figura de Adonis y el talante sereno.

Ahora todo es patético, se ve gastado, como un objeto de utilería, la función terminó y me encuentro como si estuviera de espaldas sobre la arena sucia de un desierto.

José continúa con su rutina. Para él es sólo otro día. En traje de oficina se acerca al espejo para pulir su peinado, me mira de reajo sin pizca de inquietud en los ojos. Ya no más *qué pasa contigo y Antonio*, no más *no deberías tratar a ese vago putero*, no más registros a mis cosas para encontrar rastros que me delaten. Quemé las cartas y postales por temor a que José, en su sospecha, acabe por descubrirlas. Ya ni siquiera consigo evocar las ocasiones en que fingí abrazos y caricias fraternas para acercarme a él. Se encuentran borrosas en mi mente como sueños. Sólo persiste el recuerdo de aquella tarde en casa de tía Adela, hace apenas unos meses. Abuelo Pedro agonizaba en una de las habitaciones del fondo, mi madre y mis tías cuchicheaban en la cocina. La luz anaranjada del verano hacía ver la casa hermosa, irreal. Sentada junto a Antonio en la banca de cemento, frente a la fuente seca del patio, simulé una congoja excesiva para apretarme más a él. Mis dedos recorrieron sus anillos de demonios cornudos y calaveras, él me relató sus correrías, habló de sus negocios dudosos, de su renuencia a ser padre y me lanzó de nuevo la pregunta, como si hubiera clavado un dardo en mi pecho: *¿Por qué no tienes hijos con José?* La respuesta me aguijoneó por dentro, pero fui incapaz de emitir una palabra; mis sentimientos por él, que siempre consideré tan sublimes, parecieron vulgares, ridículos, sucios. En la mirada de Antonio había una intensidad inquietante, pero ante la duda recurrí al rencor, al recuerdo de aquella indiferencia que me hizo pasar noches enteras sin dormir, llorando en silencio: el chillido enloquecido de los grillos junto al naranjo, las horas de espera en vano y,

luego de su viaje, mis inútiles rezos, mis promesas falsas a los santos polvorientos de la abuela pidiéndoles con desesperación que me lo regresaran.

Sus llamadas y sus cartas fueron esporádicas, en ellas eludió siempre mis preguntas, mis insinuaciones. Narró sin pudor sus aventuras, me mostró cómo su espíritu continuaba la fuga hacia un destino diferente del mío. No puedo dejar de reprochar mi actitud aquella tarde, pero mi orgullo, mi fabricada y artificial dignidad, me impidió confesarle que él era uno de los puntales de lo que fue mi vida. He pensado que mi presencia en su vida habría evitado que aquel camión lo arrollara cuando se inclinó sobre la pila de periódicos del puesto callejero.

Frente al espejo, sonrío ante mi propia estupidez. Desde el fondo José me dice adiós con la mano. Lo veo alejarse con el mismo ánimo difunto con el que me despedí de Antonio en casa de tía Adela. Lo vi caminar entre los árboles hacia la carretera y alejarse en una despedida que ya presentía como definitiva.

Un par de semanas después recibimos la noticia del accidente, no estábamos preparados para los días terribles que vendrían: Antonio revolviéndose entre gritos de dolor, las múltiples operaciones, las complicaciones cada vez más numerosas. Me pregunto qué habría ocurrido si aquella enfermera no hubiera cometido la torpeza que lo sumió en ese coma profundo. No sé si habría soportado verlo sufrir por más tiempo, si habría podido callar como todos estos años, como callo ahora que mi madre y mis tías me ven acariciarlo mientras está tendido en la cama, y le comentan a los médicos: *eran como hermanos*.

La mañana se ha inflado con el trajín de los carros y la gente en la calle, el luto me llama desde el armario. La hora se acerca. Inicio mi súplica despacio, recordando a los santos de la abuela embadurnados de laca y rodeados por flores rojas de papel, espero que tras la última sílaba ocurra el milagro, pero en el fondo de mi boca se halla la respuesta y el hechizo muere estrellado contra el cerquillo húmedo de mis dientes.

El tictac del reloj se burla, mi traje negro se inclina y hace una reverencia, puedo verlo aunque no quiera: el aire de pesadumbre de

todos en la habitación, tía Teresa y tío Julián acercándose al rostro pálido de Antonio para besarlo por última vez, antes de desconectar el respirador artificial. Siento un enorme dolor, una oscuridad terrible, cayendo sobre mí como una montaña de acero.

LAS MANOS MANCHADAS DE SANGRE

Libardo Caraballo Blanco



“Tic tac el tiempo se acabará y entre mis manos tu sangre correrá, duerme tranquila y sueña feliz, que al despertar estaré aquí, con tu cuerpo disfrutaré y de placer me saciaré”. Era mi canción favorita, la cantaba mientras mis víctimas dormían bajo el efecto del cloroformo.

Alguien una vez dijo: “si lo hacen una vez, las siguientes serán más fáciles” y creo que tenía razón, no sabe lo que sufrí las horas siguiente a mi primer crimen. Sentí que el mundo era un inmenso abismo con una gran lengua que quería tragarme, fue muy difícil. Después, las cosas se tornaron tan fáciles, que cuando recuerdo la primera vez, siempre termino riendo a carcajadas.

Está bien, está bien, se lo contaré desde el principio. Esta empresa la inicié hace unos quince o dieciséis años, si no estoy mal, y creo que mi primera víctima fue la pequeña Angie: tan dulce que llegaba a empalagarme. Recuerdo que estaba en el ático arreglando mi reloj despertador cuando entró fanfarroneando por el obsequio que le habían comprado papá y mamá. Me acerqué a ella con una sonrisa y un gesto de curiosidad en mi rostro, para ver lo que traía

en sus manos, así que no le di tiempo de pensar que había algo corrupto gestándose en mi mente en contra de ella. Al acercarme, la tomé por el cuello y la lancé contra la pared, rebotó, y al ir cayendo al piso se dio en la cabeza con el borde de un baúl viejo. La sangre brotó de su cráneo y reptó lenta por el piso. Esa imagen ennegreció mi mente y mis ojos solo veían una masa oscura barnizada por una estela rojiza que danzaba tenue sobre ella. Estuve junto al cadáver por horas, acompañado de visiones proféticas de mi futuro. “Soy muy joven para ir a la cárcel, mis padres me odiarán”, dije estas y otras estupideces, mientras escuchaba el tic tac del reloj despertador retumbar en mi mente, a medida que el segundero giraba y se armonizaba con los latidos de mi corazón.

Tomé el cadáver de mi hermana, lo llevé a su habitación y limpié todos los rastros de sangre.

Cuando mis padres llegaron, les ofrecí un vaso de jugo de durazno cargado de pastillas para dormir, de las que usaba mamá. Luego les conté lo que había hecho con Angie. Mi madre no podía creer lo que escuchaba y comenzó a llorar histérica; mi padre se levantó para golpearme, pero no pudo, cayó al suelo: las pastillas hicieron efecto.

Los arrastré hasta su habitación, los vestí con sus ropas de dormir, fui al sótano, encendí la calefacción que andaba con problemas en el regulador de temperatura y el resto de la historia ya la sabes, fue muy sonada en la ciudad. Recuerdo el titular de un periódico que decía algo así: “Joven sobrevive tras explotar la calefacción de su casa, padres y hermana mueren en los hechos” y no sabes cuán feliz me sentí.

Era la primera vez que me reconocían, aunque indirectamente, algo que forjé con mis manos.

Eres la primera persona a la que le cuento esto, y por ello me estoy condenando, pero como decía mi sabia abuela: “nadie da puntada sin dedal” y es algo que siempre llevo presente, o por qué crees que aún estoy libre.

Una pregunta: ¿Por qué aceptaste entrevistarme? Ah, ya veo, todos ustedes son iguales, sólo quieren fama y ganar cada vez más dinero. Qué superficiales son.

Yo, sólo quiero que la gente me recuerde como a Manson o Bathory, no lo hago por dinero ni por otras banalidades humanas, pero nos estamos desviando del camino que habíamos trazado para esta reunión, así que continuemos.

Tras mi “tragedia” y al no tener más parientes, fui llevado a un centro de adopción, de donde solo salí al cumplir la mayoría de edad. Nadie quería adoptar a un joven; las parejas por lo general prefieren niños de entre uno y cinco años, y es que se hace más fácil educar a un niño de cinco que a uno de quince, pero bueno, eso no es el eje de mi historia.

Estando en ese lugar, llegué a pensar que lo ocurrido en casa había sido un ataque de ira producto de la envidia hacia mi hermanita, pero estaba equivocado. A los dos meses de estar allí, llegó una jovencita hermosa que flechó mi corazón con solo ver su reflejo en el cristal que limpiaba, a razón de las labores diarias de aseo del lugar; al voltear y verla realmente, todo lo que sentí fue reafirmado.

Dejé que pasaran varios días y se adaptara al lugar para así evitar presiones e incomodidades en ella, en ese tiempo traté de averiguar sobre su vida y las causas que la llevaron allí, pero no encontré dato importante: una chica más abandonada por sus padres.

A la semana y media de haber llegado, me le acerqué y comencé a hablarle, después de varios meses, fue la primera carne de la que me jacte de placer y vaya qué momentos (oh... sus gemidos y la dureza de sus pezones), pero las cosas no duran para siempre. A los seis meses de estar juntos en el placer, me dijo que estaba embarazada, sentí un vacío en mi pecho al escuchar sus palabras y con una gran sonrisa fingida en mi rostro le dije que todo estaría bien. Planeamos la escapada del hogar para evitar ser echados, para un sábado 22 de marzo. Le dije que nos encontraríamos tras el huerto, donde había estado trabajando los últimos días. A la hora acordada llegó y con una voz fría y delicada le dije —¿crees que dejaré las comodidades de este lugar por huir contigo y eso que llevas en tu vientre?— y solté una carcajada —¡que estúpida eres!— comenzó a temblar y cayó de rodillas frente a mí, floraba, decía lo mucho que comenzaba a odiarme. Tomé la pala, y cuando daba la vuelta para regresar a la casa, la estrellé contra su cráneo una y otra vez. Fue un hermoso batido el que hice con su cerebro. Para todos los del

lugar, escapó en la noche; para mí, estaba más cerca de lo que ellos pensaban, abonando la tierra que nos proveía los vegetales usados para preparar las comidas. Después siguió la enfermera Goldi y la madre Elena, muy buena las dos, pero no tanto para mí: aún retumba en mi mente el alarido que invadió los rincones del centro de adopción cuando descubrieron a la enfermera descuartizada en su habitación, y a la madre Elena semidesnuda y degollada en su baño.

Fue en ese lugar donde descubrí mi labor en el mundo. Por lo que me tracé la meta de ser el mejor y más reconocido de todos, algo que he logrado con creces o usted no estaría aquí escuchando mi historia. La periodista más famosa y reconocida del país. Pero dejémonos de habladurías y sigamos, que el tiempo es oro y nunca hay que malgastarlo, usted debe saberlo mejor que yo.

Antes de seguir, una pregunta para usted y perdone que me contradiga, pero es que estoy muy emocionado por esto: ¿tiene hijos? ¿No?, pero cómo puede ser posible que una mujer tan hermosa y de éxito como usted no los tenga, eso pasa cuando se ciegan por conseguir cosas que duran menos y son tan infelices, como el dinero. ¿Acaso no le parece hermoso ver crecer a un ser de nuestra propia sangre y enseñarle todo lo que hemos aprendido en nuestra vida? Me refiero a personas como usted que ha de tener muchas cosas hermosas por compartir con sus descendientes, yo no tendría nada bueno por enseñar, pero bueno, cada cual con sus cosas. No me mire así. Estoy hablando de algo que realmente siento, aunque no le parezca.

Está bien, continuaré. Supongo que le interesa cómo lo hice puesto que las víctimas ya las conoce. Después de salir de aquel lugar, en donde estuve por cuatro largos años, entré a trabajar a una tienda de música, pero por diferencias con los clientes y el dueño, sólo estuve allí unos cuantos meses. De allí pasé a trabajar como fotógrafo y esta fue la labor perfecta que encontré para descubrir a mis futuras víctimas y pasaporte a la fama. Ahora recuerdo a Martina Luna, esa mujer tenía más sangre que el banco del hospital central, tuve que empacarla en cuatro bolsas antes de lanzarla al río del lado oeste de la ciudad. La conocí un día en el parque mientras fotografiaba a una anciana que alimentaba los patos que llegan en ocasiones a descansar. La veía tan agobiada y afligida por el tiempo

sobre ella, que le planeé un dulce final con el que la liberaría de todos sus males, pero la *miss* Luna llegó ufanándose de su trasero ante mi lente y no me quedó más remedio que darle lo que para la anciana había estado urdiendo. La llevé a las bodegas de la avenida 52 donde se encontraba mi “estudio fotográfico” y le enseñé a no meterse donde no la habían llamado, recuerdo que cuando corté su cuello, la sangre me bañó toda la camisa, eso me hizo enojar tanto que le di tantas patadas que al final solo sentía una masa de carne y huesos en el costado derecho de su cuerpo.

Pensándolo bien ahora, nunca asesiné a alguien que había elegido con anterioridad, sino al que se aparecía a último momento, fuese él o ella, siempre y cuando las condiciones fueran favorables. Tengo que aclararle que esto fue cuando me dedicaba a la fotografía; al dejarla, comencé a elegir mis víctimas al azar, y fue así como apareció el cloroformo y aquella hermosa canción que le canté al principio de esta conversación. De esta manera fue que entendí el sentido de asesinar. Es algo complejo, pero intentaré explicarlo: cuando la víctima duerme el efecto de esta sustancia anestésica y profanas sus carnes fogosamente, te das cuenta que has muerto y que la única forma de sentirte vivo es haciendo tales actos. Por ello, asesinar es tomar el hilo de plata de tu víctima y hacerlo tuyo hasta que se agote el jugo vital que te provee. Al principio es duradero, pero después te haces tolerante y quieres más y más. Es una adicción demoníaca, pero placentera.

Pasaron cuatro horas o más, mientras le contaba a la gran periodista Jennifer Ramos, toda mi vida de asesinatos. Me levanté, tomé una copa del vino que había en el mini refrigerador de la habitación y se lo ofrecí. Fui al baño e hice mi acostumbrada labor antes de caer sobre mi víctima. Salí y aún seguía sentada en el sillón, de espaldas a mí, con la copa en su mano izquierda y el bolígrafo en la derecha, me acerqué y susurrándole al oído le dije —lo siento, pero el último hálito de vida tomado acaba de irse—, mientras bloqueaba sus cavidades respiratorias externas con mi fiel pañuelo humedecido con la sustancia del sueño. Tomé sus notas y las guardé en mi bolsa, la eché sobre la cama desnuda y comencé el acostumbrado mete y saca en sus carnes. Me quité el reloj, marqué la hora, en su oído lo coloqué y entoné mi acostumbrada canción

«Tic tac el tiempo se acabará y entre mis manos tu sangre correrá, duerme tranquila y sueña feliz, que al despertar estaré aquí, con tu cuerpo disfrutaré y de placer me saciaré».

Cuando comenzó a abrir los ojos, el cuchillo atravesaba su pecho una y otra vez, hasta sentir la vida en mí nuevamente. Me lavé y me fui.

Al día siguiente, los titulares de las noticias me llenaron de gloria: “El asesino del reloj volvió a atacar, la inteligencia de este sujeto es tal que tras doce años de asesinatos, aún no ha sido capturado ni mucho menos identificado”, decía el encabezado de la foto del cadáver. Noticias como ésta son las que me motivan a seguir haciéndolo, pero ya estoy cansado y creo que es momento de terminarlo.

“Un, dos, tres: la de rojo esta vez”, fue de esta forma que conocí a Valerie, una hermosa modelo ocasional y tutora en un jardín infantil por las mañanas, salí con ella varias semanas, y fue la primera vez que sentí las mariposas revolotear en mi estómago, la chica del hogar de paso sólo me aceleró el corazón, por lo que con Valerie tenía que ser más especial.

La noche del 22 de julio la llevé al hotel Arcoíris, para pasar un momento inolvidable, como le dije. Después de unas copas de vino, la pasión se apoderó de la habitación y fue maravilloso, pero no más que lo acontecido después. Cuando estaba peinándose el cabello a un lado de la cama, fui al baño y regresé con mi amigo el pañuelo, lo llevé a su rostro, pataleó y luchó por unos instantes, pero al final cayó rendida ante el poder de la sustancia del sueño. La tendí sobre la cama y le canté mi canción premortem; mientras lo hacía, miré por la ventana que daba a la parte trasera del hotel y vi a través del cristal lleno de mugre una luz flamígera danzar delante de éste. Sonreí, y lo que siguió fueron borbotones de sangre que bañaron toda mi humanidad. Me senté cerca de la mesita de noche y llamé a la policía.

Al llegar, me encontraron junto al cadáver desmembrado. Les conté quién era, todo lo que había hecho. Algunos quedaron sorprendidos y otros estrecharon sutilmente mi mano, al simular estar revisando las esposas. En las noticias sólo se hablaba del relojero asesino, título que obtuve por mi perfección y por dejar siempre

un reloj con mis víctimas que marcaba la hora en que morían, el más célebre de todos los criminales de la historia. Me sentí feliz, había logrado lo que hacía quince años atrás me había propuesto. Ahora en esta celda y frente a usted padre, espero la muerte de esta carne putrefacta y corroída por el mal, para ir al infierno y ocupar el lugar que merezco. Ya no escucho el tic tac, todo es silencio a mi alrededor.

LOS INMORTALES

Juan Mares



La pregunta circuló entre países, regímenes e ideologías: “¿Quién dio muerte al presidente egipcio?”. Para Egipto fue un soldado del ejército, no el Ejército. Un soldado musulmán, ortodoxo. Y el mundo así lo asumió. Este hecho voló entre hojas de varios calendarios y se ocultó como fibras de telaraña en nido de macaues.

Comentario de un poeta de vereda

Estaba de guardia. Eso fue por 1977, en una finca aledaña a La Ciudad de la Eterna Primavera. El soldado se había piteado su pucho, su torito, su canelo seco con las hebras de la mona, su porrito. Tenía domado al tigre y se quería comer el cuero. Con la mirada como hechizada, estaba entre emotivo y obnubilado de no sé qué luz de luciérnaga y hacía tiro seco tras la espalda del “Elegido”. Éste se mecía en una silla. Aquél era parte de la guardia presidencial, improvisada con un pelotón de la PM de aquella ciudad.

Pero no todo fue al azar. El dragoneante pasó su ronda estricta de disciplina campesina como lo había aprendido de su padre. Oyó

como un martilleo de gatillo en tiro seco. Vio luego, cómo el PM de guardia apuntaba desde el faldón, entre rastros y pomeros, hacia el centro donde se hallaba el disco duro del país. Y pudo ver bajo la luz de la tarde de aquel día, la absoluta indefensión de un hombre público ante un individuo del montón sin ruta ni destino. Se dio cuenta de cómo un motor nos puede dejar a oscuras cuando le falta pistón, o una arandela rota se tira un tornillo y éste el motor de la democracia.

El dragoneante "Chorlito" llegó y observó al soldado que tarareaba con su índice derecho, el percutor del G3 para veinte cápsulas de bacalao por chirrete. Le observó sus ojos abotagados y sintió cómo los efluvios de María Juana adormecían el vuelo de las mariposas.

—¿Qué novedad tiene el PM?

—Aquí mi dragoneante, con ganas de poner a volar estos veinte enanos sobre la cabeza de Blanca Nieves.

—Mi PM, recibí órdenes de mi teniente para que vaya a descansar.

El soldado fue relevado sin mayor espasmo. La Nación siguió respirando por todos los poros, boca, nariz y pulmones. Pero dos nombres dejaron de ser inmortales.

MI HIJO

Blanca Ligia Suárez Ochoa



A Marisela no le gustaba impresionar con su apariencia personal. Pero esta vez no podía ocultar su desaliño: sus pies arrastraban unas chancletas gastadas, sus largos muslos cubiertos por unas bermudas viejas y sobre sus hombros llevaba un poncho de cenefas tricolor. Su rostro desteñido, sus grandes ojos negros sin brillo, se encontraban empañados.

Miedo y soledad la acompañan en la búsqueda desesperada que empezó al clarear el día, cuando de nuevo no tenía noticias de Richard, su único hijo. A pesar de que no era la primera vez, la mujer esperó el alba para recorrer las calles, los parques y las casas de los amigos, guiada por la última conversación que sostuvo con él en la noche.

Con ansiedad se acercó, como otras veces, al puesto de policía, donde los uniformados, con la mano derecha sobre el pecho, entonaban el Himno Nacional dando inicio al nuevo día. Debíó esperar hasta que rompieran las filas para que la atendieran.

Su corazón latió más fuerte cuando le preguntaron qué se le ofrecía. No alcanzó a responder cuando vio desmontar de una motocicleta al patrullero Becerra, que se dirigió a ella diciéndole:

—Doña Marisela, vengo de su casa, la he estado buscando.

—¿Qué pasó? —gritó tomándolo fuertemente por el brazo.

—Tranquila señora, ya le voy a explicar. Mientras tanto, cuénteme: ¿a qué horas salió su hijo de la casa?

Ella no respondió y el uniformado le indicó el camino hacia la jefatura, allí la volvió a interrogar:

—¿Dónde está el papá de Richard?

—Precisamente vengo de la casa de él, pero no encontré a ninguno de los dos —contestó ella.

Desde los doce años, cuando Richard comenzó a irse de juerga, ella buscaba apoyo en el papá del muchacho, quien se alejó de ellos cuando apenas cumplía el primer año de vida. Se justificó diciendo que no tenía con qué mantenerlos. Además la responsabilizó por no haber sabido criarlo. Siempre la mandó a dormir diciéndole que dejara de ver a su hijo como a un niño: —Lo que tiene que hacer es darle plata para que goce de la vida y los placeres, como lo hago yo.

Con voz de ruego, Marisela le preguntó al patrullero:

—¿Usted sabe de mi hijo? Por favor dígame qué pasó con él.

—Por aquí señora.

—Por favor Becerra, dígame pronto lo que sea. ¿Richard está bien?

Sin responderle, el patrullero se mostró amable y logró apaciguar un poco a la mujer. Ya se conocían, pues en ocasiones anteriores, cuando Richard no llegó a la casa, ella acudió al Comando para que se lo ayudaran a buscar. Lo encontraron en las discotecas del pueblo y por su condición de menor de edad la llamaron y se lo entregaron con el compromiso reiterado, tanto de ella como del muchacho, para que no saliera después de las diez de la noche.

La oficina de la jefatura se congestionó de uniformados y de civiles. Por experiencias anteriores, Marisela entendió que debía sentarse y esperar a que un funcionario civil le leyera apartes de la Ley de Infancia: —Al permitir la permanencia de su hijo en la calle tarde de la noche, infringe la ley—. Igualmente ya conocía las

sanciones a las que se exponía y las actas de responsabilidad que debía firmar para que le entregaran el muchacho.

A diferencia de otras veces, cuando el procedimiento se desarrolló en presencia del joven, generalmente alterado por el efecto del alcohol, esta vez no hubo quien refunfuñara por todo lo que se decía allí, ni quien mirara a su mamá con desprecio a través de unos ojos enrojecidos; ni quien hiciera movimientos torpes de cabeza con actitud soñolienta; ni quien respondiera irónicamente a todo, por estar en desacuerdo.

Si Richard se preocupaba poco o nada por los compromisos escolares, mucho menos iba a preocuparse por las órdenes de su madre. Solitario, buscaba llenar los espacios exigiendo dinero para gastarlo con sus amigos.

Sin la presencia de Richard, Marisela asumió que el funcionario que daba lectura a la ley, la estaba presionando para obtener mayor compromiso con su hijo. Oía distraída y lo interrumpía con frecuencia.

—Richard es rebelde pero es un buen muchacho, acata las órdenes; bueno, las de su papá. Es un padre irresponsable y un buena vida, pero al fin y al cabo es su padre.

El funcionario de pie frente a ella, imponente por su gran estatura, continuó su monólogo sin lograr la atención de la mujer. Ella se concentraba en los objetos que reposaban sobre el escritorio del despacho. Estaba ausente.

—¿Sabía usted que quienes son sorprendidos con armas o productos ilegales y se niegan a detenerse para revisión en los retenes, pueden ser abatidos por la fuerza pública?

Marisela parecía no escucharlo.

—Señora, ¿de quién es la motocicleta que su hijo conduce?

Marisela continuaba ausente y el funcionario le repitió la pregunta. Ella distraída contestó:

—Es de él, se la regaló su papá. Claro, para ganárselo. A cambio lo puso a trabajar como mensajero, le hacía los mandados.

—¿Qué tipo de mandados?

—No lo sé. Richard hablaba de diligencias entre este pueblo y el pueblo vecino.

—¿Qué negocios maneja el padre de Richard?

—Tampoco lo sé. Richard hablaba de los socios de su padre como hombres con poder y fortuna.

El radio de comunicaciones de Becerra interfirió la conversación entre el funcionario de civil y Marisela. El chirrido sólo dejaba escuchar frases entrecortadas. Se alcanzó a entender que alguien decía J7 para J9, mientras el dueño ajustaba la perilla de volumen del radioteléfono.

Cuando el funcionario quiso continuar la conversación, Marisela soltó un grito desesperado. El funcionario observó que ella estaba concentrada en las cosas sobre el escritorio: el reloj y una billetera.

—Son de Richard —dijo ella.

Becerra acudió para controlarla y sin alcanzar a bajarle el volumen al radioteléfono, Marisela escuchó que la requerían para reconocer el cadáver.

SACRO RATING

Sebastián Castelblanco Vera



Estaba Dios aburrido en la perfección del cielo y harto de ver la imperfección humana. Prendió el televisor y se dedicó a saltar los canales. Bostezaba cuando se topó con el espectáculo de un circo muy famoso. En el acto final, el ilusionista es crucificado y luego resucita. Alterado por el intento de engaño, Dios arrojó el control que se rompió en pedazos. Luego se calmó. Él sabía que esos milagros sólo ocurren en televisión.

SOY UN PERRO

Juan Manuel Chávez Lasso



Soy un perro. Hago lo que hacen todos los perros: ladro, orino postes, cuido a mis amos, pienso, peleo, siento, me rasco las pulgas, como, cago, duermo. Ahora soy callejero, pero alguna vez tuve amos. Todos hacemos algo para ganarnos la comida: algunos la conseguimos por nuestra cuenta, a otros se la dan los amos.

Yo he estado en las dos orillas del río.

Estuve tres años con mis últimos amos, pero antes hice otras cosas. Ya soy un perro viejo. Viví en una finca. Me gustaba estar allí, me sentía libre. El trabajo era duro, eso sí, sobre todo en las noches. En la finca había gallinas y conejos. Eran muchos, pero pobrecitos, ¡no podían ni con una chucha! Yo los cuidaba. Ahuyentaba a todos los animales que quisieran comérselos. No era un trabajo fácil. Cuando un intruso llegaba, tenía dos opciones: enfurecerme o fingirlo. La última, me daba el beneficio de intimidar al adversario con mi “bravura” y me ahorraaba la pelea, además, agregaba las buenas decisiones que trae la serenidad; pero si la actuación no era perfecta y el rival me descifraba, estaba en peligro, porque pelear sin rabia es dar mucha ventaja. Ponerme bravo de verdad, me brindaba

el beneficio que el rival leía en mi mirada asesina la decisión de morir (si fuera necesario) y generalmente, huía. Pero también me ponía en peligro, porque sufría una transformación que me impedía conocer la superioridad del adversario. Saber aceptar la derrota y correr, la mayoría de veces es más importante que pelear, al menos si eres un perro.

Yo sabía distinguir cuando alguien pasaba por el camino y cuando alguien entraba a la finca. Una vez sentí que entraron. Salí a ladrarles, pero ellos me sometieron, me amarraron a uno de los troncos de la cerca y siguieron hacia la casa. Mordí el lazo hasta que lo destrocé. Cuando entré en la casa, todos estaban tirados en el piso empapados en sangre.

Supé que era hora de partir.

Recorrí la carretera porque era fácil encontrar casas a su costado y allí siempre me daban algo de comer, pero no me pude quedar en ninguna: en todas ya había perros. Ese recorrido me fue acercando hacia un lugar que desconocía y que me impactó: la ciudad. Deambulé solo en la ciudad. Después me uní a una manada y así sobreviví otro año. Hasta esa vez que tres hombres sentados en el parque ubicado al frente de la galería, me tiraron un pan. Cuando me acerqué para comérmelo, uno de ellos me empezó a acariciar mi pelo sucio, los demás lo siguieron. Me quedé con ellos y cuando se pararon para irse, yo regresé a reunirme con los demás perros. Los hombres me llamaron con señas. Supé que si me iba con ellos tendría que dejar mi manada para siempre. La idea de volver a tener amos me sedujo.

Esa noche dormimos debajo de un puente. Yo antes lo había hecho, pero allí me sentía muy bien: ellos prendieron fuego con algunos cartones y no había que preocuparse por la furia del agua: por debajo de aquel, sólo pasaban carros. Una noche vinieron unos policías y mis amos tuvieron que salir corriendo, yo me fui detrás. Después aprendí que una de mis tareas era avisarles cuando aquellos vinieran. Dormimos en un parque. Nos levantamos tarde y fuimos a otro parque.

Las personas tienen una forma particular de alimentarse, nosotros buscamos comida, ellos buscan dinero. Pero es lo mismo. Hay dos formas de conseguirlo: regalado o cazado. En el primer caso, se

acercaban a alguien, estiraban la mano y decían algo; algunos se lo regalaban y otros no. Cuando era cazado, también había dos formas: la sigilosa y la grupal. En cualquier caso, primero escogían a una persona (creo que lo hacían solo con las miradas). En la forma sigilosa, uno de ellos se acercaba, cogía la cartera y se alejaba fingiendo que nunca había estado cerca de esa persona. En la grupal, entre los tres la rodeaban, cogían la cartera y los objetos que valieran tanto como el dinero. Cuando los veía, recordaba mis tiempos en la finca, porque allá a veces era suficiente con ladrar, pero a veces era necesario morder. Ellos hacían lo mismo, sólo que... ¡pobrecitos!, como no pueden usar sus dientes porque son muy pequeños y sin filo, entonces les tocaba usar cuchillos.

En la caza, a veces teníamos que huir; yo iba adelante abriéndoles paso con mis latidos hasta que nos sentíamos seguros; ese era el momento de descansar.

Recordaba que hacíamos lo mismo en la galería para conseguir comida. Meneábamos la cola a alguien que llevara pan, y a veces nos tiraban uno. También uno de nosotros podía entrar a una carnicería, y coger huesos de un tarro; o podíamos atacar a una manada más pequeña o a un perro solitario y apoderarnos de su comida. Con mis amos estuvimos mucho tiempo repitiendo la misma rutina.

Yo estaba con ellos pero me podía ir cuando quisiera, no como esos pobres perros que viven en casas. Me sentía bien con su compañía, eran generosos con la comida. Pero había algo más, algo más fuerte. A veces, alguno de ellos se ausentaba por uno o dos días. Cuando volvían, se ponían muy felices de volver a verme, y ellos casi nunca estaban felices. Eso, más que todo, hacía quedarme, hacía sentirme importante y querido dentro de la manada.

Una noche dormíamos debajo del puente y cometí un error: avisé tarde que venían los policías. Ellos llegaron como siempre: a golpearlos. Nunca supe si mis amos tenían amos, pero si los tenían, eran los policías: ellos les daban órdenes y los castigaban, aunque no les daban comida. Pero esa noche fue diferente porque se los llevaron en un carro. A mí me pegaron con los bolillos y tuve que salir corriendo. A la mañana fui a buscarlos al parque y no estaban, me quedaba la opción del puente, tal vez hubieran regresado. Si no estaban allí, tendría que volver con la manada. Ya no soy el

mismo, ahora ocuparía el lugar de los perros viejos. Cuando llegué al puente, los vi de lejos y ya quería recibir sus cariños como en las noches frías. No pudieron. Al igual que mis amos de la finca, los encontré bañados en sangre.

CARTAS A LOS CIEGOS

Juan Camilo Botía Mena



Dobló cuidadosamente por la esquina de la calle 37 después de haber entregado cinco cartas, dos cajas de mano y una postal en las callejuelas del viejo centro.

Entró por la puerta principal de la oficina. La sala de espera estaba desierta e inútil, no había un solo cartero esperando turno, tomando café o leyendo el periódico. En el despacho, un cartero viejo con el bigote enmarañado se aliviaba de ver al primero de los suyos. Abrió la boca y con vigor, dijo que su bolsa estaba vacía y quería entregar más correspondencia. La cara del anciano dejó entrever un abanico de arrugas y una sonrisa sabia; y con la mano abierta, le hizo una señal de espera. Más tarde, en un tembloroso compás, regresó el viejo con una carta en la mano izquierda.

“Sólo tenemos esto”, comentó el viejo, ronco. Y le entregó un sobre blanco con franjas rojas y azules en los bordes.

El cartero dio las gracias, media vuelta y salió recio buscando orientarse. Afuera había llovido la otra noche y el sol consumía las humedades que ahogaban el pavimento. Se paró en la primera

esquina de la calle 42; miró los datos del sobre: “Director Clínica de Ciegos. Calle 57 # 15-06”, y se echó a andar.

Emprendió la marcha en un júbilo alegremente controlado, manteniendo el ritmo con los pies. Estaba contento: los pliegues rudos del saco, los bolsillos, su recto pantalón de lino oscuro, los dos soles de charol que llevaba por zapatos, la gorra con líneas de plástico negro y una chispeante placa dorada en forma de halcón, le armaban una especie de armadura. Sin detenerse, silbaba, empuñaba las rodillas y con las manos delineaba figuras marciales que terminaban enrollándose en forma de puño. En medio del regocijo, el dibujo de su cuerpo en el suelo iba uniéndose sin tregua a la sombra de los árboles secos, soldándolo firmemente con la extensión de su trayectoria.

En la clínica de los ciegos no hacía calor, sino ráfagas densas de

enfermos fue organizada a su derecha. Los miraba con lástima, mientras movía el cuello para zafarse del ambiente febril que se había tomado la sala. Volvió a mirarlos juntando las manos, pensó que no sabrían dónde estaban; quiso preguntarles qué veían, si un negro perpetuo y denso, o un blanco reluciente y limpio. Los ciegos movían dramáticamente la cabeza en direcciones aleatorias mientras la quietud reinaba en el resto de sus cuerpos: las manos y las piernas parecían piezas quebradas. Uno tras otro fueron iniciando despliegues musculares con el cogote, batiendo la cabeza como buscando la fuente de sus maldiciones, meneándose en la individualidad que significaba la calma de sus pescuezos. Entre maravillado y nervioso soltó los brazos, consiguiendo una serenidad brutal que terminó dejándolo sonso. Repetía los movimientos de los ciegos, implorando explicaciones con curvas en los ojos.

La última enfermera de la primera planta se marchó escaleras arriba y taconeó un planchazo en el último de los escalones, y, enseguida, culpa del ruido, todos los ciegos fijaron violentamente sus rostros en el cartero. El sonido crujiente de las nuca giradas le conmovió inmediatamente. Su cuerpo se sacudió abrupta pero suavemente, borrando su posición de espera paciente. Se incorporó, arrasando la suela de los charoles, que chirriaron contra el piso anémico de la sala. Le invadió el asco, y se sintió incómodo. Ojeaba buscando otro cuerpo sano para aliviar sus sospechas de delirio, pero la primera planta estaba despoblada. Entonces, agotada la esperanza del auxilio, volvía sus ojos a los rostros de los ciegos, como respondiendo a una cortesía profesional. Los enfermos iniciaron respiraciones conjuntas, jadeando curiosos, dirigiendo toda su hostilidad hacia el cartero. Comenzaron a sudarle los pliegues de piel, arqueaba las piernas en forma de tornillo y las frotaba para calmarse, palmoteaba percusiones sin son en el pecho y los muslos, se rascaba la nuca, los brazos, la cara; se comía las uñas con una desesperación lenta.

“Por Dios: cinco ciegos me están mirando” dijo para sí, meciéndose sobre su butaca, traqueando los dedos.

No podía irse, tenía el bolsillo del saco con la carta del director. Era su trabajo. Un compromiso. La espera seguía, y los ciegos accionaron las manos en orden. Una intermitencia progresiva fue plegando sus brazos, que se batían como antenas de insectos.

Tibiamente fueron separando los labios y balbucearon, reproduciendo sonidos entrañables. El cartero sintió un río de libélulas muertas en la espalda. Quiso agitarse, pero el pánico se había cosido con el lenguaje de su cuerpo.

Perturbado y buscando poner sus ojos vivos en otra parte, se llevó las dos manos al bolsillo que guardaba la carta, rompió el brochecito con obstinación y caló hondo arrugando el sobre. Armó una pinza con los dedos y sacó la carta. Necesitaba disiparse y no había sino eso. Tomó el sobre y lo miró, ignorando por primera vez el escándalo ciego de la derecha. Se apresuró y rompió el sobre con impericia. El rasgueo del papel le dejó inquieto. La carta en una mano, un trozo de sobre en la otra. Una soberana paz atravesó su cuerpo de hombre, y fue cerrándole los párpados.

Sin ver, fingió no recodar el color de cabello de los ciegos, creyó hundirse en la colectividad de la enfermedad y se convenció del contagio. Se sintió ciego y vulnerable. Sus oídos se afinaron contándole la ruptura de los enfermos, que iban callándose simultáneamente. El silencio que acompañó su llegada regresaba refrescándole la cara, secándole el agua salada de los dedos y la frente. Los diálogos absurdos cesaron, un ventarrón seco entró en la sala. Con los ojos abiertos, volvió la mirada a los ciegos, que ya tenían las manos quietas sobre los muslos, y las cabezas mirando al piso.

EL PADRE DE MENORES

Oswaldo Adalberto Obando Andrade



Samaniego años sesenta

Debía de tener once o doce años cuando miré a mi tío como se mira a un actor; iba fastuosamente arrellanado en el asiento de cuero de su camioneta roja. Daba vueltas alrededor del poblado. Lo veía como a una estrella de cine montado en su carro antiguo, un cabriolé o un cupé; al volante, imperioso, flemático y con unos mechoncitos de pelo sobre la frente mecidos por el viento. Y él seguramente me miraba como a un insecto, porque al pasar en su flamante coche, yo cruzaba la calle a propósito, para hacer mohines ridículos: abría la boca y agitaba los brazos para que me viera, pero él seguía de largo, con un rictus de placer dibujado en su rostro. Pensaba que otro día quizá, me subiría a su carro; un viaje en carro por primera vez. Con permiso de él, o de una manera oculta yo quería montarme en su camioneta. Intuía un placer desconocido y deseaba experimentarlo aunque tenía que aventurarme al riesgo de ser sorprendido por el Padre de Menores. En varias ocasiones nos había quitado las canicas de cristal cuando jugábamos al *neto* en la calles de tierra;

Llegaba corriendo, con un cinturón de cuero en la mano y vociferando amenazas terribles: “pandilla de ociosos, los cogeré a todos y les daré veinte latigazos a cada uno” nos decía mientras recogía del suelo nuestras canicas. “Vayan a estudiar a sus casas, esbozos de perdición”, nos gritaba de lejos, impotente, porque no podía igualarnos en la carrera.

En esa época, mi pueblo todavía era pequeño, con casas de bahareque y techos de teja; en los arrabales las barracas eran de tierra retacada y los techos de paja. La vida discurría como un remanso de ensueño y fantasía campestre, y la gente era humilde y sincera y se ufana del solaz y la tranquilidad con las que se vivía. De manera que los carros resultaban aparatosos en este panorama idílico, pero para sus dueños eran los símbolos de modernidad y civilización que les conferían prestigio.

Una noche apareció mi tío de nuevo. Yo ya tenía preparado un plan. Con mis amigos lo esperamos agazapados en el reborde de la acera. Pisó el freno y los neumáticos chirriaron. Cuando viró en la esquina aminoró la marcha. Este fue el momento, corrimos agachados y lo abordamos por el parachoques trasero, como volatineros, y nos tendimos en el latón frío del cajón. Estábamos inmóviles. Los carrillos apoyados en el metal duro y el corazón aturdido por la taquicardia. Lentamente fuimos cambiando de posición y quedamos boquiabiertos contemplando el universo lleno de estrellas vacilantes. Una de ellas desgarró su órbita y viajó libre, resuelta y vertiginosa por la autopista cósmica, sin que nada ni nadie pudiera detenerla. Yo no sabía que la gente pide un deseo cada vez que mira una estrella fugaz. Hubiera pedido que aquella vuelta en carro se hubiese prolongado hasta el infinito.

Después de un rato recuperamos la calma. Nuestro espíritu díscolo y turbulento se había salido con la suya. Estábamos viajando en carro por primera vez; transportados a un mundo de sensaciones nuevas. Ahora que lo habíamos logrado teníamos que cuidarnos del Padre de Menores; si nos encontraba subidos en la camioneta en lugar de estar estudiando en la casa, primero nos bajaría del carro y adiós vueltas, luego nos atizaría una zurra y después nos llevaría donde nuestros padres para que completaran la muenda.

De cuando en cuando levantábamos la cabeza para mirar a través de la luna posterior el deslumbrante salpicadero de luces multicolores. Nunca había visto un tablero así, lleno de luces titubeantes como estrellas. La radio tenía un botón verde que prendía y apagaba como un cursor electrónico y entonaba las baladas románticas de moda que a nosotros, por no saber de sentimentalismos ni desengaños, no nos conmovieron. Algunas veces mi tío manejaba con una sola mano mientras sostenía con la otra una cerveza que tomaba a pequeños sorbos. Del espejo retrovisor pendía un peluche de dálmata que oscilaba como un péndulo y en el ángulo superior tenía pegada una estampita de la Virgen del Carmen. En la punta del capó viajaba un caballo alado de cromo bruñido. Iba despacio. No parecía tener un itinerario fijo, pero se notaba que buscaba algo o a alguien a juzgar por las insistentes miradas en las bocacalles. Nos paseó por casi todas las calles del pueblo. Hasta llegué a creer que me había visto y me ofrecía un paseo merecido por mi audacia y habilidad para abordar su carro. El viaje se había acabado en ese instante. Mi tío detuvo el carro bruscamente. Un tipo alto, corpulento y ceñudo nos miraba amenazante. Oímos que mi tío le decía:

—¡Padre de Menores, tengo polizones atrás!

No alcanzamos a apearnos; el formidable y truculento Padre de Menores blandió el grueso correón en el aire y cargó contra nosotros, con saña. Todavía no entiendo por qué los correazos caían pesados sobre el metal y no sobre nosotros cuando emprendimos la fuga. Tampoco sé si mi tío sabía que yo iba de polizón en su carro. Lo cierto es que el inoportuno Padre de Menores no pudo, o no quiso, aprehendernos para llevarnos a la Inspección de Policía o al despacho del alcalde.

EL ENCIERRO

Abdón Rodríguez Rojas



¿Quién carajos es este Torcuato que me corrió la butaca?... Don Sinforoso le dio el mando de la gente... pero no me dijo que él es el nuevo caporal... que descansara.

Sentado en su chinchorro, desanimado, confundido, José toma pausadamente un bocado de carne seca y topocho asado con una de sus manos y con la otra sorbe café guarulo.

Algo raro le pasa a mi patrón —continúa corcoveando su mente—. ¿Me irá a botar? Durante quince años me dijo que soy el mejor caporal, mediamos mayo y no hay un solo bicho en los mangones... su palabra vale más que una escritura... ¿pero?

José es el corazón del Hato Cumare. El temor de que don Sinforoso incumpla su compromiso de entregar el último de mayo cinco mil reses a varios compradores agudiza sus ya aceleradas palpitaciones. Además, el hacendado viajó a Villavicencio sin participarle la razón de la presencia de Torcuato. Este se le picurea cada vez que le busca diálogo y los vaqueros andan tan locos como él.

Es caporal por ser un criollo completo. Nadie en los contornos monta, enlaza o vadea mejor. Su fuerte contextura somete a cuanto

cimarrón o padrote se le encara. El trato con los vaqueros es el de un compañero, sencillo y alegre. Tan así que los treinta tomaron la decisión: si José es despedido, los que se irán del hato serán treinta y uno.

Torcuato es un llanero de edad madura, tirando hacia la vejez. Muy delgado, estatura media y piel quemada. Mirada penetrante. Habla con garbo y actúa con energía. Sombrero fino y pantalón remangado. Su trato con el personal difiere del de José por su sequedad, pero sus órdenes son precisas. Fuera del trabajo busca la soledad.

La vida de José es su sabana. Necesita hacerle el lance al tedio que le causa el no poder acariciarla. Con destreza corta y tuerce rejos, y fabrica campechanas. Como buen coplero vibra su cuatro para acompañarse un joropo recio resaltando la bravura del llano. Pero su mística va más allá. Ese cariño hacia la llanura que reboza sus sentidos lo arranca de sí y lo incorpora a la magia del paisaje sabanero. Hombre y paisaje encarnan la "llaneridad", no fabulosa ni subjetiva, sino real y viva, que palpita con su corazón de infinito.

Cada amanecer, sentado sobre el tranquero, despide la noche con un tinto cerrero acariciado por la brisa fresca de la mañana. Extasiado se hace uno con ese universo de destellos maravillosamente irisados sobre pajonales humedecidos por diáfanas gotas de rocío. Ellos al saberse admirados, con altivez, y avivados por apacible airecillo, danzan al compás del concierto de violines armónicamente ejecutados por cientos de pajaritos agradecidos con la vida.

El atardecer también pertenece al tranquero, y José a la lejanía. Penetra en el hechizo de caprichosos pincelazos de mil colores aplicados por el sol agonizante sobre nubes viajeras que en sucesión se trasmutan diseñando fantásticas alegorías. El lienzo toma vida y se adorna con diademas de garzas multicolores que lo surcan en busca de su nido.

Estas vivencias le arraigan la certeza de que la belleza del maridaje, cielo y sabana llaneros, es tal que ni pintor ni poeta podrá describirla. Que es indescriptible... hay que vivirla.

El chismorreo nocturno de los vaqueros le enteran de la actividad del viejo esquelético. Cada día, con obsesión, mira el cielo en todas direcciones, suelta un puñado de tierra polvoreada precisando

así el rumbo del viento. Hace sellar broches, abrirlos más allá, correr una cerca, cambiarla de dirección y, a veces, quitarla. Los últimos días ha estado revisando los mangones de encierro y haciendo construir otros en determinados rincones.

Luego de regar la llanura con el sudor de las yuntas jinete caballo, regresan a casa el 25 de mayo canturreando y silbando tonadas alegres. Sus corceles comparten el regocijo de ir al reposo con un pasitrote rítmico y *zapatiao*. Mientras bañan sus cabalgaduras en el riachuelo, Torcuato informa que en los días siguientes no habrá que *mañanear*. Serán de descanso. El siguiente día madruga a sabanear, solitario, y regresa en la tarde. Los posteriores los dedica a chinchorrear, fumar tabaco y mirar con desmedida atención el cielo de oriente. Siempre huraño.

La reciedumbre de José hubo de ceder a la resignación para esperar que se desenrede su sogá. Los vaqueros en derroche de ociosidad hacen de cada día una chacota: en el original “Festival del Joropo”, compiten con tonadas y baile llaneros. Juegan pite y chorriao. Cuentan las peripecias de cada quien durante la última salida a Villavicencio, y celebran con risotadas las aventuras de Andrés con la *careñeque* y de Tomás con la *patecambio*.

Como pueden dormir hasta que les raye el sol, luego de cenar, sentados en círculo sobre los troncos del rajadero de leña y en delicado abrazo de las estrellas, liberan acumuladas fantasías. Turnándose, relatan espeluznantes apariciones de la Madremonte y del Silbón; ingeniosas picardías de Pedrorremalas y Cosiaca; insospechados prodigios de curanderos y rezanderos que ahuyentan tigres o atraen cimarrones perdidos, calman tormentas o hacen llover, levantan muertos o “reparan virgos averiaos”.

La rutina comenzó a desazonar el tiempo. Los minutos se hacen pesados.

Al clarear el día 29, Torcuato mira con agudeza el cielo que se presenta opaco. De improviso reúne los vaqueros, les ordena ir por el hato y dejar abiertos, sin excepción, todos los broches. Cuando regresan les pide enchiquerar los caballos en el corral de paloapique, el más seguro, sin olvidar además, poner sueltas en sus patas.

Hacia la media tarde se oscurece el cielo. Densa rumazón anuncia lluvia inminente, quizá acompañada de tormenta. Esto es

natural en la llanura. Por tanto, los hombres comienzan uno a uno a guindar sus chinchorros para esperar echados en ellos, si el viento no apaga la candela, el llamado a cenar.

La lluvia pierde su ritual. Impulsados por un chubasco huracanado, aislados goterones en oleadas castigan la sabana, mientras la atmósfera se tiñe de un negro tenebroso. Mil látigos de fuego en confuso zigzaguo desgarran la oscuridad; y la oscuridad, herida, vomita iracundos truenos como chasquidos satánicos. Los chaparros de la sabana y los moriches de los esteros, atormentados, con rabia sacuden sus copas hasta azotar la tierra. El cuadrúpedo más mañoso doblega sus bríos y agazapa la cabeza defendiéndola del viento, sin poder evitar que sus ancas padezcan el azote del vendaval como aguijonazos.

En la estancia hay silencio. La mirada inquieta de los vaqueros salta entre el armazón del techo que cruje amenazando ceder al empuje de la borrasca. Cada quien a su manera trata de explicarse el fenómeno. Entre saliva tragan oraciones. Afuera, aullidos del viento, revoloteo de pájaros y tropel de mamíferos.

La mordaza es rota por la voz recia y refinadamente llanera del vaquero más viejo.

—¡Cámaras, estagua ta rezada!

La tarde muere y el temporal ha amainado. Torcuato se aparece en el corredor de las hamacas tan de repente que sobresalta a los vaqueros. Con la firmeza acostumbrada ordena tomar caballos y salir de inmediato a cerrar cada uno de los broches. La orden se cumple con precisión entre rezagos de frío y velos de la noche.

Allá en el horizonte sobre un cielo despejado comienzan a apuntar los primeros albores de la mañana siguiente. Los vaqueros no terminan de abandonar sus chinchorros cuando ven la figura flaca de Torcuato regresar de la sabana. Los sorprende un Torcuato nuevo. Al franquear el tranquero los saluda con una sonrisa desconocida hasta entonces. Al apearse, por primera vez va en busca de José.

—Soy Torcuato Ávila —le dice amablemente— dueño de Hato Las Ánimas al otro extremo del llano. Coordina tu gente y revisa todos los comederos. Res que encuentres en ellos es tuya. Yo

arreglaré con Sinforoso –dice mientras lleva su mano al bolsillo para enseñar un manojo de billetes de alta denominación.

Apretón de manos llaneras. José organiza sus vaqueros y salen a trote largo.

Con una totuma repleta de ropas limpias bajo el brazo, Torcuato baja a la cañada. Un chilaco protesta en apresurado alboroto, y un cachirre estremece el charco lanzándose de barriga desde el barranco. Entre acordes de arpas pulsadas por la retozona corriente, y cascabeleo de maracas batidas por el danzarín morichal, el achicharrado llanero toma un baño, se rasura y cambia de indumentaria.

El sol abandona su rigor y tiñe de púrpura los celajes. Los pajonales mecidos por suave brisa ondulan el horizonte con delicada cadencia. Desde la vieja casona de Hato Cumare se vislumbran las siluetas de don Sinforoso y los compradores cuando asoman en el confín del pisao. Torcuato, que ha estado esperándolos, galopa a su encuentro. El abrazo de los dos viejos llaneros, en la opacidad del crepúsculo, evoca un encuentro de centauros.

Efusivo saludo seguido de silencio. Miradas expectantes se entrelazan. Pocos segundos. Torcuato sonríe y espanta la incertidumbre.

–Sinforoso, tu ganado está íntegro en los encierros, puedes ir a mostrarlo.

Por un zural emergen a galope tendido José y sus hombres. El curtido caporal, que no ha podido entender lo que está pasando en Hato Cumare, sorprendido en exceso, antes que saludar exclama:

– ¡Piiija! ¡Nuhay un solo bicho en las vegas, a ese ganao debió encerrarlo el diablo!

Don Sinforoso deja escapar una alborotada carcajada. Al tiempo, con un tanto de rudeza, cargó su mano sobre el hombro de Torcuato.

– ¡Ganaste la apuesta, chico!

Como si cumpliera una cita, un nuevo grupo de vaqueros asoma por otro punto de la sabana.

–Son de Las Ánimas –explica Torcuato.

Don Sinforoso comprende.

—Entregue mil reses a Torcuato —le ordena a José—; la apuesta consistió en que encerraría todo el ganado de Hato Cumare sin utilizar un solo hombre en arrearlo, y ¡ganó!

Los ojos de José descubren con sobresalto que sus pupilas han rozado la vieja leyenda sabanera sobre aquel hombre que en el llano hace cuanto quiere sólo con el poder de sus rezos.

EL LOCO DEL PUEBLO

Martha Beatriz Quiñonez



—¡Lo mataron, mataron al loco del pueblo!

Claudia, que escucha la noticia, enseguida abre la puerta. La plaza principal está atestada de gente que compra y vende, pero no ve ningún muerto (¿No hay más ruidos, olores?).

—Es sólo Alirio, nuestro loco del pueblo (¿quién habla aquí?).

—¿Pero qué hace gritando, no que sólo le gusta rezar? —se pregunta Claudia.

—Lo mataron, mataron al loco del pueblo —vuelve a gritar Alirio.

El pueblo alarmado busca el muerto del que habla el loco, pero no se ve cadáver alguno, sólo el de una vaca que cuelga de un garfio en la carnicería.

La gente comienza a murmurar:

—Ahora sí no tiene remedio Alirio.

—¿Será que el loco vio algún asesinato? —se pregunta Claudia—. Pero no se han escuchado peleas, mucho menos disparos —se corrige mientras sigue con su mirada al loco vociferante.

—¡Lo mataron, lo mataron y la misa es en la iglesia! —repite Alirio mientras su figura se pierde en la esquina contigua a la panadería y las campanas comienzan a repicar.

Claudia, despreocupada cierra la puerta. Luego, suenan dos disparos.

EL TIMADOR

Gabriel Luna Delgadillo



de los tragos, aprovechándose de la embriaguez en que se encontraba, el viejo lo comprometió con el negocio.

Un día después de recibir la palabra como arras empeñada, el anciano llegó a primera hora a la vivienda de Oliverio. Del guayabo etílico sólo quedaban en la memoria las arcadas reprimidas por el jugo cocido de una planta llamada La Milagrosa. Todo lo contrario le ocurría con el de la palabra dada, que ahora, con la presencia del viejo se le acrecentaba como brasa viva en el centro del estómago.

La finca «Mi última ilusión», era el nombre que le había puesto el nonagenario, según la opinión de los mayores del pueblo, era un mal negocio. El consejo unánime siempre recibido fue que desistiera, que se retirara de tal negocio, perdiendo unas arras que nunca se pactaron. Pero no tuvo más opción que someterse a su palabra. El negocio se hizo y luego del arreglo económico, urdido con habilidad por el viejo, quedó con la sensación de haber hecho una buena compra. El precio inicial fue rebajado en dos oportunidades y dejó la impresión del joven avisado que engaña a un viejo con una contraoferta por debajo de la mitad de lo acordado.

El viejo había invertido la mayor parte de su vida en ese pedazo de tierra y nunca logró hacerla productiva. Todos lo sabían. Aunque con el paso de los años se habían hecho a la costumbre de ignorar que, cincuenta años atrás, «Mi última ilusión» había sido entregada en pago de una deuda de juego a un joven que hoy, anciano, muelo y calvo, la había entregado por dinero contante y sonante.

La tierra, veintitrés hectáreas quebradas, tiene un pequeño riachuelo que lo cruza de lado a lado. Mientras hay lluvias, el caudal se mantiene. Parece más una acequia que recorre unos cientos de metros y luego se pierde absorbida por las piedras. La tradición oral del pueblo da cuenta de una serie de tres dueños que se arruinaron allí. Incluso se inventaron lo de un hechizo que empava a los propietarios, proferido en épocas de la Guerra de los Mil Días, según el cual todo el que la ocupa sale arruinado para el cementerio. También cuenta una leyenda indígena que los indios despojados, perseguidos y exterminados por los españoles, dejaron como guardianes de estas tierras a los espíritus de sus muertos, que exigen un pago para dejar en paz a quienes se atrevan ocuparla.

Los primeros años se le dieron buenos. El trabajo constante y fuerte, y la inteligencia de Oliverio hicieron que por instantes se borrara el pasado. Una coincidencia de lluvias estables y buenos precios en el mercado mantuvieron una expectativa que poco a poco se fue mermando. El nuevo dueño comenzó a dudar de lo acertado de su gran negocio. En pocos años y joven todavía, las cosas cambiaron; una sequía y la muerte de su padre tornaron la situación en desastrosa. La mujer se le fue con los hijos y se quedó solo. La melancolía y el aburrimiento sumado al trabajo excesivo que requería «El pedregal» para poder arrancarle algún provecho, le hicieron perder parte del cabello. Los años llegaban con dolencias y ya había perdido algunas piezas dentales. La imagen que le devolvió el pequeño espejo colgado en la pared de bahareque lo aterrizó. Se comenzaba a parecer al viejo que se la vendió.

Le quedaban unas cuantas vacas y con la venta de limones, naranjas y mangos lograba comprar los pocos alimentos que se acostumbró a consumir. El tedio y la frustración lo llevaron a la bebida. Un compadre le compró una vaca flaca a precio de primera. Con ese dinero en el bolsillo volvió a parrandear por varios días como acostumbraba desde hacía muchos años. En un burdel, al que fue a derrochar su ganancia, se vio en medio de un grupo de mineros, confundido con ellos, y haciendo amistades en un arranque de inteligencia, de esa que antes le sobraba, concibió una genial idea.

Sus sueños se poblaron de sugerencias, posibilidades y fantasías. Diseñó un plan suicida. Si salía bien —y era lo más probable—, acabaría con su penosa situación. Si por el contrario fallaba, lo último que le quedaba era ahorcarse en una de las vigas del rancho.

Los recuerdos lo llenaron de flaquezas, pero en vez de sentirse vencido recobró el ímpetu. La inteligencia, atemperada por las penurias sufridas, desencadenó una solución. Lo primero fue ocuparse de su aspecto personal. Luego, entre amigos y parientes, fue vendiendo a buen precio las pocas reses que le quedaban. Con el dinero obtenido y con la amistad de los mineros fraguó el resto del plan. La idea le nació de a poco. Comenzó a frecuentar el burdel a donde iban los mineros. Los acompañaba en la juerga. Con mucha cautela fue haciendo amistad con uno específico que le pareció desde el principio que era de confiar. Parte del plan consistía en

comprar el oro barequeado y sin azogue. Para eso era preciso que al menos uno de los mineros guardara el metal tal cual salía del agua. Fue comprando pequeñas cantidades que guardaba celosamente. Cuando tuvo una buena cantidad, comenzó a ir a las compraventas de oro a ofrecerlo.

Alquiló un cuarto en uno de los ranchos del pueblo, de donde salía todas las mañanas rumbo a «El pedregal». Volvía entrada la tarde, se cambiaba y salía para el burdel. Bastaron tres semanas de rutina para que la gente empezara a chismosear y a inventar intrigas que le carcomían el cerebro a los vecinos. El plan estaba funcionando. Un vecino insidioso lo siguió durante varios días y comprobó que Oliverio al llegar al cuarto, se bañaba, se cambiaba, iba a las compraventas de oro, sacaba un taleguito del bolsillo, lo entregaba, le daban un fajo de billetes y luego se dirigía al burdel.

—Claro, el muy cabrón encontró oro en «El pedregal», por eso es que ya no lo está vendiendo.

La conclusión de sus investigaciones fue el comentario que hizo a la gente que lo escuchaba.

Oliverio se inventó un viaje y duró tres días fuera. De hecho, el plan incluía que en su ausencia, el vecino y algunos más, irían a barequear a escondidas. A los cuatro meses exactos de iniciado el plan, los recursos se agotaron. Y si visitó dos veces al burdel, fue para dar la impresión de derroche, pero no se tomó ni una cerveza.

No había plan B. Si no aparecía un comprador, ya tenía lista la cuerda amarrada en la viga.

—Amigo —lo abordó un extraño a su paso por la calle central—, permítame presentarme.

Le dio el nombre y continuó hablando muy seriamente.

—Me han comentado que usted está vendiendo una tierrita cerca de aquí. Vengo de la capital y estoy buscando una estancia aquí mismo en el caserío y me gustaría ir a ver su tierra —le dijo como si le hablara a alguien conocido.

—Tal vez se equivocó de persona, porque yo no estoy vendiendo mi finquita —contestó Oliverio con indiferencia—. Pero, dígame por curiosidad, ¿quién le contó eso?

—Por ahí. En el bar, en el bar a donde usted va. Alguien me dijo que usted hacía tiempo le estaba buscando comprador.

—Es verdad, pero ahora no me interesa ese asunto —dijo Oliverio, dando por terminada la conversación.

El corazón se le quería salir del pecho. El plan estaba listo. La presa necesitaba un cebito para que cayera.

—¿Por qué no nos tomamos una cerveza en el bar y me comenta sobre ese asunto? Yo invito —dijo el hombre mirando a Oliverio a los ojos.

Éste quiso mostrarse ofendido ante la insistencia, pero no podía arriesgar el plan, así que frunciendo el ceño como señal de fastidio, aceptó.

—Bueno, si usted insiste.

Partieron calle abajo, hacia el burdel.

Acomodados en una mesa, el hombre pidió una botella de Brandy Napoleón y llamó a dos mujeres.

—La ocasión lo amerita —dijo sonriendo.

La charla giró en torno a varios temas: de ganadería, de maíz, de algodón, de cerdos, de gallinas, de leche. En fin, sobre muchas cosas en las que Oliverio era un experto; menos sobre minería.

La botella iba por debajo de la mitad cuando el hombre, con cierto aire autoritario, dijo:

—Atienda usted a esta tierna muchachita que yo pago. Cuando regrese, le voy a proponer algo.

Se levantó de la mesa. Deseaba brincar de la felicidad, pero se contuvo. Conservó una calma propia de un actor de teatro. Su estado de ánimo era de euforia total. Pensó que le podía fallar el corazón.

Al regresar a la mesa, encontró que el hombre, al parecer por la demora de él con la muchachita, se había marchado. Su desconcierto fue de los demonios, todo el plan, por un polvo había fallado.

Al mirar la botella comprobó que aun contenía unos tres dedos de licor y por deducción concluyó que, tal vez no se había marchado, sino que estaría con la mujer que lo acompañaba. Lo sacó de la nebulosa la voz del hombre que venía del baño, cerrándose la bragueta con cierta dificultad.

—Estas cremalleras no son como las de botones, no me puedo acostumbrar a ellas —dijo, sentándose con mucha parsimonia—. No se quede de pie, siéntese que ya está livianito.

Oliverio obedeció la orden y al tomar asiento, despachó a la muchachita.

—Mire, yo vine aquí a comprar la finca «El pedregal». Estoy autorizado para ofrecerle un buen precio —dijo el hombre mirando al vacío entre el cenicero y la botella.

Los pensamientos de Oliverio dieron varias vueltas en un tiempo ajeno al buen razonar. Sin atinar respuesta y dispuesto a jugar con su nueva buena suerte respondió:

—Ya le dije que no vendo mi finquita.

—Mi oferta es de un millón de dólares —enfaticó el hombre.

Oliverio se quedó mudo. Un nudo le subió por la garganta. Agarró medio vaso de brandy y lo apuró completo, de un sorbo. Recobrada la serenidad, miró al hombre a los ojos. Sosteniéndole la mirada en un duelo de ganador, dijo:

—Usted está loco. Yo no vendo mi finca.

—Piénselo. Lo máximo que le puedo ofrecer es un millón y medio de dólares —el hombre lo dijo como suplicando y como quien cumple una misión para alguien importante.

El valor ofrecido era casi mil veces lo que él había pagado por la tierra en pesos. El plan tenía la trampa cerrada. Ya no había escapatoria.

—Y si yo le dijera que sí, ¿cómo cerraríamos el negocio?

—Sencillo.

Metió la mano en el bolsillo de la camisa, extendiéndole una tarjeta de presentación a Oliverio.

—Se presenta mañana mismo en esta dirección, en la capital. Lleve con usted los documentos del predio. Si lo desea, allí mismo firma un documento y de inmediato le giran un cheque de gerencia por el valor que le propone.

—Acepto —dijo Oliverio con un nudo en la garganta que lo tenía al borde de las lágrimas y preguntándose dónde estaría la cantidad de oro que no vendió en las compraventas y que él había regado en el arroyito de «El pedregal».

LA MALETA DE RECUERDOS

Mónica Judith Niño Gutiérrez



Llovía, una enorme nube grisácea se adueñaba del cielo ocultando el sol. Una brisa helada y constante movía a voluntad las ramas de los árboles.

—Falta mi morral. ¿Lo puedes colocar al lado del de Fabiana?, por favor.

Luis blanqueó los ojos. Sin decir nada intentó correr la docena de morrales y bolsas negras para hacerle campo a la maleta de retazos confeccionada por su mamá, pedazo a pedazo desde sus 10 años de edad, era uno de sus pasatiempos favoritos. Cada cuadrado era cortado al finalizar un año de vida. A sus 50 años, había logrado terminarla.

Dentro del auto empezaba una pequeña discusión...

—Hazte al lado de la abuela, ella se duerme y empieza a roncar —dijo el hijo de Luis.

—Me hago yo a su lado, me gusta que me cuente historias —dijo su hermanita de 6 años.

Al lado del baúl, el resto de la familia acomodaba las cosas.

—Ten cuidado con mi maleta. Debe estar cómoda para poder respirar y seguir viviendo —dijo a Luis su mamá.

El automóvil emprendió su recorrido. La velocidad permitía observar los avisos y vallas que habían en ambos lados de la carretera.

—Esa casa de un piso, con paredes adoquinadas y pintadas con cal, con pequeñas ventanas verdes en madera... es parecida a la de mi infancia —dijo señalando el costado derecho.

—Abuelita, ¡esa casa es muy bonita!— Celebró la nieta.

—Ese viejo sauce con sus largas barbas es similar al árbol que había en casa de la Nona, nos subimos con mi hermana y al finalizar nuestra hazaña ella tenía un brazo roto y yo un tobillo lesionado.

—Abuelita, ¡eras más traviesa que yo! —Sonrió.

—Esa montaña es parecida a la que subimos en la excursión de quinto de primaria. Regresamos lavados, embarrados y con la ropa deshecha porque empezó a llover muchísimo cuando emprendimos nuestro regreso.

—Abuelita, ¡No hay como caminar bajo la lluvia!

—Es delicioso, mi corazón —dijo, dándole un fuerte abrazo a su nieta.

—Miren las nubes... las nubes, con su infinidad de formas me recuerdan las crispetas que cocinábamos para ver una buena cinta cinematográfica. Ah, y los buñuelos en época navideña eran un caos en la cocina de Nona pero al tomarlos entre nuestras manos cobraban vida de objetos y animales. Ah, y los modelados en mazapán dejaban dar rienda suelta a nuestra creatividad.

—Abuelita, ¡A mí me encanta modelar plastilina!

—En mi época nos tocaba con mazapán, la plastilina es un invento reciente —respondió, presionando suavemente la nariz de su nieta.

Al llegar, Luis bajó del auto. Sus dos hijos empezaron a sacar las maletas y las bolsas, su esposa intentaba recoger el camino de objetos que dejaban a su paso. Él tomó la maleta de retazos y con cuidado la colocó sobre la mesa. Al abrirla por curiosidad encontró sus tesoros de la infancia... Las huellitas de sus pies, el primer mechón de pelo, los dientes robados por el Ratón Pérez, su primer juguete, su primera creación, obras artísticas, semillas secas, hojas de variadas formas, las piedras de colores, las boliches de diferentes

tamaños y colores, el trompo de madera, las láminas del álbum de chocolatinas Jet, las envolturas de dulces entretejidas que formaban una larga piola, puntillas de diferentes tamaños, restos de juguetes eléctricos desbaratados, tapas de gaseosa y de cerveza, tres álbumes familiares.

Al finalizar las vacaciones, subieron al auto y de regreso chocaron contra una enorme roca que había en el camino, Luis perdió el control del auto y empezaron a caer por un precipicio.

Luis se despertó asustado, empezó a tocarse la cara, los brazos, las piernas, de tanto moverse despertó a su esposa, ella estaba a su lado. Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de sus hijos, ellos dormían tranquilamente. Encendió la luz de la escalera y empezó a descender en busca de agua para calmar sus nervios después de un hermoso sueño que terminaba en una tragedia familiar. Antes de terminar el vaso, su tía lo llamaba desconsolada...

—Mijo, ¡su mamá ha muerto! En la mesita de noche junto a la cama hay una maleta de retazos y una nota en donde solicita que se la entregue.

Luis sabía que ese sueño le había dejado una gran angustia y ahora la llamada le confirmaba que había perdido a su mamá.

Se colocó una sudadera y salió rumbo a casa de su mamá en medio de la lluvia. Debía empezar a organizar las exequias fúnebres con ayuda de su tía. Durante el recorrido en su vehículo recordaba cada momento del sueño, los relatos de su mamá y finalmente la maleta que le había dicho que guardara y tratara con cuidado. Quería estar cerca de ella por última vez y descubrir finalmente el contenido real de la maleta de retazos.

LA MINA DE ORO

Alejandro Vega



Del latín *putare*, así la tomó. Usó la raíz como si no hubiese necesidad de pensar en algo más. A Conny le causó gracia el sonido de la palabra y se apropió de ella. En su galpón residían unas gallinas de engorde. Madrugaba a alimentarlas, a desayunar y a limpiar el hogar de las aves y el propio. Almorzaba. Les daba alimento. Recibía las visitas, especialmente a doña Etefvina: comían la parva con chocolate y la despachaba. Las alimentaba de nuevo y apagaba la luz. Dormía.

Un día su sobrino llegó a pasar las vacaciones en aquel pueblo olvidado. Como es un hombre de ciudad, de alguna manera acomodado, no le cayó muy bien el viaje. La ruta en bus había resultado terrible. Era estudiante de algo como literatura, eso entendió Conny. En realidad poco le importaban sus estudios. Anheló su llegada: necesitaba de él para ponerlo a trabajar en el gallinero. Todas las fuerzas de ella residían en ese empeño; era su único sustento económico con el que solventaba sus carencias. Pero Monguito no estaba muy dispuesto a limpiar la rila ni el plumero. Una tarde le dijo a su tía: “Lee este escrito que hice para la universidad y luego te ayudo

con el gallinero”. Ella asintió y esperó impaciente mientras leía un texto que le pareció bastante extraño.

–Mijo, usted dijo putar.

–No, dije putare, que quiere decir poner.

–¿Poner?

–Sí, poner, del que pone.

–Ah, ya veo.

Sonó el timbre y Monguito fue a ver quién era. Ella cavilaba y trataba de entender el significado de la palabra. Había en ella un sentido muy particular. Estática como una columna, miró la pared blanca de enfrente por un buen rato. Estaba absorta. Monguito se despidió, dijo que en un rato volvía, y ella lo despachó haciendo con su mano un gesto de desdén. Él caminó hasta el gallinero y vio las aves cacareando, tan trémulas, tan solemnes, orgullosas y erguidas. Pensó en la palabra poner, vaya grosería. *Putare* se dijo, pero qué vulgar.

Esa tarde no recibió visitas. Cerró hasta las ventanas y como Monguito andaba desaparecido se durmió muy temprano. Soñó que lo recorría con sus manos. Como estaba silenciosa escuchó un leve sonido en la ventana. La abrió y un nubarrón de plumas entró como una ráfaga incontenible. Dejó caer lo que tenía en sus manos. Luego escuchó el crujido de la cáscara. Así algo suave, frondoso ¿y cuando cayó, se quebró? ¡No era un huevo lo que tenía en sus manos! Despertó extrañada. Aún hacía sol y abrió las puertas de madera para que entrara luz. Dudó por un instante. Luego salió a ver a las aves en el gallinero, se sentía colmada. Cacareaban. Tal vez tendría que invertir más en él, pensó. Quizás traer un gallo, unas cuantas criollas y otras po-ne-do-ras y dejarlas en un espacio más amplio, serían libres, pondrían libres.

Ojo: ¿A qué hora fue esto, en la noche? Tomó su cartera y salió hacia la feria. Buscó a Monguito. Necesitaba a su sobrino para que le ayudara a cargar las cosas. Como el pueblo era pequeño, se dirigió a la plaza principal y lo encontró en la esquina donde están ubicados los bares de mala muerte. Estaba con una mujer de dudosa reputación.

–Ay mijo, vámonos de aquí, vea, hay cosas que hacer en la casa.

–Nada de eso, tía, déjeme tranquilo y vaya ocúpese de sus gallinas.

La mujer a su lado, reía. Ofendida e irritada, la tía se marchó.

Vaya puta con la que está, puta como de poner, pensó y una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Ahora se le va a poner al gallo. Sonrió. Ya voy entendiendo, *putare*, poner. Ya entiendo quién pone. Antes de que cayera el día, compró sus gallinas y con la ayuda de doña Etefvina armó su nuevo solar. Las aves caminaban libres y de vez en cuando huían del gallo. Mira cómo corren, susurró. También armó los nidos de las ponedoras con especial afecto y con paciencia ubicó las ramas y armó una choza de dos pisos para todas ellas. Estoy dispuesta a cuidarlas, le dijo a doña Etefvina, les tengo aprecio. Monguito llegó en la madrugada, atravesó con cautela el zaguán, el patio y buscó algo de comer en la cocina. Escuchó un débil cacareo proveniente del solar: ¡más gallinas!

Con el paso de los días Monguito percibió a su tía Conny como a una extraña. Ella había cambiado con él; acaso por lo ocurrido con aquella mujer en la plaza. Decidido a reivindicarse: limpió el galpón y se sorprendió al ver a las gallinas andar libremente. Habían picoteado los sembrados de cebolla y tomate, corrían, criaban, empollaban y luego el gallo las buscaba y ellas ponían. Es un paisaje exótico, dijo a su tía, y barroco, muy abrupto. Ella asintió.

Con el tiempo Conny se fue transformando en una mujer diferente. Su cambio empezó cuando él se fue al bar y ella lo encontró con la fulana.

La fulana esto, la fulana aquello. Todas hablan de mi sobrino, mis vecinas, mis amigas, mis enemigas, todas las mujeres del pueblo ya saben que charla con la fulana. Si ve doña Etefvina, lo invité a pasar vacaciones y ni siquiera se sienta a tomar un tinto conmigo. Descarado, conchudo. Me embobó con un textico pendejo que escribió y ya. Pero, venga le cuento, él es muy espantado y me habló de putar. Espérese le cuento, no se me adelante. Eso es cuando una pone; sí, imagínese a una poniendo. Ya sabe poniendo qué. La otra vez tuve un sueño tan extraño: un plumero que entró por la ventana me hizo caer el huevo que tenía en las manos, pero yo no sabía que era un huevo, yo pensaba que era algo blando; sí, una de esas. Y ahora me pongo a pensar que en ellas hay un tesoro, como ese cuento que dicen; son ponedoras, son unas minas. Sí, él también es medio loco, dice cosas que no entiendo, pero no viene al caso. Esa

fulana, fíjese, lo quiere enganchar, fijo, fijo, lo va a enredar con artimañas y se lo va a llevar. ¿Que me tranquilice?, no, doña Etefvina, ese muchacho es medio lumbbrero y no puede acabar con esa ponedora, pero qué digo, con esa fulana.

Monguito terminó sus vacaciones como las había comenzado: haciendo lo que quiso con la fulana: la primera vez Conny los escuchó, las siguientes los observó, al final sacó sus conclusiones. Monguito se marchó a continuar sus estudios. Mientras la tía se dedicaba a criar sus gallinas, tenía otra idea en mente; había potencial en sus observaciones y debía trabajar. Y lo hizo. Se esmeró tanto como en el cuidado de sus aves. Después de un tiempo lo logró. Doña Etefvina y sus otras amigas no le hablaron más. Sus enemigas tuvieron con qué difamarla y otras mujeres se le unieron.

Desde entonces los hombres visitan a Conny y sus nuevas amigas y en el fondo, donde está el solar, suena el cacarear de las gallinas: las de engorde, las criollas, las saraviadas, las guachipeladas, las cubanas, las ponedoras.

LA HERIDA

Eduar Fabián Sierra Trujillo



—Mire señor Morales, guarde silencio. Usted me conoce. Si me sigue interrumpiendo con esa quejadera... pues me largo y dejo esto así.

— ¡Pero teniente!, ¡cómo va a hacer eso!; vea cómo estoy.

— ¡No quiero ver nada! Guarde silencio y permítame seguir interrogando a su esposa. Con eso le damos tiempo a la ambulancia.

—Prosigamos señora María. Decía usted que su marido llegó hace más de una hora, completamente borracho. Ingresó a la cocina, según cree usted, con la intención de prepararse algo de comer y de alguna manera se cayó sobre un cuchillo. ¿Es correcto?

—Sí señor teniente, es lo más seguro, como le decía: yo estaba durmiendo y me despertó un ruido que venía de la cocina. Cuando salí del cuarto, Alberto estaba al lado de la estufa calentando una morcilla con un cuchillo entre las tripas.

—Pero dígame señora ¿cómo puede ser que alguien se ponga a cocinar una morcilla con un arma blanca encajada en el estómago?

—Pues... verá usted señor teniente, es que él estaba muy borracho. Además, usted sabe cómo es mi marido, comprenderá que ya está acostumbrado. Un cuchillito de cocina no es nada para

él. Cuando se lo saqué de la panza comenzó a salir más sangre, entonces él se asustó y comenzó a gritar; y en menos de un minuto llegaron los patrulleros Hernández y Cifuentes que tienen arrendada una pieza aquí al lado.

— ¡Eso es mentira teniente!

— ¡Ya le dije que se calle Morales! Una interrupción más y me largo, ¡le juro que me largo! Bueno doña María, pero... dígame una cosa. Ese ojo morado suyo, y esas marcas como de correazos... ¿no habrá tenido usted una pelea aquí con el señor?

— ¡No señor teniente! ¡Le juro que no! Ya tengo más de una semana con esto, pregúntele a doña Minta, ¿cierto, doña Minta?

— Soy testigo, teniente.

— Bueno, pues entonces cuénteme usted doña Minta, dijo que es la vecina de junto, ¿no es así?

— Cualquiera se lo confirma.

— Le dijo usted a los patrulleros Hernández y Cifuentes que no escuchó nada ¿verdad?

— ¡Absolutamente nada! Sólo a los dos patrulleros exigiendo que abrieran la puerta. Ya le dije que vivo aquí al lado, y como la niña estaba conmigo, me asusté y salí a ver qué pasaba.

— Bueno, si no escuchó nada y los patrulleros son testigos de que estaba en su casa, habrá que creerle, pero, primero acláreme una cosita.

— Pregunte no más teniente.

— Explíqueme otra vez señora Minta, ¿por qué precisamente hoy, en el momento justo en el que ocurrieron los hechos, se encontraba durmiendo en su casa la hija de la señora María y el señor Alberto Morales aquí presente?

— Pues... estoy segura de que los patrulleros ya le dijeron, pero igual lo repito: cuando María sabe que Alberto está tomando, me deja la niña en la casa. Es así de simple.

— ¿Y por qué habría de hacer eso la señora? ¿Acaso no es esta la casa de la niña?

— Pues, cómo le dijera teniente... “cuando el lobo está rondando, uno esconde las ovejas”.

— Es suficiente con lo dicho señora Minta, esa ambulancia no llegó y aún nos falta la declaración del señor Morales. Pero antes,

cuéntenme ustedes dos, Hernández, Cifuentes, aparte de lo que ya dijeron, ¿no encontraron nada más?

—Permiso para tomar la palabra mi teniente.

—Adelante Cifuentes. Pero hable fuerte que la bulla que la gente está haciendo afuera no me deja escuchar nada.

—Lo que ordene mi teniente. Bueno, como ya hemos dicho: escuchamos el grito de un hombre mientras veíamos la novela, entendimos que el ruido procedía de esta casa y nos desplazamos con rapidez para investigar lo ocurrido.

—No se detenga Cifuentes.

—Cuando estábamos a punto de derribar la puerta, la señora María nos abrió. Sostenía un cuchillo ensangrentado en su mano derecha, pero lo soltó a nuestra orden, permitiéndonos ingresar al interior de la casa. En el piso de la cocina encontramos, tal como está ahora, al señor Alberto Morales con una herida de arma blanca en el estómago. El señor aseguraba haber sido atacado por su propia esposa. Un minuto después la señora Minta Gutiérrez ingresó en la casa, según ella, porque también escuchó el ruido y le preocupaba la salud de su vecina. Al parecer, fue la misma señora la persona que realizó la llamada de aviso al comando. Y la que regó el chisme de que Morales estaba herido.

—¡Aja!, ¡Muy bien! Ahora sí señor Morales, cuénteme su versión de los hechos... ¿Señor Morales? ¿Señor Morales?... Mmm ¡Ya veo!, ¡Se niega a declarar!... Patrullero Hernández, Patrullero Cifuentes. ¡Llévense a este tipo!

—¿Al calabozo señor?

—¿Cual calabozo? Esta vez no, ¿no ven que está herido? ¡Al hospital, par de pendejos! ¡Ah!, pero el cuchillo me lo dejan aquí.

—¡Pero mi teniente!, podría tener huellas de la señora.

—¡Pues claro que tiene huellas!, o con qué creen que doña María pela los plátanos pa' fritar tajadas en esta casa.

—Está bien, como ordene mi teniente.

—Bueno Hernández, usted se lo hecha al hombro y yo le abro paso entre la montonera.

—Oiga Cifuentes, pero... qué tal que les dé por quitarnos el cuerpo para hacerle algo.

—¡Fresco! No se preocupe. Primero, ya no hay mucho pa' hacerle, y segundo, hace un rato me asomé por la ventana y les conté cómo estaban las cosas aquí adentro. Pa' que se calmaran un poco...

—¿En serio?

—¡Pues claro! Yo no mamo gallo con eso. Mire, allá afuera lo único que hay es medio pueblo tomando aguardiente y bailando al ritmo de papayera. Andan tirando harina pa' todos lados y esperando para entregarle unos mercaditos a doña María. Es más, por ahí me dijo un pajarito, que nos tienen lista una cajita de ron pa' los del comando.

—¡Uy! ¿Por qué no había hablado antes? Siendo así: ayúdeme a levantar el cuerpo que después yo lo cargo solo.

LOS DÍAS SIN CONTROL

Claudia Lama Andonie



Cuando Mary quiso sentarse a ver sus novelas la otra noche, se dio cuenta de que el control remoto no estaba junto a la tele, donde ella dice que debería estar. Me preguntó por él, con ese tono que tanto me molesta, como si estuviera segura de que lo había cogido yo. Le recordé que había pasado la tarde donde Tito. Así que se puso a buscarlo, que si en el mueble del televisor, que si en las juntas del sofá, buscó hasta que llegó a donde tenía que llegar, porque en esta casa no hay sino dos televisores.

A mamá le gusta que la llamen Mary, pero su nombre completo es María Dolores. Papá dice que el “Dolores” le queda bien porque se vive quejando. Casi todas las noches Mary ve novelas después de la comida. Se sienta en la sala con el control listo en la mano derecha. Papá dice que ver novelas es algo inoficioso, él se la pasa viendo noticias en su cuarto. Eso hace, además de mortificarle el día a Mary desde que se pensionó. Cuando mis hermanas se fueron, dejaron de dormir juntos. El día que papá se mudó de cuarto, mamá estuvo de muy buen humor, pero por lo general anda muy seria. Hace mucho

que se le borró de la cara la sonrisa bonita que luce en las fotos que se tomó cuando era joven.

El control lo tenía papá, el suyo había dejado de funcionar. Mary se lo pidió de buena manera, aunque ha repetido mil veces que no le gusta que le muevan las cosas. Él se lo devolvió con cara de queja y ella se fue rápida a encender la tele. Me quedé con papá viendo una película, y aclaro de una vez que yo no veo novelas, en cambio Mary ve hasta dos al tiempo porque en propagandas o por ratos cambia de canal.

La noche siguiente vi a Mary cruzar hacia el cuarto de papá. *Dame acá el bendito control*, le dijo arrancándoselo de las manos. Papá se lo dejó quitar, pero acabando de salir ella, cerró de un portazo y no salió más.

Por la mañana parecía como si a Mary le hubieran implantado un detector laser, andaba de un lado para otro fijándose en todo y quejándose por todo. *Andrés, siéntate bien. Cuántas veces te he dicho que dejes tus cosas listas. Péinate que pareces un pajarraco*. Papá sorbía su café haciendo un ruido molesto y además se le veía inquieto como si estuviera en casa ajena o como si de pronto la silla le hubiera quedado pequeña. Desayunó rápido y luego salió sin despedirse ni acompañarme a coger el bus para ir al colegio, como siempre.

A la hora del almuerzo fui el único en la mesa. Mary se sentó a almorzar en el sofá viendo la televisión, con lo importante que es para papá que nos sentemos juntos, *como era tradición en mi familia*. Entonces papá agarró su plato y se lo llevó al cuarto sabiendo que a Mary le molesta mucho que llevemos comida a los cuartos. Ninguno dijo nada, pero la casa parecía a punto de explotar.

En la noche, de nuevo, el control no estaba donde debía estar. Desde mi cuarto los escuché discutir; poco a poco fueron subiendo el volumen. Entonces escuché el golpe y luego el alarido de Mary. Fui corriendo a ver qué pasaba. El control remoto estaba en el piso hecho añicos. Mary temblaba de rabia. Papá miraba la tele recostado en su cama como si no pasara nada. Enseguida me puse a recoger los pedazos. *Yo te lo arreglo*, le dije a mamá. Quise calmarla, llevar-mela a la sala. *Ya verás, yo te lo arreglo, vamos a ver la novela juntos*. Papá seguía como si la cosa no fuera con él. Y entonces Mary estalló. Comenzó a gritarle palabras que en esta casa no está permitido ni

siquiera pensar. Papá saltó de la cama para defenderse. Comenzaron a sacarse los trapos al sol hasta por cosas que pasaron antes de que yo naciera, y como se sabe de sobra que en esta casa en las discusiones de los padres, los hijos no se meten, me mandaron para mi cuarto apenas intenté decir algo. No pasó mucho tiempo hasta que escuché un portazo y vi a Mary cruzar hacia su cuarto, estaba tan roja que temí que se le hubiera subido la presión. Me acerqué y le pregunté que si estaba bien, *vete a dormir*, me dijo y cerró la puerta. No vio sus novelas. Yo casi no pude dormir.

El jueves papá salió muy temprano. Mary sirvió el desayuno sin mencionar para nada lo de la noche anterior, estaba muy callada y con la cara más seria que de costumbre. En el colegio me fue mal, me regañaron en matemáticas por andar distraído y terminé peleado con un compañero porque no me quiso pasar el balón. Papá no estaba cuando regresé. Luego de almorzar me encerré en mi cuarto, pensé en llamar a Carlos, pero últimamente anda muy ocupado y no viene mucho por aquí, pienso que es porque a mamá no le gusta la nueva mujer que tiene, además qué me iba a decir: “no les pares bolas” como me dice siempre.

Como en la tarde me había quedado dormido, después de comer me senté a la mesa del comedor para hacer las tareas. Mary se puso a ver sus novelas y entonces caí en la cuenta de que tenía un nuevo control remoto. Me contó que había llevado el que era de papá a donde Juanchi, el todero del barrio, que se lo había arreglado en un segundo y que le cobró muy barato. Al rato llegó papá oliendo a trago, se había puesto a tomar de nuevo. Exigió de comer, pero mamá no se movió. Corrí a la cocina y le serví lo que Mary había guardado en la nevera. Comió como si hubiera pasado hambre todo el día. Al terminar empujó el plato, se levantó y en vez de lavarlo lo dejó en la mesa. Cuando se metió en su cuarto, pensé aliviado que se dormiría temprano, pero al rato fue él quien llegó pidiendo su control remoto. *Está en tu gaveta*, le dijo Mary con toda tranquilidad. Papá se devolvió y se encerró. Allí le había dejado los añicos en una bolsa. Como que no le quedó más remedio que echarse a dormir sin el arrullo del televisor.

El viernes comenzó aparentemente en calma. Por la tarde, cuando Mary salió a hacer compras, papá me llamó: *Ven para acá*,

necesito que me hagas un favor. Pretendía que le ayudara a encontrar “su” control remoto, cosa que no iba a ser nada fácil porque Mary no volvió a dejárselo a mano. Me hice el obediente y me puse a buscar. Papá se ve cada vez más viejo. En esta casa parece perdido, no sabe dónde están las cosas fuera de su cuarto. Desde que se pensionó hace dos meses, se la pasa aquí como si hubiera aterrizado en otro planeta. No se atreve a entrar al cuarto de Mary y a la cocina apenas asoma y es porque ella lo tiene muy marcado.

—No lo encuentro por ningún lado (*y si lo encontrara no te lo daba*).

—¿Buscaste bien?

—Sí, bien, bien.

—Quién sabe dónde lo metió tu mamá

—No sé. Voy a estar al frente, donde Tito.

Esa tarde papá salió y no llegó a comer. Apareció como a las nueve oliendo muy fuerte a borracho. Se sentó al lado de Mary en el sofá sabiendo que a ella le fastidia que se le sienten al lado cuando ve novelas.

—No me muevo de aquí hasta que me devuelvas mi control.

—¡Pues quédate!

Mary se levantó sin titubear y se encerró en el cuarto de él llevándose el control. Unos segundos después se escucharon adentro las voces de los protagonistas de las novelas. Entonces lo vi venir, como el gol de la derrota en los últimos minutos del partido. Papá golpeaba la puerta de su cuarto gritándole a Mary que abriera. Ella no respondía. Recordé que algo parecido había ocurrido hace años y comencé a ponerme muy nervioso. *Abre y dame ese aparato o reviento la puerta.* Mary seguía sin responder. Entonces papá comenzó a abollar la puerta a punta de patadas. El corazón me latía muy fuerte, me entró como una desesperación y entonces, sin poder aguantarme, grité como si me estuvieran exprimiendo los pulmones. Papá se calmó. Caminó tambaleándose hasta la entrada y salió sin mirarme. Ya en mi cuarto, luego de que mamá intentara tranquilizarme, sentí como si el cansancio de muchos días me cayera de repente encima.

No supe a qué hora regresó papá, pero allí estaba por la mañana, dízque amistoso, conversándome sobre lo último en tecnología. Me

hice el bobo y me limité a contestarle *ajá y ajá*. Me pidió que lo acompañara a hacer una diligencia.

Llegamos a la oficina de la compañía de cable a media mañana. Papá apartó su turno y nos sentamos callados a esperar.

—Señor, lo sentimos, pero en este momento no tenemos controles remotos para las cajas decodificadoras, nos llegan en unos días.

—¿Cuándo?

—En unos días, señor, llame en una semana a ver si ya llegaron.

Papá comenzó a protestar, que cómo era posible, que si el mal servicio, que si esto, que si lo otro. Lo veía ponerse cada vez más agitado diciendo cada cosa, mientras la señorita lo escuchaba desde su escritorio con cara de “otro viejo terco” y el guardia nos miraba cauteloso desde un rincón. Ni por callarlo le dieron un control. Cuando salimos, papá estaba contrariado y yo con mucha vergüenza, estaba hartó. *Papá, ¿se da cuenta de todo lo que ha pasado por un control remoto?* Me miró como si yo no entendiera nada de nada, puso su mano pesada en mi hombro y me dijo resignado: *vamos para la casa, ya va siendo hora de almorzar.*

MI OVARIO IZQUIERDO

Roberto Sanabria García



Conocí a Ricardo cuando llegó a vivir a mi cuadra. Entonces tenía 15 años y ya llevaba dos años con el fastidio de la regla. Siempre me molestó esa visita mensual, impuesta, que me producía dolor y dañaba mi tranquilidad. Mi madre me dio poca información, probablemente por su formación con monjas recoletas, que antes de conocer el cuerpo ponían a las estudiantes a conocer su alma, con oración y la lectura de largas y tediosas biografías de las hermanas fundadoras de su orden. Por eso, el día que me llegó por primera vez, pensé que me había herido mientras jugaba a los vaqueros con mis primos. El día que conocí a Ricardo tenía la odiosa visita. Lo vi desde la ventana de mi sala cuando ayudaba a bajar las bicicletas del camión que había traído su trasteo. Era lindo; vestía Levis y unos Converse, como me gustaba también vestirme a mí, por lo que mi madre me decía que parecía un muchacho y me compraba vestidos de tiritas, ridículos, de niña pendeja que solo usaba en las visitas de los abuelos, cuando mi padre apoyaba a mi madre y me decía: “niña, se pone el vestido y punto”.

El día que llegó Ricardo mis abuelos se acababan de ir y yo tenía un vestido rosado; pensando que tuviera visión de Clark Kent, porque eso parecía Ricardo, Clark Kent a los 15, y viera mi ridículo vestido, corrí a ponerme mis Levis rotos, una camiseta larga y mis Nike. Mientras me subía el jean noté que mis caderas eran amplias, como las mujeres de las revistas de vestidos de baño y otras de moda, que coleccionaba mi hermana Martha, 3 años mayor que yo. Me observé en el espejo del baño, con los pantalones a las rodillas y me sentí sexy, pensando en que Ricardo algún día pudiera ver mis muslos fuertes y carnosos.

Volví a la ventana. Su padre le ordenaba que se apurara y Ricardo tenía cara de malas pulgas; pese a los cólicos, decidí ayudarlo. Me paré frente a él hasta que me vio. Se sorprendió un segundo, pero no dijo nada y siguió cargando una caja.

—¿Quiere que le ayude? —dije.

—¿A qué?

—Pues a cargar...

—Son cosas pesadas.

—No importa, estoy acostumbrada.

Me miró con detenimiento, catando mi contextura.

—Listo —dijo—, coja del camión y las pone donde le diga mi mamá.

Cogí la primera caja y el dolor, de repente, desapareció. Me sentí feliz.

Para la fiesta de 18 de Mónica, me puse un vestido de escote amplio y espalda descubierta que escogí. Cuando le dije a mi mamá que lo quería, me dijo: “Catalina, apenas eres una niña, no pretendas ser más de lo que eres”. “Que lo decida mi papá”; ¿y por qué quieres ponerte un vestido así? dijo mi papá. Por que ya soy una mujer, dije serena. Veamos, dijo él; me hizo girar una, dos veces. Como siempre, estaba en *jeans*. Mi papá dijo: miña, la niña tiene razón, ya es una mujer. Puedes escoger el vestido. Lo besé en la mejilla, feliz. Pero cuidado Catalina, dijo, a las niñas las cuidan los papás, las mujeres se cuidan solas.

Entré a casa de Mónica del brazo de mi hermano Carlos; estaba nerviosa, así que me le pegué como sanguijuela y le dije: no me suelte hasta que le diga. Carlos caminó rápido para encontrarse con sus amigos pero yo lo contenía. Ya Cata, dijo, quédese por aquí, van

a pensar que soy su perrito faldero. No se le olvide que mi papá le dio permiso siempre y cuando me cuidara, dije. Sí, pero no abuse.

La reacción que más me importaba era la de Ricardo. Los del barrio chiflaron cuando entré: quien pidió pollo, dijo uno, y otro dijo ¡Marica, la Cata está una hembra! Me sentí quemar por dentro. Ricardo salió de la cocina con la gritería. Me miró largo, sonrió, me besó en la mejilla y me dijo al oído: no sabía que los vestidos le sentaban mejor que los pantalones. Me puse arrozada.

Mónica me vio y gritó: ¡Cata, se ve buenisima vieja, qué vestido tan wendy! Feliz cumpleaños Mónica, le dije y le entregué el regalo; se lo pasó a Ricardo. Mi amor mira, tan linda la Cata, me trajo regalo, será la única, pues el resto... hizo una mueca dirigiéndose a los demás. Entró a la cocina luego de besar y morderle un labio a Ricardo. Mi fuego interior subió hasta la desesperación.

Felipe empezó a cortejarme. Oiga Cata, se ve rebien con ese vestido, no sabía, bueno, no sabíamos... eso comentábamos con Iván y Sergio, que tuviera esa espaldota tan bonita, como siempre está con camisetas... Bueno —me avergoncé— deje tranquila mi espalda y bailemos. Sonaba *El jardinero*, de Wilfrido Vargas. Usted sabe que no bailo bien, dijo Felipe incómodo. Pues yo tampoco soy una experta, dije. Los mejicanos dicen que echando a perder se aprende.

Hubiera deseado estar en la cocina ayudando a Ricardo, sentirlo cerca, respirar su sudor de deportista empedernido mezclado con su Polo Ralph Laurent. Allí Mónica, pendeja Mónica, acá Felipe, tocando mi espalda desnuda con su mano sudorosa, pisándome y diciendo seguido: perdón Cata, perdón.

En el amplio auditorio de la universidad buscaba a Ricardo entre los invitados. Allí estaban José y Amanda, mis tíos más queridos, me mandaban saludos; más atrás, Felipe, Iván, Sergio y Mónica me hacían rosquitas con la nariz y bajaban el pulgar con el puño cerrado. Nos reíamos. Buscaba a Ricardo, pero no estaba. Felipe me mandaba besos y alcanzaba a leer en sus labios: te quiero mucho.

Me toqué la cadena con el cristo de oro, que la noche anterior Felipe me obsequió como preámbulo a mi grado y como augurio de lo que vendría con él, junto con una serenata igual a las de mis dos últimos cumpleaños. Ceremonioso, me dijo cuando me la entregó: Cata, este regalo es la muestra de mi amor sincero por ti, esperando

que sea el inicio de un camino lleno de éxitos económicos y afectivos. Ojalá a mi lado. Réi. Pareces un cura frente al altar Pipe, si sigues con ese tono, me vas a sacar corriendo. Nunca mi Cata, tu sabes que te amo y cualquier cosa, menos perderte, dijo. No exageres Pipe, deja que las cosas fluyan.

Sí, que las cosas fluyeran, que fluyeran hacia Ricardo. Que fluyeran como mi remolino interior, que infaltable se dirigía hacia el centro de mis piernas, ahora más carnosas. Desde que fui consciente de que mi trasero es de infarto comparado con el cuadrado de Mónica, y con el de muchas del barrio, me observo más en el espejo; me miro mientras me cambio de calzones, grandes, pequeños, para ver cuál lo resalta más. Con razón Felipe dura a veces hasta media hora dándome besitos en el trasero, cual papá a su bebé regordete, hasta que me canso y le digo que no más, que me lo va a desgastar.

La ceremonia inicia y no veo a Ricardo. El secretario lee el acta de grado y nos ponemos de pie:

Bogotá, mayo de 1995. Acto por el cual la Universidad de los Andes confiere el título de arquitectos y arquitectas a los graduando presentes, quienes han demostrado disciplina, trabajo y responsabilidad en el desempeño de sus labores académicas. La silla al lado de Mónica continúa vacía. Felipe me manda un beso, *por el espíritu de entrega, de investigación y proyección social de los graduandos, el rector, la decanatura de la facultad de arquitectura y toda el alma mater de esta universidad*, mi papá se lleva con disimulo el pañuelo a la cara, mi mamá lo coge fuerte por el brazo *quiere hoy reconocerles estos valores y exaltar sus cualidades, forjadas día a día en nuestras aulas de clase, pero también en las diferentes prácticas, donde teoría y práctica se armonizaron, para hacer de cada hombre, de cada mujer, un arquitecto, una arquitecta íntegros, fuertes en su estructura mental*, Ricardo finalmente entra, ¡gracias Dios mío! *como las estructuras físicas que levantarán en sus proyectos individuales o colectivos; para eso los ha preparado la universidad, para que ejerzan con responsabilidad su profesión, con espíritu social y ciudadanía*, quiero que mi espíritu y el de Ricardo estén juntos; Ricardo me guiña un ojo, soy feliz; Felipe me manda otro beso, Ricardo y Felipe se saludan con un abrazo *para que se integren al torrente de nuevos profesionales que cada día salen a esta sociedad a competir limpiamente* siento nuevamente mi torrente fluir

con fuerza *a realizar aportes en la construcción de un nuevo ciudadano colombiano que entienda que la mejor forma de hacer patria, es con el trabajo transparente, honrado y digno* es mi trasero de ser tocado por Ricardo *para que sea reconocido por otros profesionales que en el pasado y en el presente siguen haciendo aportes a esta nueva Colombia.* Mónica sin hacerle ningún aporte a Ricardo, salvo el de satisfacer sus ímpetus de macho, de deportista con sed de triunfo y de sexo. Pendeja Mónica. Pobre Pipe. *En consecuencia de lo anterior, el rector de la universidad y el decano de la facultad de arquitectura, en pleno uso de sus facultades, confieren el título de arquitectos y arquitectas a los siguientes graduandos:* Ricardo, gradúame a mí.

Espero en la sala del ginecólogo con mi mamá. Ojeamos revistas de farándula, típicas de consultorio. Por un momento olvido la razón por la que estoy ahí, pero ella me lo recuerda. Oiga mijita, ¿entonces ya lleva tres meses con esas hemorragias terribles? ¿Por qué no nos lo había dicho? Fresca mamá, seguro me pasará. Mentía. Mis vendavales interiores llevaban años, pero nunca dije nada para no preocuparlos; con el tiempo me pareció normal esa lluvia interna que al inicio disfrutaba, pues con el fluido caliente, mi líbido también incrementaba; lo malo era que no me resultaba higiénico proponerle a Pipe que me bajara la fiebre interior. Tenía que arreglármelas sola.

El ciclo se había exasperado en los últimos meses, tanto, que decidí contarle a mi mamá. Vámonos ya para donde el ginecólogo, me dijo. Con eso no se juega Cata.

¿Catalina Mosquera? Llamó la enfermera ¿Sí? dije. Por acá señorita. El ginecólogo empezó el interrogatorio. ¿Edad? 24. ¿Antecedentes familiares de cáncer, leucemia, VIH? No señor. ¿Alguna cirugía? No. ¿Cuándo fue su última regla? Empecé a hacer memoria, pues nunca he llevado un control del período. Hace como 20 días, contesté finalmente. ¿Y antes? Hace como 45 días. Sí, irregular, dijo para sí el ginecólogo.

Me ordenó acostarme y me abrió las piernas, me introdujo el dedo anular enguantado, frío. Me recorrió internamente, primero con los dedos, luego con un aparato similar a un espéculo, con una diminuta cámara digital, que proyectaba una imagen en una pantalla. Yo veía un cuadro surrealista. Tiene un ovario dañado

señorita, hay que extirparlo, lo dijo como diciendo: tiene un piojo, hay que sacarlo y espicharlo con las uñas. Doctor, ¿y qué pudo haber sido? ¿Ha recibido muchos golpes en el vientre? Preguntó. Bueno, de niña jugué mucho fútbol con mis primos y recibía patadas y balonazos. Mire, lo que pudo pasar fue que se aglomeró y coaguló la sangre con cada golpe hasta convertirse en miomas en el útero, y aunque irregular, usted siempre sangraba, pero quedaban residuos. La acumulación se ubicó en torno a uno de sus ovarios, la sangre muerta lo envolvió y lo secó, dejándolo inservible. Con la extracción de los miomas, extirpamos el ovario. ¿Y las implicaciones? Pregunté. Bueno, solo podrá ovular por un ovario, el bueno, cada dos meses, pues como sabrá, un mes ovula uno y al siguiente mes el otro.

Me informó del lugar y hora de la operación. Antes de salir del consultorio, pregunté ¿y qué ovario es el dañado, doctor? El derecho, dijo.

¿Que Mónica viajó sola a Londres?, ¿cómo así? Sí Cata, se fue ayer en la mañana. ¿Luego no viajaba con Ricardo a estudiar juntos? No, ya no están juntos, terminaron. Sentí que una maceta con las que derrumban las casas viejas me impactaba en la frente. Quedé parada de un brinco en la sala de la casa de Margarita, una de las mejores amigas de Mónica y más o menos cercana a mí.

Reaccioné ¿y qué pasó? Mónica dice: a Ricardo se le acabó el amor. Sentí una punzada en la boca del estomago: ¿hay otra? Parece que no, Ricardo últimamente se la pasaba más jugando fútbol y tenis en las horas libres y el resto trabajando, y a Mónica la veía cada vez menos. ¿Y? Pues nada, que Ricardo conocía hasta el último lunar en el lugar más recóndito del trasero de Mónica y se sentía como Neil Armstrong pisando la luna por vigésima vez. Brinqué de la dicha. Pobre Mónica, dije, en un intento por sonar sincera. ¿Y cómo se fue ella? Vuelta mierda claro, porque ella sí está enamoradísima. Yo le dije que estar lejos de Ricardo era el mejor comienzo para echarle tierra a ese muerto. De acuerdo, dije, y esta vez sí soné sincera.

Y Ricardo, ¿cómo está? Anda por ahí, feliz y tranquilo, como si sólo se hubiera sacado un moco. Oiga, ¿y Pipe? ¿Cómo van las cosas? ¡Ya tres años, no! Guarde silencio, no podía creer tanta coincidencia. Mal, dije. ¿También ustedes?, ¿y eso? Recordé como una ráfaga la cara de Pipe de hace dos noches. ¿Cómo así Cata que quieres un

tiempo?, ¿por qué? Pipe estoy agotada, tengo presiones en el trabajo, mi mamá sigue mal y tú, todo intenso llamando y controlándome. Pero cómo no, prácticamente no me llamas en todo el día. Pipe entiende, estoy ocupada y estresada con lo de mamá, recuerda que papá murió apenas hace dos meses. ¿Y entonces, qué hago? Nada Pipe, nada, déjame en paz unos días mientras las cosas se estabilizan. No creo en los tiempos de las parejas, dijo. Lo miré con ternura y lástima, pues Pipe estaba entregado completamente y yo no, pensando tal vez, que la costumbre jala hasta su lado al amor. Siempre pensé desde niña que el amor es una elección entrañable, única, no las sobras que deja el amo al perro; Pipe había sido el plato que el amo no se comió. Ricardo siempre fue mi manjar, deseado y no saboreado.

Pues tomaré el tiempo de todas maneras, dije resuelta. Se limpió los ojos llorosos con rabia, intentando desenfundar su poca dignidad. Quise abrazarlo y decirle que me perdonara, pero se adelantó a decir: muy bien, muy bien... vamos a dejar esto de este tamaño, quedas libre, puedes hacer lo que te parezca, dijo circunspecto. No me moví y Pipe permaneció de pie un momento, mirándome, esperando mi reacción; fueron diez segundos eternos. Me sostuve; Pipe dio la vuelta y salió. Por la ventana vi que se cogía la cabeza. Me sentí triste y vacía, como la canción de Lavoe, pero aliviada.

Sí Margarita, andamos muy ocupados y nos pasó una cosa parecida, el amor se desgastó y vamos a darnos un tiempo. Yo no creo en esos tiempos Cata, donde Ramiro me salga con esos cuentos ¡ese tiempo tendría nombre de vagabunda! Reí. Bueno, son tiempos de rupturas, dije lapidariamente. De noviazgos Catuca, de noviazgos, se defendió Margarita.

Nos encontramos en el parque, cerca a su casa, a las 6:00 p.m. Ricardo me había llamado para decirme que nos viéramos. Me puse mi mejor jean, al que le confiaba la horma de durazno de mi trasero. Tenis Converse y saco de algodón pegado al cuerpo que resaltara mis tetas ya grandes. Maquillaje suave, como quien no quiere la cosa. Me miré en el espejo y canté “Matadooor, matadooor”. Llegué primera y lo vi cuando venía, me hice la idiota y le di la espalda, dándole mi mejor perfil. Sentí su mirada en mi trasero. Me saludó con esa sonrisa amplia que tanto extrañaba. Hola, dijo. También sonreí,

coqueta. Nos besamos en las mejillas. Hola Ricardo, tanto tiempo, ¿cuándo fue la última vez? En el matrimonio de Margarita, hace un año. Se mantiene como desde la época del barrio, cuando se vestía así, dijo y fui feliz. Bueno ¿a dónde vamos?, dijo. Vamos a *Afrodita*, en la 93, pero primero comamos, que hay mucho por hablar. Listo, usted manda, dijo.

Comimos en *Hamburguesas del Corral*, recordando momentos felices de la cuadra, jugando escondidas americanas, sí, qué pesar que nunca lo encontré a usted, ni usted a mí, reí maliciosa (tuve ganas de lanzármele y besarlo y gritar ¡un, dos, tres por Ricardo!). Ya en confianza pregunté ¿Qué pasó con Mónica? Eran cinco años... íbamos para seis, corrigió. ¿Y? Sentí que mi ciclo con Mónica llegó al final. ¿Y es que el amor es de ciclos? pregunté. De ciclos cortos, medianos y largos, dijo. ¿Y de qué depende su duración? De la forma como se recorren; hay unos que merecen ser caminados lento, mientras otros uno inicia y sale espantado hacia el final. Todo depende. Ya veo, dije. Y el recorrido con Mónica ¿ya era tortuoso? Casi, empezó a celarme como loca, a hacerme reclamos injustificados, a ver lo que no existía, resumiendo, a joder por todo, dijo. No pregunté más.

¿Y ahora qué planes tiene?, pregunté. Viajo mañana un mes a Islas del Rosario como voluntario de Parques Naturales Nacionales, dijo. ¿Y eso? Quiero despejarme de los sitios y espacios que recorrí con Mónica, y el sitio es ideal: brisa, mar, ni siquiera hay teléfono, sólo radioteléfono; y es una buena oportunidad de trabajo hacia adelante. Solo atiné a decir: interesante.

Era jueves de salsa en *Afrodita* y estaba lleno. Pedimos vodka. La música era la mejor: Lavoe, Richie Rey, el Gran Combo, la Guarachera, Blades, entre otros. Al rato, pedimos la segunda botella. Yo bailaba apretándolo por los hombros y él me cogía por la cintura y me hacía sentir su tieso garrote. En un momento le dije: Ricardo, ¿qué estamos haciendo? Me miró y me besó con suavidad, luego me mordió los labios lento pero fuerte, al final parecíamos dos locos comiéndonos la boca. La canción terminó y seguimos hasta que alguien chifló y otro aplaudió, nos separamos asustados, pero al ver que muchos volvían a aplaudir y chiflar, cual escena dulzona de película gringa, nos abrazamos y reímos.

Terminada la botella, nos miramos cómplices y él dijo: estamos más cerca de mi casa, vamos. No dije nada, me levanté y lo seguí. No voy a contar lo que pasó esa noche en su cuarto, pues descubriría todos los deseos acumulados por Ricardo, que pude realizar. Lo que sí diré es que mi sorpresa fue grande cuando me dijo que el significado real de las letras MCTQCP tatuadas en su hombro izquierdo hace cuatro años, eran: Mamacita Catalina Te Quiero Clavar Pronto, y no, Mónica Cuanto Te Quiero Cuídate Princesa. Esa noche Ricardo fue coherente con el primer significado.

Desperté a las 11:00 a.m. con dolor de cabeza. Estaba sola en la habitación. Ricardo me había dejado una nota: “la llamo cuando llegue. Cuídese. En el comedor está su desayuno”. Quedé triste. Los días siguientes pensé mucho qué pasaría con Ricardo. Lo tomé con calma, pero cada día esperaba la llamada. Mi mamá me sacó del ensimismamiento una noche: Cata, hija, ¿ya le llegó el periodo? No mamá. Mire que el médico recomendó estar pendiente después de la operación, que ahora se le iba a regular cada 28 días. Mamá, ¿recuerda la última vez que me llegó? Claro hija, el último fue el 15 del mes pasado, o sea que ya le debía haber llegado, hoy es 14. Pues no me ha llegado, dije. Bueno hija, esté pendiente y me avisa. La noche con Ricardo había sido hacía 15 días. Me preocupé. Esperé dos días más. No me llegaba. Tampoco la llamada.

En la droguería compré una prueba de embarazo. En el baño observé con el corazón a mil las barritas de la pasta, que fueron cambiando de celeste, azul claro, azul rey, violeta, ¡bingo! Mierda, ¿y ahora? Tuve ganas de llorar pero me calmé y para estar segura me hice una prueba de sangre. Me dieron el resultado a la hora. Abrí el papel en el baño del consultorio: Positivo. Mierda.

Quiubo Cata, siga. Hola Ricardo, siga. ¿Cómo va todo? siga. Bien, ¿y usted qué tal por allá? siga. Súper, mejor imposible, siga. ¿Cuándo vuelve? siga. En 15 días, aquí he podido pensar y aclarar muchas cosas, siga. Ah bueno, ¿y qué cosas? siga. Cuando vuelva le cuento, siga. Ah listo, pues que la siga pasando bien, siga. Listo, la llamo después ¿bueno? Siga. Bueno, entonces hablamos, siga. Central gracias, cambio y fuera, dijo.

Volvió a llamar. Hola Cata, en dos días vuelvo, siga. Perfecto Ricardo, siga. Y ¿qué hay de nuevo por allá? Siga. Se la solté de una.

Ricardo, estoy embarazada, siga... Ricardo, hola, ¿esta ahí? Siga. Aquí estoy, siga. Ah, bueno, siga. Hubo otro silencio de 10 segundos ¿Y qué ha pensado? Siga. Cogerlo con calma, siga... Dije que cogerlo con calma, siga. Escuché, siga. Bueno, quédese tranquilo, cuando vuelva hablamos, siga. Listo, hablamos entonces, siga. Gracias central, cambio y fuera, dije.

Ricardo llegó a mi casa y me entregó una caja de chokolatinas Milky Way. Por sí le empiezan a dar antojos, como sé que le gustan, dijo. Fue directo: ¿Y qué vamos a hacer? Agradecí que no dudara de que él fuera el responsable; estábamos nerviosos y la tensión era evidente, así que le ofrecí y me tomé un whisky que nos bajamos de un trago. ¿Y entonces?, insistió. Decidí que lo voy a tener sola o acompañada, así que no se preocupe, puede seguir su vida. Se levantó y me miró fijamente: mire Catalina, los dos queríamos desde hace años que pasara lo que pasó. El motivo central de mi tatuaje al inicio, era tener sexo con usted, pero después empecé a desear tenerla cerca, de darnos una oportunidad cuando termináramos con Mónica y Pipe, y aunque esto no era lo pensado, nos pone en ese camino. ¿Qué sugiere, entonces?, dije. Que lo intentemos, dijo. Casi grito de la alegría. ¿Cómo que lo intentemos? Pues eso, que intentemos ser novios a ver cómo nos sale. ¿Y el amor?, pregunté. Ya veremos, dijo.

Mamá, cuéntame otra vez el cuento de cómo vine al mundo. ¿Otra vez Mariana? Sí mamá, es que me gusta. Bueno, espera. Fui al cuarto y traje un certificado médico de 9 años atrás. Leí el contenido: “Clínica Materno Infantil. Antecedentes: paciente con legrado uterino, extracción de miomas y de ovario derecho por invasión sanguínea y estrangulamiento. Diagnóstico de embarazo: al momento de la cópula no hay óvulo; esperma paciente que sobrevive, espera óvulo para fecundar. Tras 48 horas de la cópula hay ovulación y el esperma paciente, fecunda”.

Empiezo a contar. Érase una vez unos príncipes que habitaban el Condado Espermacópolis que habían sido condenados a muerte por un hechizo del espíritu maligno llamado Uterus, quien quería apoderarse de sus almas. Para salvarse de la muerte debían alcanzar el amor de la princesa Ovula, hija del rey Carlos Ovario Izquierdo, pues sólo un beso suyo podría romper el hechizo; los

príncipes llegaron hasta el castillo de la princesa y empezaron a cantarle debajo de su balcón, esperando a que saliera; como el rey era muy bravo, prohibió a la princesa salir a saludar a los príncipes; dos días duró la princesa para convencer a su padre de que la dejara salir al balcón, tiempo en el cual los príncipes no dejaron de cantar ni de mandarle mensajes amorosos. Finalmente la princesa apareció muy tiesa y muy maja en el balcón y preguntó: ¿quién de ustedes quiere recibir mi beso y salvarse de morir por el hechizo de Uterus? Todos levantaron la mano. Pues bien, dijo la princesa, el que primero dé dos vueltas al reinado de mi padre y llegue frente a mí luego de escalar este balcón, será el ganador de mi beso, y de la vida. El ganador fue el príncipe Mariano de Espermacópolis, quien tan pronto tuvo a la princesa en frente, no esperó a que ella lo besara sino que se adelantó a besarla y de este beso, que era un soplo de vida, naciste tú, mi preciosa Mariana.

¿QUÉ LO CURA?

Andrea Paola Vargas Quiroz



Yo:

Abro los ojos. Tabernáculo. Escalera suspendida en el aire, alguien está en uno de sus bordes. Muro azul, verdes amaneceres, rojo roto o haciéndose pedazos, barcos incrustados en el pasto, caña de pescar desplegada en torno a un suspiro, no pez, no huesos, deseo que nada en aguas turbias y luego es agarrado desprevenidamente.

Terapeuta:

Ella Intenta dibujar sobre el emborronado territorio de su niñez. (Anotación en la historia clínica).

Yo:

Quiero encontrar la tierra prometida. Sé que ella está en el patio, entre el pasto y con mis trencitos de juguete. Está en las plantas de hojas largas donde las cosas se pierden para siempre. Ahí donde me perdí yo también para siempre. A los cinco años todo ese patio de siembra que era nuestro bosque más inmenso, dejó de serlo.

Terapeuta:

Me gustaría más saber cómo van sus apuntes, sus recuerdos (escribe en la bitácora).

Yo:

A lo que ellos llaman locura, yo les llamo fotografías a contra luz. Luz y sombras enhebrándose. Pensamientos que ya nadie coge. La botella. El licor resuena en mi garganta. No quiero levantar las rodillas porque son de plomo. En estos días donde se hace de noche tan despacito, donde el moho empieza a ser pared, donde la pared irriga los huesos, donde el punto rojo que se da de un cigarrillo en la oscuridad se convierte en la trama de una historia... ¿qué le produce esta imagen doctora?

Terapia:

Ordénesele hacer burbujas de jabón, pompas de jabón.

Yo:

Soplo y siento que se estanca el aire. Soplo para desyerbar el alma. Voy a liberar este huevo de jabón sobre el potrero.

Visitas:

Hoy vino mi amigo Fredy con papel nuevo, carboncillos y plumillas de colores. Le agradecí con una sonrisa. Me dijo que aunque no lo diga a cada rato está pensando en regresar a su niñez como lo hice yo a mis treinta años. Él trabaja como profesor en la universidad y no le queda tiempo para retroceder. Ella recibe, en palabras de Fredy, lo que ella misma había dejado de dar en veinticinco años.

Fredy:

Sí, juguemos en el bosque. Vistámonos con *shorts* y camisetas verdes. Juguemos a que no somos adultos. Quiero jugar con el cabello de mamá, quiero verme en su cara risueña, en sus ojos verdes, en su cuerpo joven. Quiero que mi hermano me tome de la mano y me lleve corriendo, quiero que me empuje en mi triciclo rojo a mil kilómetros por hora. Quiero mojarme la cara con pistolas de agua, quiero declararles la guerra a los gnomos que viven en frente de mi casa y no sé, llenar la calle de pepas de mamoncillo. Quiero arrancar las hojas del cuaderno de matemáticas para hacer avioncitos de papel. ¡Hola!, debo apurarme para encontrarme con el vecino y tender un tapete de ilusiones en el andén. Vamos a jugar hasta que el sol se muera...

Yo:

Los sueños rebotan por nuestros sentidos. La terapeuta, desde lejos nos mira de reojo. Sí, todos hemos olvidado algo en el tiempo: los juegos..., cómo..., cuando... ¿en dónde quedaron esas tierras y esas arenas con las que hacía mis tortas y pasteles? Y... mi juguete, ese que tanto quería ¿dónde te lo dejé? Y la sombrillita que hice con un alambre y una matera? ¿Recuerdas? Los juegos nos quedaron atragantados en las gargantas.

Fredy:

Soy hermosamente gemelo de un estallido profundo... *y así fue*, muchos soles murieron, muchos juegos se olvidaron. Ya no recuerdo a qué sabe el mamoncillo. No recuerdo la cara que mi mamá tenía de joven. Se me olvidó el sabor de la alegría, la sonrisa ahora es una sonrisa invertida. No sé cuándo sucedió, a veces quisiera salir a jugar, pero mis piernas están rotas, mi cara no es la misma, mi cabeza deambula de un lado a otro, el reloj me persigue sin piedad... su más reciente crisis me hizo comprenderlo.

Seis meses antes:

Aquella noche se balanceaba pronosticando su locura, de sus ojos se escapaba una estela de lo que vio a contraluz. Siluetas dibujadas sobre un cuadro de papel. Cojos llegan y toman asiento en el lugar donde las paredes son puertas para otros mundos. Este mundo mío es tranquilo, risueño sobre la piel de esta extraña oscuridad. Pastos densos, chupetas de colores, chupetas de chocolate, chupetas de coco. Los bolsillos llenos de golosinas. ¿Cómo no quitarle las colitas a los caramelos en forma de conejo, de oso, de...?

Yo:

Abrí la puerta a la voz de mi niñez encerrada por dentro, trancada con tranca, aquella que se me esconde tan abajo y tan adentro como para nunca pedir ayuda, y no pediré ayuda. ¿Qué ayuda me pueden dar aquí, en el sanatorio? ¿Quién fuera de aquí, no querría retornar a su infancia?

Terapeuta:

No le noto interés alguno en regresar a la realidad.

SEGUIR VIAJANDO

Martín Cuitzeo Domínguez Núñez



I

Robamos un banco. Todo se valía con tal de seguir viajando. Llevábamos casi diez meses en Paraguay. Deseábamos ir a Argentina. A veces lo que juntábamos con la guitarra eléctrica no nos alcanzaba y teníamos que dormir en los parques. Sin embargo, a pesar de las dificultades, no queríamos regresar a México.

El día del asalto B. B. estaba vestido con una guayabera blanca y grandes lentes de pasta. Parecía un gordo trozo de pan. Nos dirigimos al banco. Esperábamos la señal de su conocido. Mientras tanto, como para convencerse a sí mismo de que estábamos haciendo lo correcto, B. B hablaba conmigo. Yo jugaba con mis dedos.

—Buscamos trabajo ¿Cuánto nos pagaban Francisco?

Yo me miraba las uñas y las mordisqueaba.

—Teníamos que hacerlo.

Él habló, explicó detalles. Yo permanecía callado. Saqué un chicle y me puse a mascararlo.

—¡Despierta Francisco! —me gritó.

Yo no le hacía caso. El obeso y barbudo rostro de B. B se puso violeta.

—Escucha imbécil —me tomó violentamente de las solapas—, yo te salvé del perro de Paul. ¡Carajo! —me espetó poniéndose rojo—, eras una piltrafa humana, le pedías dinero a un tipo para pagarle al otro.

Mi cuerpo parecía un fideo en las manos de B. B. Me comenzó a doler el cuello. Él me estaba apretando con mucha fuerza. Sin embargo, eran sus palabras lo que en realidad me estrangulaban. Tenía razón. Me había salvado de mis acreedores. Me sentía culpable por no tener el mismo ímpetu que él.

—Hice de ti un viajero.

Yo agachaba mi cabeza rapada. B. B. se cansó y me devolvió de nuevo a la tierra.

—¿Seremos viajeros y haremos todo lo necesario para seguir adelante?

—Sí —afirmé sin mucha convicción, pero B. B, debido a su sobresalto, no notó mi desgano.

—Bien. Toma —Me dijo emocionadísimo mientras me entregaba una pistola—. Tú irás atrás de mí. Me cuidarás el culo.

A pesar de mi apatía, las instrucciones me pusieron nervioso. Yo nunca había manejado un arma.

II

En Asunción ocurrió todo. Habíamos salido de Capitán Pablo Logonenza huyendo de mi acreedor Paul. Él era un empresario norteamericano dueño de varios casinos. Aquel maldito calvo me había prestado dinero en mis tiempos más difíciles. B. B. me ayudó a librarme de él con diversas argucias.

Cuando en nuestra huida llegamos a Mariscal Estagarribia firmábamos cheques falsos, tocábamos la guitarra en la plaza y nos escabullíamos de los hombres que Paul había mandado para seguirnos. Marchábamos de ciudad en ciudad. Yo iba aprendiendo el arte de mantener vivo el fuego del viaje. Entonces, comencé a sentirme distinto. No era ya el trotamundos miserable, ni el flacucho rockero fracasado que había escapado de México. Era el viajero, el

hombre de mundo. Gracias a B. B, ese tipo con sobrepeso que había conocido en Paraguay, la existencia se me revelaba como un viaje.

Sin embargo, aquella vida llena de sentido se esfumó cuando nos comenzaron a rebotar los cheques falsos en Asunción. Volvimos entonces a dormir en las bancas y a tocar en la calle. Me deprimí. Quisimos ser decentes. Buscamos trabajo como artistas en cafés, clases como maestros de música. En ningún sitio nos aceptaban porque nuestro pasaporte se había vencido. Fuimos ayudantes de cocina pero nos despidieron por nuestra torpeza para lavar trastos. Parecía que ya no podíamos seguir con la travesía.

En medio de la desesperación, un viejo conocido de B.B lo contactó. Planeó junto con él lo del asalto. Yo no supe muchos detalles. Aquel hombre consiguió una camioneta, un equipo de asaltantes y papeles falsos. B. B. eligió el banco. Se entusiasmó. Aquello le recordaba sus tiempos universitarios en México, cuando para apoyar a su grupo de artistas atracaba bancos en Guadalajara.

Yo, sin embargo, a pesar de toda aquella exaltación, seguía deprimido. Me daba lo mismo todo, que fracasáramos y me deportaran, que nos atraparan o seguir nuestro camino. Hundido por la indiferencia, no me percaté que B. B mencionó algo acerca de un empresario extranjero que iba a participar en la operación. B. B, tal vez borracho de alegría, tampoco se dio cuenta.

III

El asalto fue rápido. Para ocultar nuestra identidad usamos máscaras de luchadores mexicanos que B. B. había conseguido quién sabe dónde. No hubo al principio mucha resistencia pero las pantorrillas se me torcían. Estábamos retirando el dinero. El conocido de B. B coordinaba las acciones. Yo iba a la espalda de mi amigo. La pistola me temblaba. Entonces una mujer gritó. Jaloné con B. B. Se me abalanzó. Los pulmones se me fundieron del miedo. Por un instante no estuve allí. Mis oídos colapsaron. No recuerdo el disparo, sólo una mancha de sangre en la pared. Fue el no tiempo. Luego todos los kilómetros recorridos se me vinieron encima. Era más de lo que yo podía mascar. Corrimos hacia la salida.

Manejamos con dirección a Encarnación. Yo no dejaba de morder mi chicle. B. B movía las piernas y conversaba con su conocido. En la camioneta los otros miembros del equipo iban como si nada hubiese ocurrido. Llevábamos el dinero, los documentos falsos y nuestras cosas. Poco antes de llegar a Encarnación la camioneta se detuvo. Nos bajamos a ver qué ocurría. Un auto nos había cerrado el paso. Había cuatro hombres. Paul estaba con ellos. De la camioneta se bajaron los miembros del equipo y el amigo de B. B. Todos nos encañonaron. Nos quitaron el dinero, las máscaras y nuestras pertenencias.

Paul se me acercó.

—La deuda no está pagada —sentenció. Su calva relucía.

Caí en la cuenta de todo. La mención al empresario extranjero, el misterioso contacto por parte del equipo, las facilidades. Nos habían tendido una trampa. Nos metieron a un auto abollado y pintado de color crema que giró en dirección contraria a la frontera. Íbamos de regreso a Asunción. Los mosquitos nos comían. Las suelas rotas de las botas se me clavaban en las plantas de los pies. La sangre en la pared del banco y la voz de la señora me rasgaban. B. B sonreía. Conforme nos acercábamos, las luces de la capital se encendían.

—Nos traicionaron pero no pueden quitarnos el arte de viajar. Las luces Francisco, mira las luces.

Calló por algunos minutos y luego agregó:

—No importa lo que hoy sucedió. Somos viajeros, unos buenos viajeros.

Los hombres que nos capturaron se burlaron.

—Uy qué buenos viajeros. Les espera un hotel de lujo.

Entramos a la ciudad. Asunción entonces se me hizo enorme, sentía que sus sonidos me agotaban. Tenía hambre, sed. Seguía sin poder alejar de mí el espectro de aquella mujer reventada en el banco.

Nos bajaron en un casino. El conocido de B. B estaba allí junto con otras personas. Nos condujo hasta un cuartito gris. Me agarró de los hombros y con una vara me azotó la parte de atrás de las piernas. Otro hombre le arrancó los lentes a B. B. Le jaló las barbas. Le pateó el rostro.

—¡Traición! Nos robaron el fuego —Aulló B. B

—Como me hiciste en Guadalajara ¿No te acuerdas idiota? —Le gritó mi torturador.

Nos llevaron al baño. A mí me sumergieron la cabeza en un excusado hasta casi ahogarme.

—La deuda no está pagada imbéciles —graznó el traidor mientras me agarraba del cuello de la camisa y me sumergía la cabeza una y otra vez.

Me sentí agitado. Mi cuerpo y mi voluntad se asfixiaban. Pensaba en la señora del banco. Busqué un asidero, algo que me tranquilizara pero ya nada me limpiaba la mancha en la pared. Volteé a ver a B. B. Tenía la guayabera mojada y teñida de púrpura. Por la barba entrecana le goteaba sangre. Escuché, entonces, entre sus aullidos a Paul.

—Grandísimo cabrón, cuando tú y tu amigo me acaben de liquidar los intereses ordenaré que los deporten a México.

Supe entonces que la travesía por Paraguay había terminado. Después de robar, de herir, de hacernos los listos, mi viejo acreedor y el conocido de B. B nos habían emboscado. Lo habíamos intentado todo; sin embargo, ni siquiera el asalto al banco nos había permitido seguir viajando. La sangre de la mujer en el mármol me escurría por dentro.

UN SANTO INMORTALIZADO

Lorena Díaz Sierra



El día se acercaba. No pensé que ese viaje de “trabajo” sería el final de mi admiración por él. Nunca se me pasó por la mente que desencadenaría desgracias, descubrimientos y un karma, que parecía muerto pero que terminaría inmortalizado.

Y allí estaba yo, llegando a la ciudad del desencanto. Y no es que no fuera bella, era que la recordaba diferente. Pisaba la nueva tierra con una maleta cargada de misiones, como un ángel caído buscando justicia, rodando por las calles grises, mojadas, con una rueda de pruebas y planes para encontrarme con el destino: un ser humano, que desde el pasado y hasta este momento, veía solo con los ojos del alma.

—¿Cómo será? —me pregunté mirando al horizonte cortado por montañas de cemento.

—Será como tú lo imaginas: bajo, sencillo, con alas... San Rafael —decía mi conciencia en tono sarcástico.

Y es que me imaginé un ángel. San Rafael no era cualquier destino turístico y menos la estatuilla de mármol fino en una iglesia; un ser humano, de carne y hueso, pero que sólo conocía con la voz

del alma y visto de esa forma, adoptó en mí la postura de un ser divino. De un ángel que arrasaba deseo y destilaba pasión, no como los santos que algunos conocemos: figuras políticas que incitan miedo, o por el contrario, a los que les ponemos una vela para que nos hagan el milagrito. Este, sin duda, al que iba a conocer, era uno diferente: alma de santo encarnada en un hombre y bautizado en condena, porque a eso te ataba cuando lo conocías. Te ataba a amarle, encenderle velas de ruego, a crear una dependencia amorosa que hasta el mismo David Copperfield con sus dotes de ilusionismo y convicción se inclinaría a sus dotes de convencimiento.

Sí, así de grave me tenía. Pero... ¿qué iba yo a saber que un santo tendría tanto poder? En mi maleta llevaba la daga, la tijera, el arma corto punzante, las armas que me podían proteger, porque todo podía pasar cuando al dirigirme a esa sabana, San Rafael usara su lado angelical o su lado humano para dominarme.

Decidí entonces embarcarme en un vehículo, rumbo a mi destino. Perdida entre la cantidad de oxígeno, a raíz de la cantidad de gente que ingresaba en él, fui saliendo de la ciudad y sentada en un puesto con vista hacia la carretera empezó mi rumbo al cielo infernal, lugar donde vivía San Rafael. A medida que el vehículo andaba, me iba fundiendo en los recuerdos de este juego y en cómo mi vida llegó a colgar de un santo. Mi mente parecía una cinta cinematográfica en la cual se encarnaban los mejores momentos de mi relación con él. Cuando lo conocí, me dije: no puedes tener algo con él ¡es San Rafael! (como si fuera el último santo del cielo). Pero sus palabras pasaban por mis oídos, hipnotizaban mi corazón. Le creí todo. Hasta un te amo. Él, con el objetivo de demostrar que era poderoso y que podía conquistarme, hacía más milagros que el Divino Niño, trabajaba más que cierto presidente, y mentía y timaba como lo hacen los buenos abogados. Yo primípara en el tema, siempre me dejaba llevar por la corriente, su inocente pero disfrazada corriente como una devota ferviente, hasta que tanta devoción, sin obtener nada a cambio hizo que disminuyeran mis súplicas hacia él. Tenía fiebres de sábado por la noche y no precisamente por la película, sino porque como todo santo que se respete, este beato sólo aparecía por temporadas y de las formas más extrañas, pero comunes y corrientes como en algunos pueblos del Caribe,

en donde aparecen en cualquier lado las señales de los santos. Yo recibí su llamada en una taza de café mientras desayunaba, y me enviaba mensajes en algunas hojas de los libros que leía. Fueron pocas las apariciones, pero me dejaron sin aliento, como si flotara en una nube invisible y volara por un jardín de rosas artificiales. Era un santo astuto. Sabía mover sus velas, perdón, sus fichas. Todo era hermoso hasta que empezó a llover. Sí, a llover; llovían ausencias, mentiras y dudas, muchas dudas. Ante tanta espera recuerdo que saqué mi paraguas, un chaleco y encarnando la versión femenina del agente 007 empecé a buscar información del dichoso santo y, adivinen, Rafael sí se llamaba pero de San, solo tenía esto: *Solo Alguien Nulo*. Y fue desde ese punto que empecé a verificar las características “puras” del dichoso sujeto. Según él, era el santo más aclamado de la sabana de Cielo Infernal, lo cual era falso puesto que poca gente lo conocía. Además, afirmaba que era tan bueno que tenía más velas que una procesión de pueblo, pero en realidad era tan pobre y miserable que con mentiras y farsas no tenía velas sino parafina.

Fue así como poco a poco me di cuenta del lado humano de San Rafael. Sólo me faltaba verlo y comprobar por mi cuenta que Dios no tuvo nada que ver con la creación de semejante criatura. Alguien que para sentirse amado, no usaba el afecto como herramienta sino la mentira como arma. La mentira, esa que mueve al mundo en pos de ella y a su antojo, aquella que tiene tantos seguidores que es difícil no sentirse atraído, atrapado y uno de estos fue san Rafael, quien para sentirse amado, aceptado y querido mintió sobre su verdadero yo y su verdadera existencia disfrazándose de santo y ángel, a quien yo inocentemente creí. Pero fueron ciertos hechos y la realidad, esa que es verdadera y que nos choca con el presente la que poco a poco me ayudó a vislumbrar que san Rafael no sólo decía mentiras, sino además, un pasado sórdido y oculto que yo iba a descubrir y derretir como una vela. Lo iba a matar con ayuda de un conteo regresivo.

Un freno y la bocina del bus me despertaron de mi puesto. Después de 45 minutos de viaje había llegado a la sabana de Cielo Infernal. Fue como la divina comedia pero con un giro de 180 grados, puesto que en el paraíso, mis pensamientos me hacían caer en cuenta de la borrosa y celestial idea que tenía de san Rafael, pero

que de un tirón me sumergiría al purgatorio de mi realidad, y a un posible infierno, similar al de Dante con una expectativa incierta de la realidad que me esperaba.

Al llegar a ese lugar me sentí extraña. Todos me miraban raro. No era común que alguien con semejante pinta y a esa hora del día bajara del cielo brillando, como retando al inclemente sol. Los habitantes del pueblo eran diferentes. Senté cabeza, no era el típico pueblo ni el típico clima. Era el infierno. Al dar los primeros pasos, quise explorar el lugar y mi piel tibia y fresca chocaba con ese clima ardiente. Mis alas que sí eran de verdad, parecían ser el centro de atención de los nativos. Todo era raro hasta que vi algo de civilización. Un lugar de esquina de color rojo donde podía pedir el servicio de llamadas y comunicarme con la línea celestial de san Rafael. Mientras desocupaban el celular, empecé a preguntar por él. En mi mente esperaba tumultos de personas hablando de sus milagros, con afiches de él en las paredes y con estampillas en sus cuellos. Pero no, los pocos que lo conocían hablaban tan mal de él, utilizando palabras como vago, cabrón, mentiroso y vividor. A medida que las señoras hacían su agosto informándome sobre él, mi mente decía: “¡Dios mío!, ya entiendo por qué no lo creaste tú”. Tan pronto marqué el número, entró la llamada. No sentí la emoción y curiosidad que esperaba sentir, pero ya había sacado de mi maleta la tijera para cortar su encanto y la telaraña que tenía sobre él y con valentía, asumir la realidad.

Después de 3 minutos ya tenía la dirección, solo debía seguir derecho, desde el lugar donde me encontraba. Mientras caminaba y pensaba en él, me sentía como en las procesiones de mi bello Santiago de Tofú con un paso adelante y dos detrás y no era por miedo, sólo que estaba dejando atrás la imagen y lo que sentía por san Rafael paso a paso para adentrarme a la cruel realidad. Caminaba tan lento que el calor hacía que mis ojos verdes se recalentaban y se guardaron bajo las sombras de unas elegantes gafas. De repente lo vi. Según la descripción telefónica tenía una camisa roja y allí venía, lo veía a lo lejos. Caminaba como si tuviera problemas para hacerlo y el choque con la realidad fue bestial. No sabía si era por efecto del ardor en mis ojos o el encuentro tan seco con las circunstancias que, sinceramente, llegué a pensar que yo, esta joven soñadora

delante de él era la Virgen María, porque toda su descripción era anatema y mentira. No se veía como un santo y su aspecto físico más bien hablaba de un Sancho Panza. No era un santo y mucho menos hermoso, a duras penas medía 1,58 metros, el resto de él, se lo dejó a su imaginación. Al verme, entró a una droguería quizás para pedir un inhalador según el impacto o una pastilla que hiciera que cambiara su apariencia. Al llegar, me sentí poderosa ante semejante pequeñez. Al verlo supe que sus alas eran de cartón, su corazón de metal y su carne, absolutamente, no era deseable.

—Hola. ¿Cómo estas?

—Perplejo de verte —confesó mientras su cuerpo se veía paralizado y sus ojos asombrados.

—Estoy bien.

—Al fin te veo. Eres hermosa.

—Sí. Al fin te veo san Rafael —dije seductora—, muy diferente a la ficción que cuentan.

Decidí seguir a su morada santísima, mientras que de mi boca salían dagas que poco a poco lo destruirían.

—Te traje varios regalos.

—Qué interesante. Pero en serio ansiaba verte —respondió en tono macabro y algo morboso.

—El primero es este paquete. Ábrelo después de que me marche.

—¿Y el segundo? —preguntó con los ojos abiertos como el lobo con Caperucita.

Tuve que pensarlo varias veces antes de besarlo. Era un santo falso. Pero si hay algo que sabía era que mis besos lo atraparían, seducirían, lo dejarían sin aliento y con un veneno invisible que lentamente lo mataría. Lo besé. Fue un beso que transmitía todo lo que él quería, esos secretos internos que los ángeles no cuentan, besos apasionados que transmitían sus fantasías más íntimas pero prohibidas por su condición de ángel. Me sentí Rosario Tijeras. Quería caparlo, pero de santo pasó a demonio y pensó que lo que sentía era mutuo. Quería que fuese suya.

—Esto fue un beso de lástima —dije.

—Disculpa, ¿un qué?

—Uno de esos que das de manera falsa —alegué, limpiando mis labios con un pañuelo.

—¿No te gustó? ¡Qué te pasa!

—A mí nada. Tengo que irme. Rafael, hay algo que un santo como tú jamás entenderá. Usas las mentiras para taparlo.

—Ja ja ja, ¿qué es? —expresó con su aliento cerca del mío.

—El desprecio humano. Tengo que irme, ya tuve mucha diversión por hoy, pero después de que leas el contenido de ese paquete tendrás compañía.

Mientras me alejaba veía cómo él en la esquina de su casa, miraba sorprendido los documentos en su contra. Rafael en realidad era un falso y usaba su fama y su nombre para falsificar su vida. 15 minutos después San Rafael recibió su visita. Fue retenido, su nombre y sus injusticias incidieron en su arresto. La realidad era que se hacía pasar por santo como muchos en este país. Se aprovechaba de la misericordia e ingenuidad de los demás para satisfacer sus necesidades, su billetera y su ego, su lado humano.

LA CARACOLA DE CRISTAL

Juan José Pacheco Pino



La oscuridad retorna. Ella desconoce cómo pierde conciencia y se extravía de nuevo en ese laberinto en forma de caracola. Y por qué despierta después en un cuarto viejo de paredes y piso de madera. Allí apenas está lúcida. Alcanza a ver cómo la luz parece florecer entre las tablas. Siente que el viento abre la puerta y juega en los rincones, en el techo. Todo cambia y no sabe cuándo. Se deja llevar por el sonido que viene desde afuera. Se levanta de la hamaca, camina con los pies descalzos hasta la puerta y la cruza. La luz es más intensa. Una brisa inadvertida sacude su pelo y le levanta la pijama. Al frente, el mar inmenso besa una playa limpia. Por primera vez recuerda ese pequeño lugar que la rodea. Identifica el balcón, la cabaña, la isla... Dirige su mirada a un hombre sentado en la arena. Se sorprende. Lo conoce muy bien y por eso se siente más tranquila. Baja una pequeña escalera y corre desprevenida hacia él. Las olas alcanzan de vez en cuando a mojar sus pies blancos y tiernos. Se atollan al paso por la arena húmeda, pero no es ningún obstáculo. No pretende que todo desaparezca de nuevo. Pronto se detiene y se sienta. Queda de espaldas al hombre. Lo abraza y lo besa. Ambos

miran el mar, quietos, como si hicieran parte de una fotografía, como simples náufragos del tiempo.

Podría haber pasado mucho. Él se volteó y le da un regalo.

—¿Qué es?

—Una caracola de cristal.

—¡Es preciosa!

—Los nativos dicen que permite retornar a esta playa cuantas veces quieras.

—¿Regresar aquí?

—Ellos creen que podemos vivir por siempre en este lugar.

—¿De dónde la sacaste?

—No fue fácil encontrarla. Más o menos hacia allá —dice, mientras apunta con el dedo el mar—. Muy adentro.

Ella le da un beso. Después se queda como abstraída en el objeto. Tiene muchas espirales en su concha y la luz se aprecia en múltiples colores. Una idea divaga en el aire.

—¿Quieres intentarlo?

Las cosas parecen moverse lentas. Una ola espumosa los moja y ellos se abrazan. Ríen. Se miran a los ojos.

—Deseo creerlo, por tí. ¿Qué hago?

Él le responde sin prevenciones:

—Primero te acuestas en la arena, pones la caracola en tu pecho, respiras profundo y cierra los ojos.

Cierra los ojos... ciérralos.

Confía en sus palabras, también en lo que siente y por eso podría regresar cuando quisiera, podría hasta vivir junto a él por siempre en esa playa.

Así que sigue cada paso que él le indica. Ella cierra los ojos. Entonces, otra vez, se repite el mismo temor. De nuevo la oscuridad. Ellos no saben que sólo existe un camino para regresar: aquel que termina donde vuelve a comenzar, como una serpiente que se muerde la cola. En esos recovecos no hay sonidos, ni silencios, y la continuidad adquiere un valor exacto que se retuerce en el infinito.



POESÍA

DIOS LE PAGUE: AMÉN QUÉ ASÍ SEA

Julio Mauricio González Arbeláez



Finalmente serán oficiadas nuestras bodas al desnudo,
ese himeneo evitado en la infancia.
Ahora el campesino decidió no ahogarse más con esa maldita oclu-
siva velar sorda
¿Cómo?, ¿cuándo?... Primero tendrías que haberme avisado el día
de tu muerte
y así reunir las provisiones adecuadas: disposición para el abrazo, una
caricia a escondidas, la sed suficiente para ingerir tres pocil-
llados de café
hirviendo y cuatro cremas con el chocolate del desayuno (dispuestas
horas antes en la nevera
no frost arrebatada a la miseria).
Ahora mismo, mientras escribo, me estoy despojando, con cada
letra, de una culpa incesante como el deseo de hurtar uno de
tus cigarrillos, apuntados en la cuenta del destino (¿fiados a una
cuadra?).
Esos llamados hijos tuyos no tuvieron el suficiente tiempo la ni
anchura de corazón para permitirse mirar cómo las lágrimas

te olían a soledad, al insaciable anhelo de un abrazo que no
estuviera condicionado por el horario del trabajo, la necesidad
o la distancia de una excursión
a “la costa”, y, por qué no, por haber sido elegido en una guerra
inútil.

Las vestiduras fueron lanzadas lejos de la nostalgia,
porque conservo tu sonrisa inmanente a la mía.
Feliz noche de bodas, aquí te entrego mis votos.

EN ESTA NOCHE OCULTA

Mayra Izquierdo



Las estrellas desiertas y consumidas
en su propia luz,
son migajas desprendidas del alma,
que como pétalos,
en un momento de suspiro mueren secos.

La sombra del cielo acompaña
el silencio de la noche
y aún es invisible para los ojos
del mundo.

Cada palabra,
cada piedra,
cada sonido del más remoto lugar,
cada inmensidad misteriosa del universo,
habita en este rostro oculto.

INVIDENTE X

Félix Molina Flórez



*“Aquella noche, el ciego soñó
que estaba ciego”*

José Saramago

(Juan 9:6)

Imaginas

que en la recámara están tus ojos. Sueñas.

1

Te ves feliz:

despiertas al lado del camino

con los ojos llenos de saliva y Iodo.

2

Te alistás a abrirlos,

limpias tus párpados con la esperanza erguida.

3

Los abres:

la misma noche te da la bienvenida.

LA AFECCIÓN MÁS BELLA DEL MUNDO

Eder Navarro Márquez



contagia con su luz, cada lecho,
cada ventana, cada silencio.

Verdes y azules del sumo brote,
pasmos de goces
de artificios y beldades
manifiesta en la esfera del reloj.

Su verso infuso...
nos devuelve el suspiro.

NEGRA

Mayra Alejandra Díaz

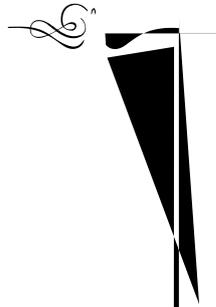


Ay negra,
cómo extrañaré tus pasos,
tu andar,
desprevenido de los placeres de la vida
y siempre alerta al dolor.
Extrañaré tus manos duras y grandes,
tus piernas gruesas y cansadas.
¿Por qué no me vendiste una alegría imperecedera?
Negra,
¿por qué no?
O un caballito volador, que me llevara hasta un cielo violeta
habitado por saxofonistas y escritores locos
y por muchas negras como tú, que anduvieran por ahí
moviendo las caderas y las nalgas
bajo lycras azules y desteñidas
y se detuvieran
en alguna tienda de ese cielo a fumar
en un cigarrillo

Las tristezas más recientes:
el hombre que no pudieron amar,
la niña que ya se amarraba los cordones.
Negra, mi negra,
voy a extrañar tus tobillos inquebrantables
y tus labios que nunca fueron vírgenes,
por fortuna,
y esa existencia tuya, tan única que no conoce de caprichos,
negra de boca ancha,
de verdades últimas y dolorosas,
tú que pariste agonizante el mundo
y lo llevas implacable sobre tu cabeza,
te vas liviana como el humo.
De cielo en cielo,
de tienda en tienda,
con la música y las alegrías.

MANIGUA

Edwin Tobón González



(A mi Guaviare)

Eres embrujo palpitante,
verde que trasciende y permanece,
vida persistente en cada hoja,
en cada respirar,
en cada trino.

Umbral de lo ignoto,
deidad de la frondosidad,
espíritu de la tierra
y de un cambiante imperio.

Quiso la naturaleza
armar tu silueta
con fronteras extendidas,
línderos sin cercas ni dominios.
Te cundió de secretos,
anegó de encantos.

Caños y ríos como surcos sin fin
trazaron, con singular geometría,
tus serranías y sabanas.
Se colmaron tus lagunas,
se poblaron tus cielos,
incontables especies vegetales
hincaron sus raíces en tu suelo.
La presencia del nativo
completó tu ciclo de génesis pequeño.

Se abigarraron tus atardeceres.
Se llenaron tus auroras de luz.
Tus bosques de brisas frescas,
aromas y fragancias,
tus noches, de pululantes sonidos
cual mágica interpretación,
tus conductos
de savia, sagrado nutriente,
código universal de la esperanza,
tu aire de minúsculos retazos de selva,
de semillas que al caer te perpetúan.

Permíteme, refugiarme en tus entrañas,
saciar en tus aguas impolutas
mi sed de esencia y pertenencia,
compartir la cálida humedad
que tu contagias,
retornar a un estado primitivo,
tratar de descifrarte
sin siquiera musitar palabra
para no profanar
tu encriptado silencio,
ser, componente ajeno de tu paisaje,
que se llene de esporas mi piel
y hagan en mí su nido las orugas
para verlas convertir
en libertad con alas multicolores,

un cauce que beba tempestades,
un ave, no rapaz,
que otee horizontes sin afanes,
un reptil, que se deslice
sin perturbar tu fragilidad.

Anhelo, extasiarme de tus soledades,
percibir el tenuísimo abrir
del brote tierno que se asoma,
del cascarón que se rompe
del germen de la vida
que rasga virginidades,
de la gota que al desprenderse
reparte oxígeno en milimétricas formas
y del viento que se filtra
entre los intersticios del follaje
haciéndolo vibrar con compases sibilantes,
del melodioso trascurrir de las corrientes
o sus apacibles sinuosidades.
Empaparme de estío sin hastío
y ofrendar mi fecundidad
a tu creación.

SANSÓN

Jefferson Perea Madrid



Beso los pezones de Dalila. Mis manos recorren sus violentas curvas que se desembocan en la efímera lluvia. Mi deseo está en su boca que se vierte tímidamente sobre mis hombros. De sus labios brota la plegaria de los dioses. Mi pecado se esparce entre las grutas de sus labios, entre los lazos formidables de mi locura. Mi cuerpo atado a su piel se desborda en una cadencia silenciosa que se desgrana, lenta, ágil, candorosa, incipiente, fugaz, leve, mortal, taciturna.

Mis oídos escuchan sus nervios respirar, en este aquelarre nudo de caricias. Mis labios escrutan hasta los íntimos secretos de sus huesos. Mi fuerza se disemina en su ombligo tembloroso, en su cadera desértica, en su vientre trenzado de oscura luz.

Hay gritos silenciosos en sus labios que se escapan continuamente como queriendo enmudecer las sábanas. Siento sobre mi espalda como si unas garras quisieran destrozarme la piel. Bebo el fresco sudor que emana de su pecho. Escucho el eco de los collares, de los zarcillos que se agitan tímidamente. Afuera la noche también se agita, camina con patas de hormiga sobre nuestra piel rendida... absorbida por la boca de dios.

SÓLO SILVIA, EN EL PRINCIPIO...

Darío González Arbeláez



“Vacías tu ser de todo lo que los otros lo rellenan: grandes y pequeñas naderías, todas las naderías de que está hecho el mundo de los otros. Y luego te vacías de tí mismo, porque tú —lo que llamamos yo o persona- también es imagen, también es otro, también es nadería.”

Octavio Paz

Silencio. Al principio todo es silencio o mucho ruido, cuál es la diferencia. Mi oquedad interior se prolonga al infinito en un cúmulo de palabras que se hacen voz, que se vuelven voz; vocablos que se hacen imagen, presencia, terror.

En el principio todos mis recuerdos flotan separados, ignorados; como partes de algún viejo navío, restos que sobreviven a mi naufragio, a mis muertes... a mí. Como el alivio que se escapa cada vez que trato de asirme; los veo pasar, lejos, mientras me ahogo; mientras me ahoga este terror a mis palabras, al mundo, a mí.

¿Qué hay en mi principio? Nada, no hay nada... Sólo antiguos vocablos que sobreviven, imágenes que me anteceden; voces que llaman desde la primera alba del mundo, desde la tierra del

primer hombre. Palabras, sólo palabras; la perpetua condena de nacer hombre, mi marca de mujer, tentación, deseo, vida y muerte. Muerte más que vida, pero, vida en el fondo de mi divinidad.

En un principio está la sensación de hacer algo mal, de ser descubierta, de planear algo nuevo... ¿Qué hay antes? Hay un hombre fuerte, inteligente, que me toma, que me abraza, que me besa la frente. ¿Qué hay ahora? Dolor, sólo dolor, de una niña, pero, dolor. Dolor de nacer sola, como si yo fuera mi propia madre, mi única amiga y mi amante... ¿Qué hay después? Tal vez nada. Quizás, por fin, me deje ahogar en este océano oscuro, silencioso, solo.



TEATRO

EL TABLERO

Andrea Marín Arcila



Jugada primera

(Un rey y una reina del ejército blanco. La reina se nota algo cansada, triste, aburrida, decepcionada. Su actitud no es confortable. El rey, sin embargo, no ha perdido su sonrisa y trata de amenizar la situación, cosa que no logra hacer).

(En plena partida de ajedrez el rey y la reina están inmóviles).

Reina: Concentración.

Rey: ¿Qué pasa?

Reina: ¿Cómo que “qué pasa”?

Rey: ¿Por qué no me hablas?

Reina: Todo se te olvida.

Rey: Pero siempre estaremos juntos, ¿no es así?

Reina: ¿Juntos? Tú eres una pieza y yo otra, estás hecho de madera y yo de piedra. Ya sabes que el azar no interviene en absoluto aquí y que se requiere de un gran esfuerzo intelectual para ganar, y los dos no tenemos nada que ver con eso porque nos controlan. ¿O

crees que fui yo quien quiso comenzar en la casilla blanca central de la primera fila del tablero o que la reina negra, mi enemiga, quiso estar en el lado opuesto?. Junto a mí te encuentras tú, el rey, y a tu derecha estaba el alfil que acabamos de perder por culpa de alguien que cree que nos conoce. ¿Y nuestros caballos? ¿Y las torres?, ya no tenemos dónde vivir, nos quitaron la casa, todo se lo llevaron. Seis peones negros han resistido, pero la mayoría de los nuestros han muerto en combate. Nos mueven por turnos, pero nuestro dominador es el peor jugador que haya conocido.

Rey: Me van a capturar.

Reina: Por supuesto. En los primeros quince movimientos nuestro jugador no desplegó su mejor estrategia, ni en el ataque ni en la defensa. Habiendo cientos de posibilidades para abrir este estúpido juego, no ejerciste presión para hacerlo cambiar de opinión y ahora se pelean por nuestra cabeza. No defendiste a nuestro peón en la segunda jugada. Jaque mate al rey blanco.

(*La Reina llora*). El caballo no está aquí para defendernos. Él era el único que podía saltar sobre las demás, pero lo hicieron parar en una casilla de distinto color a la inicial. Estamos perdidos en nuestra propia casa.

Rey: No te enojés, las cosas no van tan mal, es nuestro turno, me puedo mover un paso más, ir en cualquier dirección. Dame un consejo, ¿a dónde me debería mover?, ¿a la esquina?, ¿al frente?, ¿al lado?, ¿adelante?, ¿atrás?

Reina: Quédate quieto. No puedes moverte solo aún. ¿Ves la pieza que se encuentra justo delante del peón?, está a salvo, y no puede ser capturada. Cuando nuestro último peón logre llegar hasta la octava hilera podremos recuperar cualquiera de las piezas que hemos perdido. ¿Cuál quieres: la torre, el caballo, el alfil o (*se interrumpen*)... o la reina?

Rey: Tengo miedo.

Reina: Mira, ahora nuestros antiguos alfiles nos atacan, tienen nuestras armas. Ten cuidado, mejor córrete un paso a la derecha y en tres saltos llegarás a la guarida (*el rey se corre*), yo avanzaré en diagonal dos pasos y allí me encargaré de todo (*se desplaza*). Todavía no puedes morir porque se acaba todo. Tienes que moverte ahora, antes de que me obliguen a retirarme.

Rey: ¿Ves qué valiente soy?

Reina: No hables tan fuerte, nos tienen rodeados. Ya no sé qué más hacer. Y tú, ahí, que no te mueves si yo no pienso. Lo único que quiero ahora, es dormir.

(La reina se duerme).

Rey: La reina puede avanzar tantas casillas como quiera y en cualquier dirección: horizontal, vertical o diagonalmente, hacia adelante o hacia atrás. Ella es la más eficaz. Cuando se encuentra con otra pieza de su mismo color debe detenerse, pero cuando lo hace con una pieza del color contrario puede capturarla si lo desea, en cuyo caso la pieza se retira del juego y la reina pasa a ocupar su lugar. *(Mirando a la reina)*. Nunca has perdido tu lugar, sólo hoy. No tenemos a nuestro jugador, y el cronómetro avanza. *(Mientras la acaricia)*. Mi reina es la pieza más poderosa. Duerme tranquila que yo te cuido.

Jugada segunda

(La reina se despierta).

Reina: Estamos en la fase intermedia, ya hemos abandonado nuestra posición original, yo por ejemplo me quedé dormida, estamos prácticamente muertos. Durante esta fase se incrementa la intensidad de la lucha. A los ataques violentos se responde con contraataques y capturas, pero cómo responder, nosotros no tenemos fuerza. Los manuales no sirven para un mal jugador, que no entiende lo que es realmente un tablero. Para él es jugar, para nosotros es morir. Pero no podemos movernos solos *(Gira su cabeza y ve al rey)*.

Reina: *(al rey)*. Idiota, ¿por qué te duermes? Mira, vienen todos en patrulla, otra vez, con bastones, piedras, armas, fusiles, cadenas, nos van a devorar, es decir, te van a aniquilar; voy a quedarme sola. *(Grita)*. Cuidado, agáchate.

(De repente mira sorprendida al rey y salta hasta donde él está sin que el jugador se de cuenta) ¿Estás herido? ¿Pero qué ha pasado aquí?, ¿por qué no respondes?, ¿por qué estás rojo?, ¿no éramos blancos?, ¿qué pasó con todo nuestro ejército?, ¿fue porque me

dormí? Fue porque... porque... porque eres un cobarde y no pudiste vivir sin mí.

(Un bombardeo, todo el tablero empieza a despedazarse. Un latón de uno de los tanques de guerra se incrusta justo en el estrecho espacio que unía al rey y la reina, para separarlos. Después de este caos, el pedazo de tablero del ejército blanco desaparece. La Reina logra treparse a una casilla blanca que queda intacta).

Reina: Aunque el rey es la pieza más importante, pues con su captura concluye la partida, no es la más valiosa, ya que sólo puede avanzar de casilla en casilla, en cualquier dirección, hacia delante y hacia atrás, diagonal, horizontal o verticalmente, siempre y cuando la casilla en la que se sitúe no haya sido atacada por una pieza enemiga u ocupada por una pieza de su mismo color. Qué ciego fuiste. Ellos ya no eran de nuestro ejército. Te mataste solo.

(El caballo del ejército negro habla a la reina. Nunca se escuchan las palabras del caballo, sólo se escuchan las respuestas de la reina).

– Reina:

– ¿Cómo?

– Sí, no pudo resistir, pero ¿eso qué?

– ¿Y a cambio de qué me ofrece usted de nuevo la torre?

– No quiero marcharme.

– ¿No le han hecho daño a nuestro ejército?

– No, no sé, todavía es muy reciente y no quiero ver que mi piel se pone negra.

– Prométame que voy a quedar bien teñida.

– ¿Podría tener todo?

– Bueno, no sé, déjeme pensarlo.

– ¿Y me dejan llevarlo? No lo voy a dejar aquí tirado.

– ¿La reina? ¿Sería de nuevo reina?

– Espere me arreglo mientras avanzo.

– Tiene que esperarme, nos separan tres hileras, no puede usted acosarme.

– No demoro nada, sólo el tiempo que necesite para limpiarlo todo.

– Sí, todo lo que está sucio, hay mucha mugre por este lado.

(La reina limpia. Inmediatamente se va dando saltitos diminutos para no ensuciarse. Cansada, logra llegar al otro bando).

Última jugada

Reina: Los movimientos deben ser planificados, ejercer un control determinante sobre el final del juego. La posición de ventaja o de debilidad que se haya ido acumulando durante la fase inicial puede ser decisiva, y los reyes ponen todo su empeño en ganar la batalla, atacando a los peones enemigos y defendiendo sus propias posiciones. Pero aquí las reglas no son iguales y no hay quién gane. Ni un buen estratega puede salvar una partida perdida realizando un ataque por sorpresa, porque los reyes no se reviven, y mi rey blanco, era el rey enemigo. Lo han sacrificado para recuperar a su reina. ¿Quién se atreverá a trazar ahora en este tablero? Nadie. Habría que comenzar una nueva partida sin límite de tiempo y podernos mover libremente, construir de nuevo sesenta y cuatro casas y no tener oponente, que no haya ganador ni perdedor, que no se elimine a nadie de la familia, que no se nos trate como piezas. Es hora de dormir.

(En ese momento la reina lanza una granada sobre el tablero. Un sonido sordo hace despedazar completamente lo que aún quedaba de él. Se escuchan gritos de furia del ejército negro. El cronómetro para, la partida termina. Se ve a la reina dormir).

Fin de la partida

OBTURAR

Juan Camilo Velásquez



Escena 1

(Habitación del hospital San Vicente de Coquí. Entran dos enfermeros con Daniel, lo desvisten para bañarlo).

Daniel: No... esperen, tengo que hablar con Raúl, lo vi en el pasillo, tengo que hablarle. ¡Doctor, doctor!

Enfermero 1: Cálmese, no joda más *(le lanza agua)*.

Daniel: Suélteme, tiene que esperar más tiempo. Esto no pueden hacerlo antes de que hable con Raúl. ¡Doctor!

Enfermero 2: Cállese pendejo *(le pega con un mazo)*. Enjabónese bien. ¡Qué hace, animal?

Enfermero 1: Este es mucho tarado, ahora va tocar limpiar antes de empezar, vomitó mi uniforme ¡carajo! *(le tira mucha más agua)*.

Daniel: Necesito hablar con Raúl. Llame al doctor, ¿o quiere que lo orine?... tampoco he eliminado hoy; llámeme al doctor o si no, lo ensucio.

Enfermero 2: Es mejor que se vaya calmando güevón, o quiere que le meta una sensación bien corrientosa con este pequeño amigo. *(Entra el doctor)*.

Doctor: ¿Qué le pasa al paciente? Inmovilícenlo.

Enfermero 2: Entró en rebeldía y dice que quiere hablar con Raúl antes del procedimiento.

Doctor: Qué curioso. Afuera hay un detective que quiere hablar con Daniel Pineda, o sea con este muchacho, y se llama Raúl; el problema es que con el calmante que le suministré dormirá unas cuatro horas. Entonces límpienlo, vístanlo, llévenlo a la 201 y díganle al detective que venga en la tarde, cuando él ya pueda articular palabras.

Enfermero 1: Si no hacemos hoy el procedimiento, entonces tendremos que aplazarlo un mes; el doctor Miguel sale para el Atlántico el viernes. Tendríamos que esperarlo para que todo salga bien y sin complicaciones de última hora.

Doctor: Por eso, hagan lo que les digo y traigan el próximo, todo sigue igual, sólo salten a Daniel de la lista y traigan el otro, cuando venga el doctor trabajaremos extra (*sale*).

Escena 2

(*Habitación 201*)

Daniel (*Despierta*): ¡Hace mucho está ahí?

Raúl: Realmente, hace poco. No quería forzarte, el doctor me dijo que podía hablarte cuando despertaras, ¿cómo te sientes?

Daniel: Pesado, lento...

Raúl: ¿Puedes hablar?

Daniel: Sí. Usted no sabe lo mucho que me alegra que usted esté aquí, Candela me dijo que usted no desistiría y que estaría investigando de principio a fin.

Raúl: Entonces, ¿usted ya sabe quién soy y qué vengo a hacer aquí? ¿Verdad?

Daniel: ¡Sírveme un vaso de agua! Esos medicamentos me dejan exactamente con una sed de muerte. Yo lo vi esta mañana en el pasillo y entonces exigí que me dejaran hablarle.

Raúl: Mire, no se haga el loco, yo estuve en su casa, estuve mirando, buscando pruebas. Usted sabe, ¿no? Estuve husmeando en sus cosas haciendo lo que regularmente se hace en estos casos ¿Entiende?

Daniel: Sí.

Raúl: Me confundo Daniel, vine porque soy yo el que quiere hablarle. Tengo varias preguntas para usted...

Daniel: Se equivoca.

Raúl: ¿Cómo dice?

Daniel: Que usted se equivoca; su función aquí es escuchar lo que tengo que decirle de Candela.

Raúl: ¿Quién es Candela?

Daniel: Ya lo sabrá... ¡Sáqueme de aquí, quiero dar un paseo!

Raúl: ¿A dónde quiere ir?

Daniel: A un parque.

Raúl: Pero usted no puede salir de aquí. Mire, yo no quiero perder más el tiempo. Hace varios meses una joven (confirma en su agenda), con el nombre de Sandra Muñoz, denunció la desaparición de Clara Ramos. Investigando sobre esta joven pude saber dónde vivía, y allí supe lo que pasó, cuando vi las fotografías que encontré entre las páginas de un libro de Shakespeare. ¿Esta joven Clara Ramos es la misma Candela de la que usted habla?

Daniel: No sé, ¡quiero salir! Sáqueme y le cuento todo lo que usted quiere saber, además usted es policía y tiene una orden para interrogarme y no tiene que hacerse en este lugar. ¡Vamos Raúl, usted sabe que puede inventarse algo para sacarme! Dígales que vamos a encontrarnos con una juez que nos espera en alguna estación de la ciudad ¡Invéntese algo Raúl!.

Raúl: Así tenga una orden, no puedo sacarlo del hospital... Usted está enfermo.

Daniel: Sólo tiene esta oportunidad, ayúdeme a bajarme de la cama.

Raúl: ¿Pero a dónde cree que vamos a ir, si usted no es capaz de dar un paso firme?

Daniel: Para eso es esa silla de ruedas que está allí, así no tendrá excusas. Ayúdeme a subir.

Raúl: No, no saldremos de esta habitación.

Daniel: No lo haga más difícil, no entorpezca más esta situación; llevo diez meses esperándolo, ¡trajo las nueve fotografías?

Raúl: ¡Sí! Todo esto es muy extraño...

Daniel: Si usted no me saca de aquí y no escucha lo que tengo que decirle, no creo que tenga otra oportunidad de saber lo que pasó. Soy la ficha clave, sólo con el hecho de decirle que soy el único

que sabe de principio a fin lo que pasó con esa joven... Si no me saca hoy, para mañana en la mañana me tostarán el cerebro, entonces Candela se perdería y dejaría de existir; no le estoy diciendo que me saque y me deje libre, no, le pido que demos un paseo para contarle la historia de esta mujer que nos incumbe a los dos.

Raúl: Está bien, pero sólo un rato Daniel, no quiero trucos ni algún tipo de locura que pueda confundirme; ya vuelvo.

Daniel: No iré a ningún lugar, aquí lo espero.

(Sale Raúl. La habitación se oscurece y comienza a dispararse el flash de una cámara fotográfica. Por entre la luz de la cámara se ve a una mujer que es amarrada a una máquina de tortura por un hombre enmascarado, luego tiene sexo con ella mientras le pega y la asesina. Daniel en la silla de ruedas simula tomar las fotografías. Entra Raúl. Luces).

Raúl: Daniel... Daniel...

Daniel: ¿Qué pasó, nos vamos ya?

Raúl: Ellos dicen que es imposible, por tu condición... pero haremos algo, no sé por qué lo hago, pero nos vamos a escapar por la ventana, está justo encima del parqueadero... tendremos que amarrar la silla y luego hacer un columpio para bajarte, ¡sólo es un piso, podremos hacerlo!

Daniel: ¡Sí!

Raúl: Luego yo saldré por la puerta como si hubiera podido hablarte, como si hubieras despertado. Cuando salí, dos habitaciones a la derecha vi a un paciente sedado, casi muerto; simplemente lo cambio de habitación y nos vamos. Cuando regresemos, explicaré todo. Mientras tanto, contéstame esta pregunta: ¿tomaste las fotografías?

Daniel: Sí, yo las tomé. Pocas veces me sentí bien con lo que hice para ganarme la vida. No fue más que una herencia familiar que cada día me sumergía en un delirio constante, en una obsesión por retratar la muerte. De niño me apasionaron las cámaras fotográficas y entendía por fotografía algo distinto; como si fuese una reproducción de un momento especial que la gente captura para recordar el pasado. Imágenes estáticas como las láminas que se pegan en un álbum de colección. Yo, de alguna manera, busco que la imagen capturada diga algo, que comunique a las personas

cosas significativas; “retratar personas muertas” para que la familia recuerde, sin temor a olvidar, lo que ya no está. Es una tradición que se ha perdido... dígame, ¿por qué nos tenemos que escapar? ¿Por qué no simplemente salimos y ya?

Raúl: Listo, la silla está abajo, sigues tú. Mire, cuando estuve en la casa de Clara encontré cincuenta cajas de vino, todas de marca argentina. En primera instancia eso me llamó muchísimo la atención y comencé a mirarlas y a leer los lados de las cajas donde alguien, con gran cuidado, había copiado una historia sobre la caja, como si fuera un trabajo de diseño exclusivo desde la fábrica. Leí toda la noche y eso mismo me demoré para armar el rompecabezas que revelaba un pasado escondido de mi vida, todo esto es tan extraño... es como si alguien supiera mi pasado y de alguna manera investiga cada uno de mis pasos, dibujando escenas que reconstruyen mi vida ante sus ojos ocultos a los míos. ¿Conocías a Candela antes de tomarle las fotos?

Daniel: Sí. Ya nos conocíamos. Un día normal, pasé de nuevo por el parque y me senté en un columpio para observar a la gente.

Raúl: ¡No tenemos tiempo de hablar si nos vamos a escapar!

Daniel: Luego bajé la mirada hasta mi dedo para contemplarlo en detalle; desenfocando el fondo, sumergido en el vaivén del columpio y en un cono que sostenía un niño, pensé en el habitar poético, del que tanto hablaba Luis.

Raúl: ¡Estás perdiendo la razón! (*Lo abofetea*), ¡despierta! ¿Qué tanto sabes de mí, maldito cabrón?, ¿a quién le has dicho sobre mi pasado? ¡Dime!

Daniel: Para no olvidarme de aquel fondo, lo enfocaba de nuevo, perdiendo claridad sobre el dedo. Mientras jugaba a que los dos estuvieran en escena, entra Clara; era un cuadro perfecto, ella pasó sobre mi dedo, la punta de mi uña vio sus nalgas y también su parte más sensible (*despierta del estado de ensueño*). Con tacones negros y apuntillados raspo desde mi nudillo hasta la madre. ¡Bájeme!. ¡Abajo lo espero!

(*Raúl hace el cambio de pacientes y se va*).

Escena 3

(*Raúl camina, empujando la silla que lleva a Daniel*).

Daniel: ¿Por qué no me compra un cono mientras llamo a mi casa?; quiero escuchar la voz de mi madre, en el hospital no me dejan comunicarme con ella.

Raúl: No puedo dejarlo solo.

Daniel: Por favor, ¿a usted no le ha hecho falta alguien? Mire mis condiciones, no voy a ir a ninguna parte.

Raúl: Voy a estar observándote, ¿de qué sabor quieres el helado? (*Daniel marca del teléfono público, y llega a donde Raúl*).

Raúl: ¿Te contestaron? Éste es el tuyo.

Daniel: No. Dejé un mensaje... siempre ha sido lo mismo, pero esta vez será diferente.

Raúl: Vamos y nos sentamos allí, en esa banca.

Daniel: ¡Yo ya estoy sentado Raúl! (*Rien*).

Raúl: Entonces, ya conocías a Candela antes de tomar las fotografías, ¿quién es el hombre enmascarado de las fotos?

Daniel: Ese día en el parque se me acercó y me invitó a una cerveza, luego sacó una bolsa con nieve y me dijo: “¡a ver si se te sube el ánimo carajo!”. La miré, olvidando el dedo, el fondo y el cono. Luego fue como si nos conociéramos de hace tiempo.

Esa noche nos fuimos a bailar y terminamos teniendo sexo en su cama de agua, justo debajo de sus inventos. A la mañana siguiente fotografié un poco su habitación, tenía cosas chéveres, diseños psicodélicos, como ese payaso que recorría la parte superior de la habitación en un triciclo, desplazándose por una pista de carros de juguete.

Raúl: ¿Sabes algo sobre sus padres? ¿Tiene mamá?

Daniel: El payaso sostenía una bandera de la comunidad gay. Ella entró desnuda, sosteniendo una bandeja con comida. Luego más sexo y más nieve, ¡y de la buena papá!

Raúl: ¡Respóndame!

Daniel: (*Lo mira, disgustado, se levanta de la silla*). Del techo colgaban unas zapatillas de ballet. Después de un tiempo supe que las utilizaba los martes a las ocho de la noche, en un salón de Bellas Artes. Ella gozaba bajo la lluvia mientras llegaba a la Facultad, lo sabía porque la vi varias veces desde la buseta. Siempre me gustaba fotografiarla cuando llegaba, ¡tenía las mejores tetas de toda la

ciudad, bellas y firmes bajo el frío de las tardes manizaleñas, un monumento al erotismo!

Raúl: ¿Tenía papá?

Daniel: (*Más disgustado*). ¡Sí, tenía mamá y papá! Pero ninguno vivía con ella, ¿entiendes? (*Recupera su estado interior para seguir hablando de Candela*).

Casi siempre me salía a esa hora de la biblioteca para comprar un café y capturar su llegada, obturando tantas veces como podía mientras pasaba. Ese fue un lindo comienzo de nuestra relación.

Raúl: ¿Quién es el enmascarado? Daniel, dígamelo. Yo no quiero decir que usted la mató, porque esas fotografías muestran lo contrario, pero el asesino está por ahí libre, haciendo quién sabe qué cosas.

Daniel: Usted no entiende nada (*tira el helado*). ¿Me regala un cigarrillo?, gracias. Para todo esto debe haber un intérprete, sí. O un receptor, llámelo como quiera. Usted ha escuchado y seguirá escuchando la historia de Candela, para eso está usted aquí. Lo demás no interesa.

Raúl: ¿Por qué?

Daniel: Porque todo es un juego; ya todo está medido. Primero responderé a su primera pregunta sin respuesta en la lista. Como a Candela le gustaba el sadomasoquismo, buscamos una persona que supiera del asunto, todo fue cuadrando lentamente, lo único que le puedo decir es que yo solamente fotografié el acto. De allí salieron las nueve fotografías que usted posee, cada una tiene la expresión viva de Candela en el momento de su muerte: mientras la descuartizaban, mientras alcanzaba su último orgasmo. Eso la condujo a su decadencia física.

El nombre de ese animal no lo tengo porque en ese mundo nadie es quien dice ser. Usted lo sabe mejor que yo.

Días atrás ella le pagó a Sandra, su compañera de clase, para que denunciara su desaparición. Para tranquilizarla, le dijo que sólo era un juego para demostrar qué tan efectiva era la Policía en estos casos. Además, para saber cuánto tiempo demoraban en comenzar una búsqueda. Con eso llamaríamos su atención.

Raúl: ¿Por qué tenían que hacer eso? Respóndame (*lo sujeta del cuello violentamente y lo levanta de la silla*), responda.

Daniel: Ella tenía en cuenta que usted trabajaba en la sección de desaparecidos, por eso es que a usted le dieron el caso. Hoy ya se cumplen cinco meses después de que Sandra pusiera la denuncia. Yo seguí todas la instrucciones que Candela pidió, ¡todas!, para que usted pudiera llegar a mí.

Raúl: Ella escribió mi historia en las cajas, ¿verdad? ¿Usted sabe?

Daniel: Sí, lo hizo con la intención de que usted la leyera. Los días pasaron y tuve una crisis nerviosa, a pesar de mi trabajo nunca había presenciado algo tan grotesco y sangriento. Debido a eso deambulé por las calles días enteros, hasta que mi familia me encerró aquí. Suélteme, tiene que escuchar lo que sigue. Es importante. ¿Cree que todo es muy sencillo? -se necesitó mucho tiempo, dedicación, para que usted llegara. Como usted sabe, Candela desearía que sus fotos hubieran quedado dentro de su libro favorito, envueltas en un sobre, y en él mi nombre y un teléfono, escritos con lapicero azul. Mientras usted investigaba pudo llegar sin dificultad a mi casa. Pero, hay algo con lo que no contábamos Candela y yo, y es este pequeño cruce de lugares. Dígame, ¿quién le dijo donde encontrarme? Debió ser la señora gorda y grasienta que me tocó de vecina; ella siempre estuvo pendiente de lo que hacía en la casa. El hecho es que todo estaba arreglado y entre Candela y yo planeamos la manera para que usted llegara a mí.

Raúl: ¿Para qué hicieron todo esto?, ¿quién es esta joven Clara Ramos?

Daniel: Clara fue como decidieron bautizarla. Aquí, muchos le llamamos Candela, una mulata con media vida por delante, estudiaba en la UAM, tenía una sonrisa grande y una mirada coqueta. Se la pasaba en fiestas pesadas. ¡También es su hija!, y ella quiso llegar de esta manera a su vida.

Raúl: Eso es mentira, no tengo hijos... maldito loco, voy a pegarle un pepazo en la cabeza...

Daniel: ¡No me apunte! Conozco su historia y la de Candela. Hace veinticinco años usted tuvo sexo con una negra del Chocó. ¿No se acuerda? Ella le hizo un masaje tan delicioso que terminó en su cama, luego nació Candela. Para que usted pudiera entrar a la Policía sin ninguna dificultad, amenazó a Ana, para que no lo

siguiera molestando más con el bebé. Ana resistió, hasta que usted mató a su hermano.

Raúl: ¡Mentira!

Daniel: Ana conoció a Fidel, quien le brindó un hogar a cambio de trabajo en su bar. Clara creció y este señor la filmó perdiendo su virginidad con un anciano.

De todo esto, Capitán, quedan varias historias: una mujer destruida por la muerte de su hermano y la violación de su hija, abandonada en una cárcel de pueblo. Y también una mujer encarada en nueve fotografías.

¡Siéntese, no busque el perdón ahí tirado! Ya deben estar que vienen por usted. No se asuste. Ya es hora de que pague las consecuencias de su pasado. No importa si usted no quiere hablarles. Candela ya declaró en un video en el que explica muy bien sus acciones. Yo acabo de llamar para decirle en qué casillero de la universidad está un video que confirma el asesinato... además de la ubicación exacta del asesino. Es hora de que se conozca un poco Raúl, mire hasta dónde ha llegado.

Raúl: ¿De dónde llamó?

Daniel: Supuse que se daría cuenta de que no llamaría a mi madre. Yo me voy. Al fin y al cabo sólo soy un loco prófugo, en unos años me olvidarán y seguiré con mi vida. Pero antes sonría Raúl (*desbarata el brazo de la silla de ruedas y lo sujeta como si fuera una cámara*), voy a tomarle una foto (*sopla el tubo y de este sale un polvo que enceguece a Raúl, le grita mientras se aleja*), usted decide Raúl, no lo olvide... usted tiene la decisión.

(*Raúl queda tirado en el suelo, sin palabra ni movimiento, luego suena un tiro*).

Daniel: (*Entra sosteniendo el arma de Raúl*). Qué pena Raúl. Se me olvidó obturar. (*Ríe*).

EL EXPEDITO

(Sátira vacuna en un acto y una vacante)

Julián Garzón Vélez



Personajes:

Sergio

Doctor

Obreros, máquinas y vacas, muchas vacas...

(Danza húngara número 5 de Johannes Brahms.

La gran vaca aparece desplazándose por medio de una larga banda transportadora. Muge incansablemente. Los obreros, al son de la música, la asean, la rasuran, la brillan y la enceran. El gran brazo mecánico levanta el animal con sumo cuidado y lo inserta en una diminuta lata de metal, sin hacer mucha presión. Los obreros cierran el recipiente; este se mueve tres veces. Después de la espera, el animal está inmóvil, los obreros aplauden. Fin de la música. El enlatado está listo.)

Súbitamente entra un hombre joven muy arreglado, mira su reloj y observa con asombro la banda transportadora, suda extremadamente. Sobre la banda el distinguido Doctor aparece, viste un

elegante traje de cuero a manchas, no tiene manos. El hombre se dirige al muchacho, toma el enlatado con la boca y se lo pasa.

Doctor: Tome silla o posadero por favor.

El joven no encuentra dónde sentarse, toma el enlatado y lo acomoda en el suelo, se sienta sobre él, observa con extrañeza la falta de manos del hombre.

El recipiente de metal se mueve de nuevo, explota, carne de vaca por todas partes. Alarma.

Doctor: Límpiese joven, escrutíniese, cálmese, levántese, no se preocupe (*el joven baja la mirada y con su saco intenta limpiar el desastre*), absténgase de disculparse. Todo está bien. Dígame, en aras de su bienestar: ¿todo está bien? Si no es así, mando a llamar a alguien que lo ayude y si no hay quien lo ayude... tal vez yo lo haría, pero...

Sergio: (*Interrumpiendo y muy apenado*) Tranquilo señor... (*limpia el traje del señor doctor*).

Doctor: Dígame ¡doctor! ¡Señor doctor!

Sergio: Doctor, no se preocupe, yo sé de limpieza y oficios varios; por favor no se exalte. Yo puedo solo, es decir, no es que me moleste su ayuda... sólo... ¡ah!

(Los obreros limpian rápidamente, cambian la ropa del señor doctor, esta vez es un traje a rayas. Sergio, muy apenado, saca de su maleta unas hojas).

Sergio: Aquí está la hoja que me pidió... que me pidió.

Doctor: Yo no me atrevería a pedir eso, no soy de los que se apegan al estilo de vida y se basan en documentos que al final no dicen nada... A ver señor... ¿Usted dice que evitó las relaciones interpersonales? (*El joven toma las hojas e inmediatamente las arruga y las guarda*).

Sergio: Ni más faltaba señor. Eh... doctor, sólo hago lo que usted... me pide. Es sólo que como vengo por lo del empleo...

Doctor: Muéstreme las manos.

Sergio: (*Mostrándole las manos*) Me parece algo normal que usted pida...

Doctor: (*Observando detalladamente las manos de Sergio*) Era de suponerse que alguien con ese porte y esa clase viniera por la "vacante" que yo, de manera sustancial y casi altruista, propuse para esta sociedad en situación de decadencia.

Sergio: Sí señor, soy uno de esos en decadencia.

Doctor: Era de esperarse. (*Con total conocimiento del asunto*). Sólo busco, en tu presencia, el porqué de tu interés en este espacio de auxilio remunerado.

Sergio: ¿Qué dice Doctor?

Doctor: Sí, en lo que tú estás denominando empleo.

La banda transportadora se enciende, los obreros se desplazan en ella. Son limpiados, encerados y brillados.

Sergio: Señor, quiero decir, doctor. (*Estirándole la mano*). Primero que todo soy Sergio, y ¿usted, doctor (*Riéndose un poco y con rostro simpatizante*), cómo se llama?

Doctor: Doctor, sí, doctor.

Sergio: Bueno, pues, como ya dije, soy Sergio y vine por lo de la vacante... es que soy estudiante y no tengo con qué pagar la universidad, es por eso que necesito una ayudita.

Doctor: No se preocupe, no tema, evite este bochornoso melodrama; en este espacio de beneficencia laboral llamado Human Cow, usted va a tener ese auxilio, dígame ¿con cuánto dinero usted se favorece?

Sergio: Tengo ya reunidos doscientos mil pesos, pero aún me faltan trescientos, quiero decir, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, no tengo mucha experiencia pero tal vez podría aprender.

Doctor: De mil amores lo contrataría pero no estamos para enseñar, el arte de enlatar es milenario; no se aprende especulando.

Sergio: Digo, soy bueno aprendiendo, aprendo haciendo, es decir, soy el mejor recibiendo órdenes.

Doctor: Mu... muéstreme las manos.

Sergio: (*Enseñándole las manos*) Señor, con todo respeto, ¿qué debo hacer para conseguir el empleo?

Doctor: Es inevitable que usted traiga pronto esos doscientos mil pesitos que dice que tiene, cubrirá los pagos del curso básico de obrero e inmediatamente después podrá hacer parte de esta compañía.

Sergio: (*Sufrido*). Pero señor, cómo voy a traer ese dinero, es lo poco que me queda y lo he estado reuniendo por mucho tiempo...

Doctor: Muéstreme las manos.

Sergio: (*El doctor observa fijamente las manos de Sergio, se detienen completamente unos cuantos segundos*). ¿Por qué debo pagar un curso para ser obrero? No se supone que todos nacemos para eso, además es muy costoso, y creo que a mí no me benefi...

Doctor: No se exalte, estoy empezando a irritarme, es usted un sujeto muy rutilante, pero tiene que calmarse, comprenda los beneficios a largo plazo, ¿sabe qué es la inversión? (*a Sergio le comienzan a temblar las manos*). Cientos de vacas mugiendo al unísono por usted.

La máquina transportadora se enciende, enlata dinero, mucho dinero.

Doctor: Señor, si usted trae ese dinero, lo haré partícipe de mi espacio, y con otros ciento cincuenta mil podría llegar a ser accionista y en un año recibir hasta ochocientos mil pesitos.

Sergio: (*Asombrado*). Es muy interesante su propuesta, pero de verdad no tengo más dinero.

Doctor: Muéstreme las manos (*Sergio le muestra las manos con total comodidad*).

Sergio: Y si traigo más, sería lo poco que tengo para el arriendo o me tocaría empeñar el televisor o algunas joyas de mi madre y eso sí sería...

Doctor: Debe dejar de exaltarse, señor, usted me parece un gentilhombre, un gran alma de negocios; ¡que su falta de experiencia no dicte sus acciones! Tenga en cuenta que si usted trae cuatrocientos mil pesitos, su televisor y algunas alhajas de su venerable madre, podría tener el empleo, hacer el curso, ser accionista, y hasta ganarse ochocientos-mil-pe-si-tos.

Sergio: Señor, usted se está poniendo muy raro: primero me ha dicho que son doscientos y ahora va en cuatrocientos, además las joyas son una reliquia de la familia, yo no podría... de pronto pidiendo prestado, pero...

Doctor: Muéstreme las manos.

Sergio: (*Pensativo*). Señor, necesito el empleo, si usted pudiera rebajarle un poquito al curso, yo podría pagar y ser un buen obrero. (*La banda transporta los obreros, ellos cantan y enlatan.*)

Obreros: Human Cow, Human Cow

Nos sacan leche para comerciar.

Human Cow, Human Cow.

Somos hombres de negociar.
Vaca, hombre, carne igual, todos somos para enlatar.
Nacemos juntos y embutidos.
Somos rellenos y malnacidos.
Human Cow, Human Cow.
Nos sacan leche para comerciar.
Human Cow, Human Cow.
Ya mi carne no sabe igual.

Sergio: Señor, definitivamente me encanta el movimiento obrero de su compañía pero mis recursos monetarios son pocos, si usted pudiera rebajarle al curso, yo sería un buen ganado.

Doctor: Míreme señor, lo he observado detenidamente, necesita el empleo y sufre el descaro de pedir descuento: son ochocientos mil pesitos los que usted debe traer, ni uno más ni uno menos.

Sergio: Señor, esto sí es el colmo, ¡cómo que ochocientos mil, esto está muy raro señor!

Doctor: Tráigalos, no deberá preocuparse, en poco tiempo podría alcanzar sumas que yo jamás he visto... ¿No le interesan las vacas?

Sergio: Señor, sí me gustan, son muy bonitas, pero es que está pidiéndome dinero que yo no tengo.

Doctor: Es inaceptable que alguien con tan buen gusto no quiera pagar el curso, y pertenecer a Human Cow, traiga el dinero, ¡un milloncito!, y haremos mugir a esas vacas como nunca.

Sergio: No señor, esto está muy raro, parece una...

Doctor: No lo diga.

Sergio: Una...

Doctor: ¡Que no lo diga!

Sergio: Una estafa.

Doctor: Definitivamente es usted uno de los hombres más despreciables que he conocido; cómo se atreve a insultarme en mi propio templo del trabajo. Hágame el favor y ¡muéstreme las manos!

Sergio: ¡Ay! Y qué cosa tiene con mis manos, esto definitivamente se puso muy raro.

El señor doctor trata de acercarse, Sergio lo empuja, el doctor cae a la banda transportadora, trata de levantarse, pero sin manos le es imposible. Sergio lo rescata de ser empacado.

Doctor: No se preocupe, en aras de su bienestar, no se preocupe, muéstreme las manos.

Sergio: Una cosa es que usted no tenga manos y por ese motivo envidie las mías; yo sé que es por eso, lo de la mano invisible del mercado, pero a mí no me corrompe.

Sergio busca una salida del lugar, luce furioso.

Doctor: *(Bastante desesperado)*. Espere joven, no es mi mano invisible, déjeme explicarle, traiga el dinero y hablamos de su empleo.

Sergio: Me está usted confundiendo, soy humilde, estoy desempleado, pero bobito no soy.

Doctor: ¡Muéstreme las manos!

Sergio: *(Exaltado)*. ¿Y qué es lo que tiene con mis manos?, ¿qué tienen?, ¿señor, qué tienen? *(Ahorcándolo)*.

Doctor: ¿No lo sabe señor? Tiene usted manos de obrero.

Danza húngara número 5 de Johannes Brahms.

(Las vacas mugen. El gran brazo mecánico levanta a Sergio y con sumo cuidado lo coloca en la banda transportadora, los obreros lo peinan, limpian y visten, sacan del fuego un hierro enrojecido por el calor y lo marcan, ahora Human Cow es su hogar. Vacante ocupada.)

CUESTA ABAJO

Giovanna Valderrama Peña



Personajes

El de la cama 1
El de la cama 2
Enfermera

(Una habitación estrechísima. Dos camas pequeñas, muy pequeñas, una a cada extremo del escenario. Ubicado junto a una de ellas, un carrito de balineras. Todo está cubierto de un blanco turbio. En el suelo, un reloj cucú marca las 5:00. Suena el reloj. En la pared del fondo, una ventana cubierta con ladrillo y cemento hasta la mitad. Entra muy poca luz. El de la cama 1 se encuentra sentado en una de las camas. Tiene en las manos un metrónomo con el péndulo detenido por los dedos. Mira detenidamente al de la cama 2, que está sentado en la otra cama mirando hacia la ventana. El de la cama 1 mueve los pies suavemente, haciendo un ruido mecánico. Se detiene. Suelta el péndulo del metrónomo. El de la cama 2 grita. El de la cama 1 ríe. El de la cama 2 sigue gritando. El de la cama 1 ríe. El de la cama 2 continúa gritando y el de la cama 1 riendo. El de la cama 1 coloca el metrónomo en el suelo. El de la cama 2 calla.

El de la cama 2 se sienta en su carrito de balineras. Ambos se acurrucan a alrededor del metrónomo. Lo miran. Silencio. Suena el tictac de sus respiraciones, parpadeos y tragos de saliva. El de la cama 2 le pasa el carrito de balineras por encima al metrónomo, con furia, hasta que lo rompe. Va hacia su cama y se acuesta de cara contra la pared. El de la cama 1 sonrío, toma los pedazos e intenta armarlo.

El de la cama 1: Yo tengo voz. Sí. Sí. Sí. Es grave. ¿La oye? Un poquito nasal. Hasta puedo gritar. Sí, ya lo he intentado. Me paré frente a un cualquiera y le grité en la cara hasta que le dejé burbujitas en la punta de la nariz, y nada. Nada. Me gustaría en serio que alguien escuchara lo que digo. ¿Sabe? Llevo mucho tiempo... ¿Qué edad tengo? *Cuarentipico*. No, no le voy a decir el pico. Ya sé lo que está pensando. Sí, soy de esos tipos. *Cuarentipico* de años sin nadie que me escuche. ¿Dónde está el tornillito? El tornillito dorado, el mismo que se perdió la última vez. ¿Puede mirar allí abajo? (*Silencio*). Sordos. Sordos todos. A veces me parece que no tengo voz. ¿Y si no tengo? Sólo me escucho yo. Puedo ser de esos tipos que creen que están hablando y en realidad sólo balbucean. Tanto tiempo aprendiendo a hablar. ¿Para qué?

El de la cama 2: Phoenix, Dallas, Houston...

(*Silencio*)

El de la cama 1: ¿Cómo dijo? Ah sí, sí, sí. La gente no escucha. Tengo *cuarentipico* de años y cosas que decir. Por eso no he vuelto a comer. Las palabras se me han bajado al estómago. Se han vuelto una bola que no me deja comer. No, no le voy a decir dónde guardo toda la comida. Olvídense. (*Pausa*). ¿La ve? ¿Quiere tocarla? Es grande. Ellos me dicen que es otra cosa. Yo digo que si me escucharan, esta bola (*puff*), se esfumaría. ¿No cree? (*pausa*). Le decía que tengo *cuarentipico* de años y cosas que decir, desde “mamá” hasta palabras más complejas, como lo hacían Sócrates o Benedetti. ¿Me entiende? (*Pausa*). ¿Tiene un destornillador?

(*El reloj cucú marca las 4:00. Aparecen unas manos con guantes que, utilizando diferentes instrumentos quirúrgicos, colocan otra fila de ladrillos en el alféizar de la ventana, mientras hacen un ruido insoponible que opaca la voz de el de la cama 1, que continúa hablando. El de la cama 2 mira hacia la ventana.*)

El de la cama 2: Colombia - El Paso - un golpe - veinte golpes - balazo a la altura de la cadera - vena iliaca común perforada - todo negro - Colombia.

El de la cama 1: (*Ríe*). Qué bueno que usted sí me escucha. Pocos como usted, ¿sabe? Pocos. ¿Le conté que nadie se da cuenta de lo que digo? Grito tan fuerte que les quedan burbujitas en la cara y nada. No nos escuchamos, ¿sabe? Perdone. Hablo mucho. Sólo pruebo a ver si me baja esta bola. Para poder comer. Son *cuarentipico* de años. (*Silencio largo*). Soy un tipo común, me muevo entre los ríos de gente. El otro día hice un experimento. Me paré en medio de la calle a esa hora donde toda la gente se dirige hacia alguna parte. No necesítas caminar. Si te dejás arrastrar, avanzás. Si no, sólo te hundís. Me paré en medio de la calle y grité: ESTE PAÍS ES UNA MIERDA Y USTEDES SON LOS FRIJOLITOS QUE SE ASOMAN ENTRE ELLA. El río siguió su curso. Fue cuando supe que no tenía voz.

El de la cama 2: Carajo. ¿Por qué la mierda huele tan feo? Ya sé que es mierda, pero ¿por qué tiene que oler tan feo? (Llora).

(*Silencio. El reloj marca las 3:00. El de la cama 2 respira sonoramente, casi ahogándose. Se escucha nuevamente el tictac de respiraciones, parpadeos, tragos de saliva. El de la cama 2 mira al de la cama 1. El de la cama 1 lo mira, continúa armando el metrónomo con dedicación. El de la cama 2 mira la ventana, se chupa el dedo índice. Se arrastra en el carrito hacia la ventana, se chupa el dedo. Va hacia la cama, mueve las manos frenéticamente, se acuesta, se chupa el dedo. Se arrastra hacia la ventana, se chupa el dedo, vuelve a la cama. Mueve las manos frenéticamente, se chupa el dedo. Quietud total. Busca en su bolsillo, encuentra un tornillo diminuto, lo examina al detalle, sonrío, va hacia el de la cama 1. El de la cama 1 continúa armando el metrónomo. El de la cama 2 le entrega el tornillo. El de la cama 1 mira el tornillo, lo examina al detalle, se lo devuelve. El de la cama 2 insiste. El de la cama 1 se niega. El de la cama 2 trata de tomar el metrónomo por la fuerza. El de la cama 1 le muerde la mano. Permanece pegado a ella. El de la cama 2 no se mueve. Después de varios segundos El de la cama 1 lo suelta.*

Por la ventana aparece una bolsa de sangre con un catéter, que va bajando lentamente por la pared hasta quedar en medio de los dos.

El de la cama 1: Por mí se queda allí. No pienso tocarla.

El de la cama 2: ¿A+? ¿B+? ¿AB+? ¿O+? ¿O-?

decía? Ah sí... escuchar cada palabra... pero noooooooooo, ya no nos escuchamos, es más fácil decir que el otro es “inorante y tuturuto”...
(*Escupe en el suelo*).

(*Silencio largo*).

El de la cama 1: Además..., suponiendo que de verdad la muchacha sí tenga la cocorota llena de aire, ¿cómo quiere? (*Pausa*). En este país escasamente alcanza...

El de la cama 2: ¿Alcanza?

El de la cama 1: Para... hacer la fachada... ponerle... ventanas... bonitas... puertas... pero... los acabados adentro... siempre poner acabados vale más... mano de obra calificada... mejor dejarla en obra negra... dedicarse a la fachada... caminando rápido no se nota... que la vean para que no abran la puerta... que no abran la puerta.

(*Silencio*).

El de la cama 2: Pero está buena, ¿no?...

El de la cama 1: Plástica.

El de la cama 2: ¿Y qué? Está buena. Como la Barbie. Buena. ¿No ha soñado con ella? Lamiéndole esas teticas sin pezón. A mí siempre me ha estorbado el pezón. Las tetas no deberían tener pezón. Las tetas de la señorita Antioquia serían perfectas si no tuvieran pezón. ¿No?

(*Silencio*).

El de la cama 2: Los pezones estorban, son como una uva pasa encima de una almojábana. No combina. No combina.

El de la cama 1: Mmm.

El de la cama 2: ¿Cómo dijo?

El de la cama 1: Mmm.

El de la cama 2: Interesante.

El de la cama 1: Mmm.

El de la cama 2: Es mi letra favorita. ¿Sabe? Mmmujer.

El de la cama 1: Mmm.

(*Silencio*).

El de la cama 1: ¿Cómo se llama?

El de la cama 2: ¿Quién? ¿Yo? Yo me llamo...

El de la cama 1: La letra.

El de la cama 2: Eme.

El de la cama 1: Mmm.

El de la cama 2: Sí mmm. Emmme.

El de la cama 1: Mmm.

(Silencio).

El de la cama 1: El otro día hice un experimento. Me paré en medio de la calle, a esa hora en que toda le gente se dirige a alguna parte. No necesitás caminar. Si te dejás arrastrar, avanzás. Si no, sólo te hundís. Me paré en medio de la calle y grité: ESTE PAÍS ES UNA MIERDA Y USTEDES SON LOS FRIJOLITOS QUE SE ASOMAN ENTRE ELLA. Y nada. Nadie dijo nada. Me faltó decir algo: USTEDES SON LA DIGESTIÓN DEL GOBIERNO. ¿Usted cree que así alguien hubiera dicho algo? *(Silencio).*

El de la cama 2: Mmm.

(Silencio largo. El reloj marca las 2:00. Un velo denso lo envuelve todo. El espacio y el tiempo se cristalizan. Respiraciones, parpadeos quedos, lentos. Todo se va deteniendo poco a poco. Quietud absoluta. El tictac del metrónomo se ralentiza de tal modo que cada sonido está a una gran distancia del otro. Como en medio de una gelatina, de un lago turbio. El de la cama 1 vuelve a su cama. Mira al frente. Mirada pérdida. Sus manos descansan en las rodillas. El de la cama 2, junto a la cama, mira hacia la ventana.)

El de la cama 2: El cielo. Desde aquí se ve un pedacito. Es como el de allá.

El de la cama 1: ¡Allá?

El de la cama 2: Cuando corría esquivando árboles y las balas me zumbaban en los oídos. *(Pausa).* Luego, sentí el quemonazo en la cadera. Esa vez no zumbó. Hizo ¡pa! Y escuché mi carne rompiéndose. La cara me quedó marcada en la tierra mojada. Se me puso todo caliente de las piernas para abajo y luego frío y luego ya no sentí esa parte. Era un bloque de allí pa` bajo. Luego miré hacia arriba. El cielo era así como este: color mandarina. Igualito. *(Pausa).* Pero había dragones, dragones blanquitos. No *french-puddle*.

El de la cama 1: Sí, allá. Las montañas se unían con el mar. Como varias señoras lavándose los pies, mojándose las faldas, estampadas de cuadritos de distintos verdes. Allá yo gritaba y las montañas me respondían, se reían conmigo. Me escuchaban. Allá la bola que tenía en la barriga me la hacía el viento en la camiseta y yo me la podía aplastar con las manos, y no me dolía.

(El reloj marca la 1:00. Entra una enfermera. Camina monótona. Tiene un trapo y un spray. Comienza a limpiar con sumo cuidado la cara del de la cama 2. Luego la del de la cama 1. Insiste, refriega. Cambia las sábanas, asea el lugar. Saca una cajita con implementos de maquillaje y comienza a maquillar los cuerpos del de la cama 1 y el de la cama 2, suave pero eficientemente. Les coloca los brazos sobre el pecho, coloca un vaso de agua junto a cada uno. En la ventana aparecen unas manos con guantes que, con varios implementos quirúrgicos, terminan de tapar la ventana. La enfermera acomoda los cuerpos en el centro del espacio y sale por donde entró. Las acciones se hacen a lo largo de todo el diálogo.)

El de la cama 2: Después todo se puso negro y de allá pasé acá...

El de la cama 1: Las palabras empezaron a acumularse y luego a doler...

El de la cama 2: ¿Lo recuerda?

El de la cama 1: Igual que usted.

(Silencio).

El de la cama 2: “Era, para mí la vida entera, como un sol de primavera, mi esperanza y mi pasión...”

El de la cama 1: “Ahora, cuesta abajo en mi rodada, las ilusiones pasadas yo no las puedo arrancar”.

El de la cama 2: “Sueño con el pasado que añoro, el tiempo viejo tesoro que ya nunca volverá”.

El de la cama 1: “Bajo el ala del sombrero, cuántas veces embozada, una lágrima asomaba, yo no pude contener”.

El de la cama 2: “Sueño con el pasado que añoro, el tiempo viejo que lloro, que ya nunca volverá”.

El de la cama 1: “Y crucé por los caminos, como un paria que el destino se empeñó en deshacer”.

(Silencio largo. Se escuchan respiraciones lentas y distantes. Ambos tararean débilmente la canción).

El de la cama 2: “Volver”. *(Silencio).*

El de la cama 1: “Sentir que es un soplo la vida...”

El de la cama 2: “Que veinte años no es nada, que febril la mirada, errante en la sombra, te busca y te nombra”. *(Silencio)*

El de la cama 1: “Vivir con el alma aferrada a un dulce recuerdo...”

El de la cama 2: “Que lloro otra vez...”

El de la cama 1: Otra vez...

El de la cama 2: "Sentir que es un soplo..." .

El de la cama 1: "... la vida" .

El de la cama 2: "Sueño con el pasado que añoro, el..." . *(Pausa)*.

El de la cama 1: "El tiempo *(Pausa)* viejo que lloro *(Pausa)*, que ya nunca volverá" .

(El reloj marca las 12:00. El tarareo de los personajes se va haciendo cada vez más débil hasta desaparecer. Quedan los cuerpos, completamente inmóviles, en el centro del espacio.)

OSCURIDAD

Fragmentos de canciones

"Cuesta abajo", por Carlos Gardel

"Volver", por Carlos Gardel



**SOBRE LOS
AUTORES**

Cuento

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE OCHOA

Compilador de esta *Antología Relata 2011* y autor de *Carlos Fuentes: una lección del tiempo y la circunstancia*, ensayo (1992); *La mirada enferma* (2005); *Disturbio* (2009), con la que obtuvo el Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura (2008); *El Quijote de Shakespeare*, entrevista al historiador Roger Chartier (2010); *Sobre la escritura* (2010) y *San Mateo y el ángel* (2011). Prepara su tercera novela.

FAVIÁN ORTIZ REYES

Nació en 1979 en Bogotá. Es profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional y becario del Taller de Cuento Ciudad de Bogotá 2011. Ha sido colaborador de la revista *Nuevas Hojas de Lectura* de Fundalectura, en donde participa en los comités semanales que valoran libros de literatura. Fue promotor de lectura, y en la actualidad es corrector de estilo de diferentes publicaciones en el campo editorial, publicitario y literario.

MIGUEL CASTILLO

Nació en 1985 en San Gil, Santander. Es estudiante de Licenciatura en Español y Literatura. En el 2010 publicó su primer libro: *Peces para un acuario*; varios de los cuentos del libro han sido publicados en el Magazín Cultural de *El Espectador*, y «Jimmy» es la primera historia de un nuevo libro de cuentos aún sin terminar. Forma parte del Taller Renata-UIS, Bucaramanga, desde el 2009.

MAURICIO SILVA

Nació en 1966 en San Gil, Santander. Hizo parte del taller de cuento “Ciudad de Bogotá 2011”.

JULIÁN ENRÍQUEZ

Nació en 1973 en Cali. Es un autor inédito.

ASTRID DAMARIS ORTIZ MAZO

Nació en 1979 en el Valle del Cauca. Es Licenciada en Español y Literatura, y actualmente es estudiante de Maestría en Comunicación Educativa. Además es integrante del taller “La caza de las palabras”.

ÓSCAR J. DESCANCE

Nació en 1984 en Puerto Asís, Putumayo, pero creció en Jamundí, Valle. Actualmente vive en Cali y es profesor de ciencias sociales en secundaria. Fue finalista en el concurso “Vive tu cuento, escríbelo, 2010”, convocado por la Biblioteca Depar-

tamental del Valle. Pertenece al taller “Écheme el cuento”, que es apoyado por la Fundación Casa de la Lectura, el Banco de la República y el Ministerio de Cultura.

BLADIMIR FRANCISCO DÍAZ RAVELO

Es promotor de lectura y escritura creativa con población vulnerable. Participa en el Taller Relata Barrancabermeja y ha publicado cuentos en el periódico *Demiurgo* y en la revista virtual *Cinosargo*. En el año 2010 publicó un libro de crónicas junto con dos compañeros del taller Relata.

LUIS GUILLERMO SALAZAR

Nació en El Agrado, Huila. Desde hace tres años hace parte del taller de escritura creativa “José Eustasio Rivera”, de Neiva.

NELSON ENRIQUE PÉREZ MEDINA

Nació en 1983 en Arauca. Amante de la poesía principalmente, aunque la narrativa ha despertado mucho su interés desde que en el 2010 se vinculó al taller literario “Arauca lee, escribe y cuenta”.

KATHERINE LEÓN ZULUAGA

Nació en la ciudad más primaveral de Colombia. Amante de la música, profesional de Comunicación Social y Periodismo, y dedicada a la comunicación organizacional. Ha publicado cuentos en diferentes antologías y revistas.

PEDRO SAMIR HERNÁNDEZ CANTERO

Nació el 3 de noviembre de 1988 en el municipio de Galeras-Sucre. Actualmente vive en Santa Marta donde realizó sus estudios de Ingeniería de Sistemas en la Universidad del Magdalena. Pertenece al taller literario de la misma universidad. Lleva varios años dedicado a la literatura. Ha publicado Poemas varios en la Antología *Talium* (2009) y *Se me ha olvidado ser yo*, en la revista *Galería* (2011, Universidad del Magdalena).

JULY LIZETH BOLÍVAR

Nació en 1992 en Ibagué, Tolima. Actualmente estudia Comunicación Social y Periodismo en la Universidad del Tolima y asiste al taller “Escribarte”.

GABRIEL MENDOZA

Tiene 26 años y actualmente es profesor en el área de humanidades y lengua castellana, específicamente en el sector público, como funcionario adscrito al magisterio. Ha publicado cuentos y poemas en antologías regionales y revistas virtuales como *La casa de Asterión* y pertenece al grupo-semillero de investigación y creación literaria “Maskeletras”.

HERNANDO LÓPEZ RODRÍGUEZ

Nació en 1951 en Mesitas del Colegio, Cundinamarca. Es Sociólogo y Comunicador Social, especializado en Gerencia Pública y candidato a la Maestría en Estudios y Gestión del Desarrollo. Además es gestor cultural y docente universitario. Ha publicado “A la sombra del tiempo” (Premio de Poesía Rafael Pombo 2004) y el ensayo histórico “El Tequendama: entre la bruma y la leyenda”, 2006. Perteneció al taller “Mesitas para escribir”.

JHON FREDY SUÁREZ SOLANO

Nació en 1979 en Bucaramanga. Es Filósofo de la Universidad Industrial de Santander y en la actualidad es docente de filosofía y ciencias sociales en la Escuela Normal Superior de Charalá. En el 2009 publicó su primer libro titulado *Para no perder la memoria*. Desde el año 2008 pertenece al taller de escritura creativa del Instituto Municipal de Cultura de Bucaramanga, Relata.

OLGA ECHAVARRÍA

Nació en Medellín. Es estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia. Ha publicado en el Suplemento Generación del periódico *El Colombiano* y en las antologías *Obra Diversa* (2007) y *Obra Diversa 2* (2010). Perteneció al taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

LIBARDO CARABALLO BLANCO

Nació en 1986 en Sincelejo, Sucre. Es estudiante de Biología de la Universidad de Sucre. Fue finalista en un concurso de microcuentos, del que se hará una publicación. Actualmente pertenece al taller “Páginas de agua”.

JUAN MARES

Juan C. Martínez Restrepo nació en 1951 en Guatapé, Antioquia. Es licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia y actualmente es docente en el IE. Cadena Las Playas del municipio de Apartadó. Es integrante del taller de escritores “Urabá escribe”. Además ha publicado varios poemarios.

BLANCA LIGIA SUÁREZ OCHOA

Nació en el Guaviare. Es Administradora Pública, gestora cultural y especialista en Gerencia Social. Coautora de las publicaciones colectivas: *San José del Guaviare, capital de la esperanza. Acercamiento a su historia*, 2004; *Guaviarí raudal de cuentos*, 2006; “Suiya”, cartilla, 2007; “Suaya”, cartilla, 2010; *Antología de cuentos nacionales Renata*, 2008 y 2010; y *Llegué para quedarme*, crónicas, 2010. Es integrante del taller permanente de escritores “Guaviarí”, vinculado a la Red Relata.

SEBASTIÁN CASTELBLANCO VERA

Nació en 1996 en Barranquilla y actualmente vive en Florencia, Caquetá. Es estudiante de décimo grado de secundaria y pertenece al taller “Maniguaje”.

JUAN MANUEL CHÁVEZ LASSO

Estudia Ingeniería Electrónica en la Universidad del Cauca. Empezó a escribir literatura desde el 2010, cuando a raíz de su participación en el blog: <http://asomarrano.wordpress.com>, comenzó a recibir comentarios que lo alentaban a seguir escribiendo.

JUAN CAMILO BOTÍA MENA

Nació en 1991 en Ocaña. Actualmente es estudiante de Comunicación Social en la Universidad Francisco de Paula Santander. Pertenecer al Taller Relata de la ciudad de Cúcuta y ésta es su primera publicación importante en un medio impreso.

OSWALDO ADALBERTO OBANDO ANDRADE

Bachiller egresado de la Institución Educativa Simón Bolívar de Samaniego, Nariño. La creación literaria ha palpitado latente y sugestiva en todos los ámbitos de su vida. Actualmente asiste al taller de escritura creativa “José Pabón Cajiao” de Samaniego.

ABDÓN RODRÍGUEZ ROJAS

Nació en Villavicencio, Meta, en 1936. Vivió y laboró en el campo hasta los 37 años de edad. En 1973 se hizo bachiller por validación en el Icfes, y en 1980 recibió el título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad La Gran Colombia. Actualmente hace parte del taller de escritores de la Corporación Cultural Entreletras, asociado a la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa, en Villavicencio.

MARTHA BEATRIZ QUIÑONEZ

Nació el 26 de marzo del 1956 en Tumaco, Nariño. Tiene seis hijos con su esposo, Elías Micolta, con quien todavía vive. Siempre ha vivido enamorada de la literatura. En el año 2009 comenzó a asistir al taller RELATA en Buenaventura (Valle), ahí tuvo la oportunidad de iniciarse en el mundo de las letras.

GABRIEL LUNA DELGADILLO

Nació en 1959 en Honda, Tolima. Es Ingeniero Industrial de la Universidad INCCA de Colombia. Ha estado en el taller “Cantos de Juyá”, Renata, por cuatro años consecutivos. Ha publicado diversos cuentos en las antologías *Cuadernos de Renata*.

MÓNICA JUDITH NIÑO GUTIÉRREZ

Nació en 1975. Es Licenciada en Educación Preescolar, especialista en Informática para Docentes y en Gerencia de Proyectos Educativos Institucionales. Además es docente vinculada a la Secretaría de Educación de Cundinamarca, en educación básica primaria. Tiene experiencia en proyectos pedagógicos, proyectos de aula y programas de promoción de lectura y escritura. Asiste al taller “Funza para contar”.

ALEJANDRO VEGA

Nació en 1987. Es estudiante y empleado. Ha publicado los cuentos “El baile de los insectos”, “Minuto” y “La mujer del cosmos”. Es integrante del Taller de escritura creativa de Envigado, “Pluma encendida”.

EDUAR FABIÁN SIERRA TRUJILLO

Nació en Cajamarca, Tolima hace 26 años. Psicólogo profesional y escritor aficionado, pertenece a la red RELATA desde hace tres años. Ha sido ganador de concursos literarios dentro y fuera del país. Coautor de la primera antología hispanoamericana de mini-cuento *Voz hispana 1 (cuentos, palabras de América Latina)*, y finalista en el Tercer Concurso Nacional de Cuento RCN & Ministerio de Educación.

CLAUDIA LAMA ANDONIE

Nació en Barranquilla en 1973. Participó en el programa “La literatura pinta bien” de La Cueva, en cuatro oportunidades. Cuentos suyos han sido publicados en la revista Dominical de *El Heraldo*, en la revista *Cambio*, y en las antologías del 2008, 2009 y 2010 de Relata, nodo Barranquilla Taller José Félix Fuenmayor.

ROBERTO SANABRIA GARCÍA

Nació en 1969 en Villavicencio. Es Administrador de Empresas y especialista en Gobierno, Gerencia y Asuntos Públicos de la Universidad Externado de Colombia. Ha publicado artículos de opinión en las revistas *Trocha* y *Cimarrón* y en el periódico regional *Llano 7 Días*. Es integrante del taller de escritores de la Corporación Entreletras, en Villavicencio, desde 2006.

ANDREA PAOLA VARGAS QUIROZ

Nació en 1984 en Tunja. En la actualidad es estudiante de la Maestría en Literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Entre sus trabajos colectivos y performáticos, y primeras publicaciones se pueden citar “Aliento”, “La sombra: trance entre la vida y la muerte”, “Intelecto y escatología en *Juego de damas*” de R. H. Moreno Durán”, “No me dejes caer, escrituras para componer el cuerpo “Pazón se escribe con z”, entre otros. Además participó en la traducción del texto literario “Breath” de Favor Ellis. Es participante del taller de narrativa “R. H. Moreno Durán” en Tunja.

MARTÍN CUITZEO DOMÍNGUEZ NÚÑEZ

Nació en 1983 en Tenochtitlán, México. Es Arqueólogo, Semiótico, y viajero aficionado. Perteneció al Taller Renata Bucaramanga, pues ha vivido en esta ciudad durante los últimos dos años.

LORENA DÍAZ SIERRA

Nació en 1990 en Sincelejo, Sucre. Actualmente es estudiante de octavo semestre de la Licenciatura en Humanidades, Lengua Castellana e Idioma Extranjero en la Corporación Universitaria del Caribe, Cecar. Es profesora de inglés y aprendizaje del Taller Relata de Corozal.

JUAN JOSÉ PACHECO PINO

Nació en 1985 en Cereté, Córdoba. Es Contador Público y en la actualidad estudia Matemática. Fue finalista del concurso nacional de cuento “El Túnel 2008” y tiene varias publicaciones en la revista *Juntalettras*. Asiste al taller “Raúl Gómez Jattin” de la ciudad de Cereté.

Poesía

JULIO MAURICIO GONZÁLEZ ARBELÁEZ

Nació en 1991 en Itagüí, Antioquia, donde reside, y ha hecho parte de dos talleres literarios: El Sueño del Árbol y Tríade Poliartístico (del que todavía hace parte); actualmente estudia Letras: Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia.

MAYRA IZQUIERDO

Nació en 1994 en Cereté, Córdoba. Actualmente estudia Licenciatura en Lengua Castellana en la Universidad de Córdoba. Durante cinco años ha sido miembro del taller literario “Raúl Gómez Jattin” de su misma localidad, donde ha publicado en la revista *Juntalettras*.

FÉLIX MOLINA FLÓREZ

Nació en 1986 en Valledupar. Es licenciado en Lengua Castellana e Inglés de la Universidad Popular del Cesar. Se ha desempeñado como docente de español y literatura, tallerista de creación literaria y formador del proyecto “Mil maneras de leer” (Cerlalc Ministerio de Educación y de Cultura). Ha publicado en algunas antologías y revistas nacionales e internacionales. Es miembro del taller “José Manuel Arango” de Valledupar, adscrito a Relata.

EDER NAVARRO MÁRQUEZ

Nació en 1964 en Sincelejo, Sucre. Está incluido en la antología *Laberintos del gallinero* del taller “Páginas de Agua” de Relata, 2010. Su poesía ha sido reseñada por

Los periódicos de circulación regional *El Meridiano* en el año 2002 y *El Universal* en el año 2004. La revista internacional *Red y Acción* dedicó un artículo a su poesía en el año 2011.

MAYRA ALEJANDRA DÍAZ

Nació en 1991 en Barranquilla, Atlántico. Es estudiante de Filosofía en la Universidad del Atlántico. En el 2008 ocupó el primer lugar en el tercer Concurso Nacional de Poesía Instenalco y en el 2010 y 2011 participó en el Festival Internacional de Poesía PoemaRío. Ha publicado en la revista-taller *Luna y Sol y Bacanal*. Perteneció al taller “José Félix Fuenmayor” de Barranquilla.

EDWIN TOBÓN GONZÁLEZ

Nació en Génova, Quindío. Es Administrador de Empresas y gestor cultural. Ha escrito *El territorio nuestro de todos los días*, colectivo; *San José del Guaviare: acercamiento a su historia*, 2005; “El deceso”, colectivo, Renata diciembre 2008, publicado en el libro *Este verde país* (Cuentos colombianos); “Los Navegantes”, cuento seleccionado concurso “El Llano y la Selva Cuentan” Ministerio de Cultura Gobernación del Guaviare Fondo Mixto de Cultura del Guaviare; crónica: “N.N.: Uno que puede ser muchos”, publicado en el libro *Crónicas: Llegué para Quedarme*, Colección El Llano y la Selva Cuentan 2010. Además de poemas y cuentos inéditos. Es integrante del taller “Escritores Guaviare”.

JEFFERSON PEREA MADRID

Nació en 1981 en Buenaventura. Asiste al Taller Relata de la misma ciudad.

DARÍO GONZÁLEZ ARBELÁEZ

Nació en 1989 en Itagüí, Antioquia. Actualmente es estudiante de Licenciatura en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Es miembro del grupo de lectura Tríade Políartístico del municipio de Itagüí.

Teatro

ANDREA MARÍN ARCILA

Nació en 1988 en Manizales, Caldas. Es licenciada en Artes Escénicas con Énfasis en Teatro de la Universidad de Caldas. Ha publicado en la *Revista Colombiana de las Artes Escénicas* de la Universidad de Caldas, en la *Antología de textos* de la II residencia en dramaturgia de la Universidad de Caldas y en la revista *Micra*. Es integrante del Taller de Dramaturgia de Manizales.

JUAN CAMILO VELÁSQUEZ

Nació en 1985 en Medellín. Actualmente es estudiante de Licenciatura en Artes Escénicas con Énfasis en Teatro en la Universidad de Caldas. Perteneció al Taller de Dramaturgia de la misma universidad.

JULIÁN GARZÓN VÉLEZ

Nació en 1988 en Cali. Es actor, escritor y estudiante de Licenciatura en Arte Teatral del Instituto Departamental de Bellas Artes, en donde actualmente pertenece al semillero de investigación en dramaturgia “Sidra”. Ha publicado diversos cuentos y obras de teatro.

GIOVANNA VALDERRAMA PEÑA

Estudiante de la Licenciatura en Arte Teatral de Bellas Artes Institución Universitaria del Valle (Cali, Colombia). Perteneció al Semillero de Investigación en Dramaturgia, SIDRA, bajo la tutoría de Viktor Hugo Enriquez. Ha escrito dos obras de dramaturgia: “Cristales Rotos” (2009), publicada en el libro “La letra con SIDRA entra”, publicación del semillero con la Red Nacional de Dramaturgia, y “Cuesta abajo” (2011). Escribió el cuento “La Casa Roja” (2011). Ha recibido talleres con los dramaturgos Argentino Arístides Vargas y Felipe Rendón. Perteneció al grupo Aescena-Teatro, con el que realiza trabajos artísticos y pedagógicos.

Esta obra de la Red de Escritura
Creativa, Relata, se terminó de
imprimir en noviembre de 2011, en
Medellín, Colombia.